697

1.95
10697

Harlequin Presents...

ALISON FRASER

princess

EL OTRO MUNDO DE SERENA

Princess

ALISON FRASER

Serena Templeton no era una princesa dormida. Era la imagen un poco trágica existente en un mundo de sombras que ella había construido como una fortaleza para escapar del dolor. Entonces Adam Carmichael traspasó sus defensas y se estableció como una fuerza en su vida.

Con el tiempo Serena se convirtió en una joven hermosa, vital. Pero guardaba celosamente sus sentimientos más íntimos por miedo a que Adam los usara en su contra.

Adam exigió su amor... pero primero tendría que obligar a Serena a enfrentarse a su miedo.

Capítulo 1

"EL SOL debía ser más brillante", pensó ella. Y no llover tanto, ¿o sí? Nunca hacía tanto frío cuando su padre estaba allí... y tampoco había silenció. Quizá él volvería pronto, quizá saldrían a dar un paseo por sus viñedos favoritos para abrir el apetito.

Pero, ¿por qué tenía tanta dificultad para recordar?

SOMBRÍO, fue el veredicto de Adam. El escenario ideal para una novela de Brontê, incluyendo el frío viento que arrastraba consigo la tormenta y las últimas palabras pronunciadas junto a la tumba, aquella tarde. Descendiendo del asiento del pasajero del viejo Range Rover, elevó el cuello de su abrigo para protegerse del frío, mientras observaba sin interés el hogar de su finada tía, la mansión Simmonds,

El señor Alexander, el abogado, llegó a su lado y comentó:

—Una casa impresionante, señor Carmichael.

—Efectivamente —repuso. La casa era grande y en el piso superior, había una docena de angostos ventanales a todo lo largo, pero las piedras estaban desgastadas y la hiedra había crecido.

Adam deseó haber interpretado mal la necesidad de su presencia en la lectura del testamento. La sombría casa, su tamaño y estado, la colocaban entre las mansiones lúgubres. Habría preferido que su tía, viuda y sin hijos, hubiera donado sus bienes, para quedar exento de su legado, pensó con desdén,

Conociendo sus alrededores, el viejo abogado lo condujo por un oscuro pasillo hasta una biblioteca, la cual, como único mobiliario, tenía una enorme mesa de roble con varias sillas de altos respaldos, El ambiente de la habitación era deprimente.

— ¿Le molesta? — preguntó Adam, y procedió a descorrer los cortinajes. La gris luz del día iluminó la estancia, haciéndola más tolerable. Se volvió hacia el señor Alexander—. ¿Esto tomará mucho tiempo?

El hombre sé volvió un poco sorprendido. Controlando la impaciencia, Adam explicó:

— Esperaba regresar a Londres esta noche temprano.

— Vaya, señor Carmichael... había imaginado que se quedaría... por lo menos esta noche —murmuró el abogado con inquietud—. Aunque yo no escribí su testamento, mi finada cliente expresó su deseo de que usted, su sobrino, se hiciera cargo de sus... asuntos.

Eso había dicho su madre al forzarlo a asistir al funeral en su representación. En aquel momento, Adam había pensado que ella intentaba evadir sus deberes.

— ¿En realidad considera que es necesario? —insistió Adam, reacio a pasar la noche en Yorkshire.

Los ojos del abogado se agrandaron con asombro, detrás de sus espejuelos redondos de marco dorado. Nunca imaginó que Adam Carmichael, uno de los escritores de más renombre, actuara así.

—Por supuesto, señor Carmichael, que la decisión es suya. Pero, en estas circunstancias, arreglar un asunto tan delicado por correspondencia, sería... —el hombre, avergonzado, se interrumpió.

Como Adam no quería verse envuelto en una interminable correspondencia legal, accedió.

— Comprendo. ¿Hay un teléfono que pueda usar? — preguntó—. Debo cancelar una cita social.

—Por supuesto —el señor Alexander parecía aliviado—. La salita contigua es un lugar muy privado.

Era una habitación pequeña, con mobiliario, sin estilo definido y la decoración lúgubre. Por lo que había visto hasta ahora, Adam concluyó que su tía tenía un gusto muy austero.

Sentado, pensó un momento en la mujer muerta. Sólo había visto una vez a Andrea Templeton, y recordó a una mujer alta, hermosa, con cabellera rojiza y risa fuerte. Le resultó indiferente; además sabía muy poco sobre ella, ya que su madre había sido reservada sobre el tema de su media hermana. Concluyendo que había sido elegido su heredero, por ser el único pariente varón, volvió su atención al teléfono.

Aun a esta hora temprana, Julia parecía soñolienta y lánguida al responder, pero de inmediato, cambió el tono cuando Adam se identificó. Interrumpió su entusiasta charla, explicando la situación, escuchó impasible sus protestas por haber sido plantada, como ella dijo, y le colgó cuando su voz se volvió más aguda.

Julia Montague era la última de su larga lista de conquistas, y a pesar de ser hermosa, Adam no estaba dispuesto a tolerar que lo dominara... ella ni ninguna mujer.

Al volver a la biblioteca, encontró al abogado con una colegiala, sentada al extremo más lejano de la enorme mesa, vestida con un sencillo suéter gris y una blusa blanca; tenía inclinada la cabeza, y una cascada de cabello rubio le cubría el rostro.

Y cuando el señor Alexander se levantó al verlo, comprendió de inmediato la actitud de la chica. No se había vuelto para mirarlo porque la muchacha no se había dado cuenta de su presencia, ya que estaba absorta en sus pensamientos.

— Señor Carmichael, esta es la hijastra de la señora Templeton, Serena — los presentó con rapidez, y se dirigió a la chica—: El señor Carmichael es el sobrino de tu madre, Serena.

—Mucho gusto, Serena —dijo Adam con cortesía, a pesar de su sorpresa por el hecho de que su madre no hubiera mencionado a la chica al hacer un breve resumen de la vida de su media hermana.

Manteniendo inclinada la cabeza, Serena ignoró la mano que le tendía y su

saludo. Adam se sintió sorprendido e indignado por la rudeza de la chica, pero al descubrir la mirada suplicante del abogado, controló su irritado comentario. Entonces, entró una sonriente y alegre mujer, con una bandeja de té.

— ¿Es todo, señor? —inquirió la recién llegada, colocando una taza de la bebida y un emparedado frente a la joven y miró con interés a Adam.

— Quizá sea mejor que se asegure de que todo esté preparado para el señor Carmichael. Se quedará esta noche, señora Baker — repuso el abogado y en ese momento sorprendió a Adam mirando la dorada cabeza que permanecía inclinada, a pesar del cariñoso apretón que el ama de llaves dio a la mano inerte de la muchacha.

El señor Alexander esperó a que la puerta estuviera cerrada antes de carraspear y hablar con tono grave y serio.

—Yo, Andrea Felicia Templeton, en pleno uso de mis facultades, declaro mi última voluntad y testamento. A mi querida hijastra, Serena Jane Templeton, le dejo mi anillo de jade y el collar que admiró tanto… El resto de mis propiedades las heredo a mi sobrino, Adam Carmichael, con la condición de que acepte la responsabilidad legal de mi hijastra, y en la creencia de que es la persona más adecuada para hacerlo.

El abogado hizo una pausa para mirar a la chica, quien permanecía inclinada con el rostro oculto por el cabello dorado.

—Como resultado de las lesiones recibidas en un accidente automovilístico, mi hijastra está… mentalmente afectada y, por lo tanto, no tengo objeción a que sea internada en una institución privada —al final, la incomodidad del señor Alexander era inconfundible, Murmuró con tono de disculpa—: Me temo que es muy penoso.

Ambos miraron a la chica, pero ésta no daba indicios de haber comprendido lo que se dijo, de forma tan brutal, acerca de ella. Al fin, suspirando, el abogado se levantó y tocó la anticuada campanilla junto a la chimenea, llamando al ama de llaves.

—Por favor, acompañe a Serena a su habitación, señora Baker.

Con gentileza; la mujer tocó el hombro de Serena.

—Vamos, mi niña —y sin erguir la cabeza, la chica salió con lentitud de la habitación.

Adam la observó retirarse, y cuando la puerta se cerró, inquirió con sarcasmo.

— ¿El asunto delicado?

—Debo disculparme, no me había dado cuenta de que...

—No es su culpa —aseguró Adam, mientras recordaba molesto a su madre —. Como se habrá percatado, sé muy poco sobre mi tía. ¿Se trata de la hija de su segundo esposo?

—Sí, él murió en el accidente al que se refiere en el testamento. Una terrible pérdida de un artista maravilloso —respondió el señor Alexander con tristeza, y al ver que Adam fruncía el ceño, sin comprender, explicó—: Era Graham Templeton... ¿quizá haya oído hablar de él?

— ¿Graham Templeton? —repitió con incredulidad, ya que tenía una pintura de aquel hombre en el estudio de su apartamento... Era un retrato que había comprado hacía varios años en una galería de Londres. Al verlo en el escaparate, se sintió impresionado por el rostro de la mujer, una belleza nada exótica pero muy atractiva. Al ver la intrigada expresión del abogado, comentó—: Tengo una de sus pinturas. Graham Templeton nunca fue apreciado por sus trabajos,

—Así es. Prefería vivir en el anonimato y nunca intentó hacerse publicidad —su tono era de admiración—. Lamento que mi relación con el señor Templeton haya sido tan breve.

— ¿Cuándo sucedió el accidente?—preguntó Adam,

—Déjeme pensar... ocurrió casi dos años después de la boda.

—Entonces, la niña ha estado así desde hace cinco.

— No exactamente —repuso el anciano, reacio—. Sin duda, Serena estaba enferma cuando su madrastra la trajo a casa del hospital, pero…

— ¿Pero? —provocó Adam.

Antes del accidente, Serena era una chica brillante y talentosa. Los primeros seis meses, después del accidente, yo no detecté ninguna señal de lesión mental en la chica, aunque, por supuesto, estaba afectada por la pérdida. Tenían una relación muy estrecha padre e hija.

Adam no sabía cómo interpretar su sombrío discurso.

— ¿Qué intenta implicar, señor Alexander?

El viejo abogado se quitó los espejuelos y comenzó a limpiarlos.

— No quise implicar nada —respondió sin emoción, colocándose los espejuelos.

— ¿Cuál es la opinión de los médicos sobre su estado?

— Un médico del lugar sugirió que la chica estaba sufriendo los resultados tardíos de un fuerte golpe en el cráneo —repuso.

— ¿Y el especialista?

— ¿Especialista? —repitió Alexander.

— El especialista del cerebro —explicó con exasperación, y al descubrir su delator silencio, preguntó con incredulidad—: ¿No ha sido examinada por un especialista?

Como si se sintiera culpable, el abogado confesó.

— Su tía no quiso consultar un especialista. Estaba segura de que Serena mejoraría con el tiempo... por su propia voluntad.

— Entonces, ¿la chica no ha recibido tratamiento?

— El médico recetó unas pastillas para dormir debido a las frecuentes pesadillas sobre el accidente, y en caso de que se pusiera muy excitable durante el día —informó el viejo, casi aliviado por el interés del joven en el asunto.

— ¿Sedantes para una niña? —inquirió Adam con disgusto.

— Imagino que fue por su propia seguridad —replicó—. Tengo entendido que comenzó a caminar por las noches, y aunque la señora Templeton dio

instrucciones estrictas de que cerraran y aseguraran las puertas y ventanas, Serena logró salir una noche, y la policía la encontró al amanecer, en unas colinas a cuatro kilómetros de distancia.

— ¿Estaba huyendo? —preguntó Adam, sorprendido por su idea. Por un instante, las palabras de Alexander le dieron la impresión de que su tía era más bien una carcelera que una protectora.

— ¿De qué?

Adam encogió los hombros.

—De Andrea, supongo.

El señor Alexander se mostró momentáneamente inquieto por la idea, pero respondió decidido:

—Si me permite decirlo, señor Carmichael, es muy poco probable. Su tía estaba dedicada por completo a los intereses de la muchacha. De acuerdo con el ama de llaves, permanecía pendiente de cualquier cosa que Serena necesitara.

—Entonces, ¿era demasiado protectora? — sugirió Adam.

—Quizá —accedió el abogado—. Serena empeoró desde la última enfermedad de la señora Templeton.

— ¿Aún está tomando esos medicamentos? —enfrentó la mirada del anciano mientras éste negaba con la cabeza. Ambos pensaban lo mismo... la chica no necesitaba sedantes.

De inmediato el señor Alexander indagó con gran interés:

— ¿Le importaría darme una opinión sobre el estado mental de la chica... como un extraño?

Adam meditó un momento antes de responder.

—A juzgar por la aparente falta de respuesta de la chica ante la crueldad de las palabras en el testamento, diría que padece "autismo"... considerando que soy un lego en el asunto — entonces recordó el leve movimiento que Serena hizo al escuchar la mención del anillo de jade, pero lo descartó de inmediato —, ¿Acaso su opinión es diferente?

El abogado volvió a quitarse los espejuelos, y frotó con cansancio sus ojos, antes de afirmar:

—Basándome en su comportamiento de hoy, me veo forzado a estar de acuerdo con usted.

— ¿Cuál es la edad mental de la chica? —preguntó Adam, pensando en el aspecto práctico de la situación.

—No podría decirlo —suspiró el abogado—, ¿Ha tomado alguna decisión preliminar sobre la forma en que actuará? Debo advertirle que su herencia depende de que usted se convierta, por lo menos, en el guardián de Serena.

Adam evitó mencionarle que no necesitaba la herencia de su tía para convertirse en hombre rico.

—Imagino que podremos encontrarle un lugar en alguna escuela para niños con problemas mentales —dijo con frialdad.

—Me temo que no es tan sencillo, señor Carmichael —replicó el abogado.

— Serena es demasiado mayor para esa clase de establecimientos. Muy pronto cumplirá diecinueve años.

— ¡Por Dios, pensé que tendría catorce! —Exclamó Adam con incredulidad—. ¿Si ya tiene esta edad, por qué viste de esa forma? Con seguridad su madre podía comprarle ropa que se ajustara mejor a su talla, ¡sin mencionar el estilo!

Se volvió a estudiar los libros finamente encuadernados en piel, y el escaso, pero exclusivo, mobiliario de la habitación.

— Su madrastra deseaba acentuar su juventud y hacerla parecer lo más simple posible, para evitar cualquier posibilidad de algún interés romántico —explicó Alexander con cierta duda—, aunque creo que Serena no ha salido de la propiedad hace varios años.

A Adam le parecía ridículo que una figura tan insignificante pudiera llamar la atención. Con un tono tan deliberado que sobresaltó al bogado, preguntó.

— No le agradaba mi tía, ¿verdad, señor Alexander?

El anciano pareció dudar, pero decidió responder con tono muy profesional.

— Mi relación con la señora Templeton era estrictamente profesional—

— ¿Qué sugiere que haga con la chica? —preguntó Adam.

— Quizá pudiera quedarse algunos días para conocerla mejor.

Adam captó de nuevo los motivos del anciano; era obvio que esperaba que su relación con Serena fuera más que un simple interés legal, pero el señor Alexander no lo consideraba un hombre interesado en los pequeños detalles de la vida. Y Adam no podía desmentirlo, ya que su vida dedicada a la búsqueda del placer, con breves períodos de descanso para escribir una novela, no le daba cabida a las causas perdidas.

— Quizá —su respuesta no era una promesa.

— Bien, será mejor irme —el abogado comenzaba a comprender que el interés de Adam en la muchacha también era una causa perdida. Metiendo los documentos con descuido en el cartapacio, añadió: Le agradeceré que disponga de los documentos personales de su tía como considere más adecuado.

— Por supuesto —asintió Adam.

Acompañó al señor Alexander a su auto, no como cortesía, sino, porque necesitaba aire fresco, y permaneció allí un momento, a pesar de la pertinaz lluvia. Sin darse cuenta, dirigió la mirada al piso superior.

Una cabeza rubia estaba apoyada contra un ventanal, sus facciones distorsionadas por el agua que escurría por el cristal. Adam intentó sonreír, pero no obtuvo respuesta.

Encontró el saloncito situado frente a la biblioteca, y se sirvió un whisky, aflojando su corbata negra. Se sentó en un sillón cerca de la chimenea encendida, deseoso de encontrarse lejos de aquel mausoleo, y maldecía las intenciones de su madre por colocarlo en aquel embrollo. Lo menos que pudo hacer fue haberle explicado el asunto, antes que se viera forzado a cargar con

la responsabilidad de una chiquilla inanimada... quien, sin duda, no se percataba del problema que le estaba creando.

PERO, por primera vez, la gran percepción de Adam falló, ya que la chica, aunque permanecía inmóvil e inexpresiva ante el ventanal, estaba enviando un mensaje e iba dirigido a la mujer que, aun después de haber muerto, parecía decidida a retenerla en su poder.

"Ya lo he visto", se dijo Serena, "de pie y erguido en el ante patio. Tu negro emisario, inmóvil bajo la lluvia, contemplando su propiedad... a mí. Pero yo sé qué es él..." y sonrió con amargura.

ADAM despertó cansado, a las siete. Odiaba tener que ponerse ropa sucia y, con cierto alivio, descubrió una gran variedad de camisas, en el cajón de un guardarropa.

Las prendas y artículos de baño que encontró, debieron pertenecer a Templeton, y se sintió molesto por la cláusula que indicaba que debía conservar los efectos personales. Pocos días después de la muerte de su padre, su madre metió su ropa y pertenencias en una maleta, y las envió a una institución de beneficencia. El entró mientras ella se ocupaba en eso, y la descubrió llorando.

Muy conmovido, quizá por última vez en su vida, quiso consolarla, pero no encontró la forma o las palabras adecuadas para hacerlo, y la familia de su padre, muy grande y unida, le brindó todo el consuelo y apoyo que necesitó en aquella época.

Adam, con veinte años, descubrió que era un joven rico; su educación en escuelas públicas y su retraimiento, le impedían demostrar su dolor por perder a un padre que consideró perfecto.

Nunca volvió a sus estudios de economía en Cambridge, y por un tiempo, la familia Carmichael pensó que ese joven, que parecía tan centrado y estudioso, pretendía malgastar la gran fortuna amasada por su padre, tan rápido como fuera posible.

Adam se peinó el cabello rubio, contemplando con una sonrisa sarcástica su atractivo reflejo en el espejo del baño. Había vivido de forma desenfrenada.

Al recordar, admitió que había actuado alocadamente después de la prematura muerte de su padre, pero no consideraba desperdiciada esa época de su vida. Con sus experiencias, escribió un primer libro, y fue aclamado por la crítica como el mejor exponente de los desórdenes de aquella época.

Y esta aclamación lo complació y además sirvió para reconciliarlo con su madre, quien consideraba que ese sería el primer paso para sentar cabeza. Pero sus esperanzas fueron vanas, ya que Adam, aunque había madurado por sus constantes conquistas se volvió cínico al mismo tiempo.

Después de ese duro análisis, descendió por la escalera y llamó a Leeds para averiguar los horarios de los pocos trenes que se detenían en el pueblo más cercano. Había uno al mediodía.

Pero cuando terminó de desayunar, no tuvo éxito de ponerse en contacto

con el señor Alexander. Enfadado porque el anciano había tenido que asistir a otro funeral, pensó en cuántos clientes tendría, ya que debía leer testamentos con frecuencia. Pero, no quiso dejar un mensaje, y le dijo al encargado que el abogado debía ir a la mansión lo antes posible.

Tras varias llamadas, consiguió que alguien llevara a la mansión un auto de alquiler.

Y entonces, sin tener más que hacer, volvió a pensar en su prima. En la biblioteca, el ama de llaves había puesto una taza de té ante sus ojos, pero Serena no pareció darse cuenta. Durante la lectura del testamento, la bebida permaneció sin tocar.

Su madrastra la había calificado de "mentalmente afectada". Adam pensó que esa descripción explicaba, más bien, una lentitud del pensamiento, en vez de la aparente... abstracción que había presenciado, como si su espíritu la hubiera abandonado, dejando sólo un cuerpo inerte. Esta idea permaneció con él, hasta que irritado por sus intentos por jugar al psiquiatra, logró apartarla de su mente.

"Maldito Alexander", pensó, dirigiéndose al pasillo. Se puso la chaqueta y salió, dando un portazo.

NO SE dio cuenta de unos ojos azules que lo siguieron mientras cruzaba el patio frontal hacia los edificios anexos, a poca distancia de la casa. Unos ojos que miraban sin reconocer, ya que Serena Jane Templeton contemplaba su alta figura para iniciar otro más de sus sueños de día.

Su padre se dirigía al establo. Quizá la llevara a montar. Ambos disfrutaban del aire fresco que acariciaba sus rostros y les revolvía el cabello. En la cima de la colina pasarían juntos muchas horas, como un par de chiquillos que disfrutan de sus travesuras.

Él la abrazaría y le prometería que los tiempos mejores llegarían pronto... muy pronto.

El establo estaba dividido en cuatro caballerizas, las cuales estaban vacías, por supuesto, pero Adam vio los arreos limpios. Al acariciar la suave piel de una silla, recordó cuando en largos días de verano cabalgaba con sus primos.

—Ya no hay caballos, ¿sabe? —dijo una voz ronca, masculina.

Adam se volvió para ver al hombre que se aproximaba.

—Usted es...

—Brocklehurst, el jardinero —replicó, cortante.

Adam supuso que el hombre tendría más de sesenta años, a juzgar por el cabello blanco y el rostro arrugado.

—Yo soy...

—Sé quién es usted, señor Carmichael —a pesar de su edad, el hombre estaba en excelentes condiciones, ya que con gran facilidad, tomó en sus brazos una silla de montar y la colocó en el almacén de arreos.

—Alguien mantiene todo esto en buenas condiciones —comentó Adam con curiosidad.

—Yo. Antes fui caballerango en la mansión. Nunca se sabe cuándo se necesitarán de nuevo —respondió Brocklehurst, y añadió—: No se sabe cuándo querrá volver a cabalgar la joven Serena.

Adam calculó que habían transcurrido cinco años desde que la chica cabalgara por última vez, y las palabras del anciano le parecieron ridículas. ¿Acaso todos estaban hechizados por la muchacha? La noche anterior, Adam tuvo que soportar las súplicas que hizo el ama de llaves en favor de Serena, haciéndola parecer como una princesa durmiente de un cuento de hadas. Y ahora, la rudeza y el tono amenazador de Brocklehurst lo hacían sentirse como el villano que ponía en peligro la seguridad de la chica.

¿Acaso nadie se daba cuenta del estado de la muchacha? Bien, él sí. La chica necesitaba ayuda profesional, y ninguno de aquellos antiguos criados podría dársela.

Exasperado, se volvió y se marchó. Después de rodear la mansión, se desvió hacia una pequeña construcción situada cerca del borde del bosque que limitaba los prados. Sus enormes ventanas indicaban que debió ser el estudio de Graham Templeton, construido especialmente para su breve estancia allí.

Intentó abrir las dos puertas. De forma increíble, la puerta lateral se abrió... de forma increíble, ya que, contra una pared, había varios lienzos reclinados. ¿No se daban cuenta del gran valor de aquellas pinturas?

Las estudió con lentitud. Eran preciosas.

Pero el cuadro de la segunda esposa de Graham Templeton era en especial interesante, ya que la atractiva mujer allí representada, y que parecía muy segura de sí, tenía una extraña expresión en los labios. Con suaves pinceladas rojas, el artista había atrapado una debilidad latente... ¿o acaso era crueldad? Ambas, decidió Adam. No podía estar seguro de que ese retrato representara la impresión del artista, o la verdadera personalidad de su tía. Pero, lo que haya sido, no lo invitaba a hacer que ese cuadro formara parte de su colección... el efecto resultaba inquietante.

Al volver a la mansión, buscó a la señora Baker.

— Quisiera ver a Serena — dijo.

— Pero, señor... —el ama de llaves lo miró sorprendida.

— ¿Sí, señora Baker? —enarcó una ceja.

— B... bien, señor —balbuceó la mujer, a la vez que se limpiaba las manos con nerviosismo en su delantal floreado—. Puedo conducirlo a su dormitorio, pero no creo que ella quiera hablarle. Es muy... tímida.

Pero Alice Baker descubrió la mirada decidida de Adam. Su antigua ama tenía la misma mirada que, sin palabras, podía demostrar enfado, desacuerdo o disgusto.

Adam siguió en silencio a la mujer regordeta por la escalera, y ambos estaban pensando lo mismo, sin saberlo. ¿Qué lograría él?...

La señora Baker llamó a la puerta, pero Adam inclinó la cabeza, indicando que se marchara, por lo que no presenciaría la entrevista.

La habitación estaba en penumbras, la lluvia repiqueteaba en los cristales

de la ventana. Todo estaba en silencio, y pensó que no había nadie, pero de pronto descubrió a la chica, sentada en un rincón, contemplando el patio. Él carraspeó anunciando su presencia, mas ella no respondió.

Estudió la habitación, decorada con la misma austeridad que el resto de la casa. Los únicos adornos eran dos fotografías con marcos dorados, colocados sobre un alto mueble de cajones.

Identificó a Graham Templeton, ya que había leído un artículo sobre sus obras hacía unos años, y en él aparecía una fotografía suya a color. Parecía un hombre tranquilo y sereno.

En cambio, el rostro de la mujer lo sorprendió, ya que aparecía en la pintura que él poseía, titulada "Serenidad".

Con esa fotografía en la mano, se aproximó a la silla, pero Serena no se movió, haciéndolo sentirse invisible.

Adam intentó iniciar la conversación y preguntó con suavidad:

— ¿Este es un retrato de tu madre?

Al parecer había dado en el blanco, porque la chica se volvió con rapidez y le arrebató el cuadro. La expresión de furia de sus ojos azules lo sorprendió, pero no pudo salir de su asombro al ver que su rostro era la réplica de su cuadro, "Serenidad", tenía las mismas facciones hermosas y perfectas.

Serena abrazó con fuerza su preciado retrato. Adam comprendió que quizá esperaba que se lo quitara por la fuerza, y no lograba comprender el motivo.

AI verla inclinar la cabeza, él sintió lástima y se le hizo un nudo en la garganta. Con cuidado atrajo una silla de madera y la colocó junto a la de la muchacha.

—Por favor, mírame —tendió una mano y logró elevar su rostro sin esfuerzo, pero la expresión no había cambiado—. Me llamo Adam, soy el sobrino de tu... madrastra —sus palabras, sólo consiguieron que Serena abrazara con más fuerza el retrato, temerosa de que se lo quitara—. No te voy a quitar la fotografía de tu madre. Era muy hermosa.

Y entonces vio un suave parpadeo.

—Quiero ayudarte —aseguró con suavidad, y se sorprendió ante la sinceridad de su deseo. Trató de recordar las palabras del ama de llaves sobre la chica. ¿Había mencionado algo sobre su afición al dibujo?—. Si almuerzas conmigo hablaremos de tu futuro. Quizá quieras mostrarme tus dibujos. Me gusta ver dibujos.

Serena respondió al fin en un susurro, pero sus palabras fueron una sorpresa.

— ¡No intente dominarme!

Los ojos azules estaban llenos de ira y desafío. Adam comprendió que eso era lo que había estado haciendo al tratarla como una deficiente mental. Comenzó a inquietarse.

— Lo siento. Intentaba ser...

— Gentil con la pobre chica retrasada. No se moleste. Déjeme en paz — interrumpió—. Lo sé todo sobre usted, ¿comprende?

— ¿Acaso mi tía me mencionó? Debes extrañarla mucho, ahora...

Una risa cruel lo interrumpió.

— Oh, la extraño... tal como ella sabía que lo haría. Por eso mi querida madrastra me entregó a usted en su testamento.

— No te comprendo, Serena —aunque su voz era muy clara, no entendía el significado de sus palabras.

— No, no me comprende —volvió a reír, pero ahora, su risa era débil, parecía estar al borde de las lágrimas, pero cerró con fuerza los ojos, y al abrirlos de nuevo, la expresión ausente había vuelto apoderarse de ellos.

Adam deseaba una explicación por sus palabras, pero Serena ya no estaba allí, se había vuelto hacia la ventana, ignorando su presencia. Deseó sacudirla, concluir aquella charla incomprensible, pero sabía que resultaría en vano, su anterior compasión comenzó a convertirse en un extraño resentimiento que empezó a gobernar su actitud hacia la chica desde ese instante.

Incapaz de derribar la barrera que la rodeaba, salió en silencio, su mente llena de confusas ideas y acertijos. Recogió la copia del testamento en el estudio, y meditó mucho tiempo en una frase: "la persona más adecuada para hacerlo"... y entonces se preguntó: "¿Por qué a mí?"

Le era imposible imaginarse como el guardián de alguien, y menos de esa chica. Recordó la afirmación de Serena... "Por eso mi querida madrastra me entregó a usted en su testamento". Era extraño, implicaba que él había heredado a la chica. Pronunció la palabra querida con ironía, lo cual desmentía la dulzura y la timidez de que habló la señora Baker, y la afirmación del retraso mental que hizo su tía.

Capítulo 2

SOLTÓ el cortapapeles con que había estado jugueteando, absorto, marcó un número muy conocido. Escuchó que llamaba, y lanzó un suspiro al escuchar que su madre respondía.

— ¿Ya regresaste a Londres, querido? ¿Todo salió bien? —preguntó Nancy con alegría.

—No a ambas preguntas —replicó Adam, molesto—. Escúchame, mamá, te necesito aquí.

Hubo un silencio mientras la señora Carmichael comprendía el significado de las palabras de Adam. Hacía quince años que su hijo no la "necesitaba".

— ¿En Yorkshire? ¿Por qué? ¿Qué ocurre, Adam?

—Cálmate, mamá —controló su enojo. ¿Acaso su madre había olvidado la existencia de Serena Jane Templeton?—. La hijastra es un problema —hizo una pausa en espera de una reacción, y añadió—: Esta sorpresa me tomó desprevenido, y no sé cómo manejar el asunto.

— ¿La hijastra? — Repitió la señora Carmichael; no había oído lo demás por su sorpresa—, ¿Serena?

— ¿Hay alguna otra? —replicó indignado, y entonces se sobresaltó al

escuchar la alterada respiración de su madre. Quizá había imaginado que Serena no vivía con su media hermana y también estaba sorprendida—. Sí, mamá, Serena Templeton... la hija de su segundo esposo.

—Pero, Adam, no comprendo. Serena... ella...

— ¿Ella qué, mamá?

—Andrea... ella me dijo que... —la voz de su madre se volvió un débil murmullo—... no puedo creer...

— ¿No puedes creer qué, mamá? —preguntó Adam con suavidad, percatándose de la inquietud de su progenitora—. Por favor, empieza a hablar con sensatez, porque aquí no hay nada sensato...

Hubo otra pausa y Nancy Carmichael prometió viajar a Yorkshire lo antes posible.

SU MADRE llegó una hora antes de la cena, en un taxi. Era una mujer diferente a la que se había negado a asistir al entierro unos días antes.

Adam la besó en la mejilla.

— Debiste llamar por teléfono —dijo—. Te habría recogido en la estación... alquilé un auto.

— No tuve tiempo antes de salir de Londres, querido —Nancy Carmichael recordó la agitación antes de su viaje y Adam descubrió su fatiga.

— Bien, me alegro que hayas venido. ¿Quieres refrescarte antes de cenar?

— Primero, quisiera ver a Serena —opinó, desplomándose en una silla del pasillo.

— Está descansando —mintió... fue lo primero qué se le ocurrió, ya que sabía que la ansiedad de su madre desde su llamada telefónica, no había desaparecido, y no creía que estuviera en condiciones de recibir una desagradable sorpresa—. Quizá más tarde.

La llegada de la señora Baker impidió una discusión, y después de conducirla al cuarto que habían preparado para ella, Adam ordenó a su madre que descansara un poco. Cuando se reunieron alrededor de la mesa de la cena, el tema que llevó a Nancy a aquella casa salió de nuevo a colación.

— ¿En dónde está Serena? —preguntó Nancy con ansiedad—. Esperaba verla durante la cena.

—Come todos sus alimentos arriba, en una maravillosa soledad — repuso Adam con muy poco tacto y gran sarcasmo, ganando una mirada de indignación de su madre,

—Qué extraño, Adam. Si no te conociera diría que tú y la chica tuvieron un encuentro y fuiste el perdedor —murmuró pensativa, y añadió con suave tono divertido—: ¿Es inmune a tu fatal atractivo?

—No te pedí que vinieras para repasar todos mis defectos, mamá —Adam no estaba de humor para bromas—, tampoco hice algún esfuerzo por conquistar a la niña.

—Según recuerdo, Serena debe tener dieciocho años —respondió Nancy —, Ya no puede considerarse una niña.

—Bien, en lo que a mí respecta, es una niña —Adam bebió el vino blanco de su copa.

—Entonces, ha logrado perturbarte —comentó su madre, sorprendida por el humor de Adam. Lo amaba, pero despreciaba su actitud indiferente hacia los demás—. Parece que Serena cumplió su antigua promesa de convertirse en alguien especial.

Nancy parecía estar complacida por algo.

—Mamá, no comprendo tu actitud —se quejó Adam—. Me convences para que asista al funeral de tu hermana, no me dices nada de la existencia de esta chica, y me colocas en una posición muy embarazosa...

— En realidad, nunca imaginé que Serena estuviese aquí —lo interrumpió Nancy con una triste sonrisa.

— ¿En dónde imaginaste que estaría? — preguntó Adam después de una larga pausa, sorprendido.

—No es fácil de explicar —su madre jugueteó con su collar de perlas con nerviosismo—. Después del informe del accidente... ¿sabes lo del accidente?

—Sí. Continúa.

—No estabas en Londres en esa época —intentó suavizar la crítica—. Bien, llamé por teléfono a Andrea y la invité a ir a descansar a Londres con la niña. Me temo que discutimos... fue una mala interpretación. — Nancy, como siempre, intentaba ver el lado bueno de todas las personas—. Ella me acusó de... de interferir en su vida y entonces me asombró con la noticia de que... de que Serena había muerto en el hospital, sin haber recuperado el sentido.

Adam frunció el ceño con incredulidad.

— ¿He comprendido bien? ¿Andrea te dijo que la chica había muerto?

—Sí. Sé que fue culpa mía, pero... —su madre parecía abatida, pidiéndole con su expresión que la entendiera.

— Mamá, lo que dices no tiene sentido —replicó Adam, apartando su plato— ¿Cómo puedes ser culpable por la increíble mentira de tu hermana?

—No por la mentira en sí—. Repuso con lentitud—, sino porque le había prometido a Graham que la cuidaría, si algo le ocurría a él.

— ¿A Andrea? —la confusión de Adam era cada vez mayor.

—No, a Serena —Nancy presintió la exasperación de su hijo—. Será mejor que te lo cuente todo.

—Sería preferible que lo hicieras y desde el principio —opinó Adam con sarcasmo, pero sonrió, dispuesto a ignorar su enfado por la evidente inquietud de su madre.

Nancy continuó con rapidez.

— Bien, como sabes, Andrea era más joven que yo. Mi padre se casó con su madre poco antes de la Segunda Guerra Mundial. Yo estaba en Wrens cuando él murió durante un ataque aéreo a Londres. Andrea tenía dieciocho meses cuando ella y su madre tuvieron que partir a Yorkshire. Nunca volvieron a Londres... Clara, mi madrastra, no soportaba el ruido de la ciudad, aun después que terminaron los bombardeos.

Adam imaginaba que esa historia conducía a alguna parte, aunque ignoraba adonde.

— ¿Y? —provocó.

— Me temo que perdimos contacto, y entonces, hace como siete años, cuando nos encontramos en Londres, la invité a quedarse por un tiempo... esperaba entablar una relación más fraternal, aun después de todos esos años de silencio —el triste tono de Nancy, indicaba que no lo había logrado—. Conocimos a Graham en una fiesta ¡qué hombre tan agradable! Acababa de regresar de Italia con su pequeña hija. Su esposa había muerto unos años antes, y él sentía que le debía a Serena una mejor educación de la que podía obtener en una pequeña aldea de pescadores. Como la mayoría de los artistas, no le daba importancia a las cosas mundanas, y Serena comenzaba a escapar de sus manos. Pero era una niña adorable —enfatizó con rapidez—, siempre hacía preguntas y estaba llena de vida.

Si Serena había sido tan encantadora en su infancia, ¿qué pensaría su madre al verla ahora?

— ¿Y entonces se enamoraron y se casaron? — sugirió él con sarcasmo.

— No exactamente —Nancy parecía envuelta en el pasado—. Se comprendían y Andrea solía ser agradable y encantadora. La niña necesitaba un hogar estable y una madre, y Andrea parecía la mujer ideal, y estaba dispuesta a hacer el papel. Graham buscaba seguridad para la niña, y hasta cierto punto, para sí. Aunque no seguridad económica, por supuesto.

— Por supuesto —bromeó Adam. Después de todo, Graham Templeton no había salido perdiendo—. La casa es muy diferente a la garita de un artista — señaló con desdén—. Era un arreglo muy práctico.

— No creo que tú creas en el amor romántico, por lo que no puedes culparlo — defendió Nancy. Le agradaban Graham Templeton v su hija—. Entonces tenía casi cincuenta años, y pensó que estaba haciendo lo mejor... era un arreglo que complacía a todos.

—Pero no resultó así —musitó Adam, recordando una pintura en especial.

—Yo... no lo sé.

—No digas, escuches o veas cosas malas —Adam citó una frase favorita de su madre.

— ¿Quién sabe lo que sucede dentro de un matrimonio? —Nancy evitó enfrentar su penetrante mirada.

— ¿Por qué no me dijiste todo esto antes? —preguntó acusador.

—Bien, estabas en el extranjero la mayor parte del tiempo y nunca mostraste interés en los asuntos de la familia —arguyó.

Y a su madre le desagradaba discutir de cosas molestas... lo cual podía ser una virtud, pero ahora provocaba problemas para Adam.

— ¿Vamos a tomar el café en el salón? —sugirió él—. Tengo algunas noticias para ti.

Después, mientras tomaban el café, Adam continuó con el tema.

—Encontré algunas pinturas de Templeton en el estudio, detrás de la casa.

Hay un buen retrato de Andrea.

Nancy sabía a qué se refería.

—Sí, ella era una mujer hermosa. Se parecía a nuestro padre —inclinó a un lado la cabeza, y contempló a su hijo un instante—. Tú también te pareces un poco a él... en los ojos.

—No puedo decir que me haya dado cuenta —repuso Adam.

—Quizá Andrea sí lo vio, cuando se conocieron, ¿recuerdas? Y por eso quería que te quedaras con la casa —dijo Nancy, pensativa.

—Tontos sentimentalismos, mamá —replicó Adam, y al comprender la implicación de su madre, añadió—: ¿Tú sabías que yo heredaría sus propiedades?

—Sí, lo sospechaba —afirmó, y al escucharlo suspirar, añadió—: Supongo que debí habértelo dicho, pero su carta era un poco extraña. Estaba enferma, sin embargo no quería verme, y dijo que si algo le sucedía, quería que tú te hicieras cargo de sus efectos personales.

—Tales como una chiquilla de dieciocho años —repuso iracundo.

—Tengo tantos deseos de volver a verla —continuó diciendo Nancy—. A pesar de tu sorprendente noticia, me muero por saber todo sobre ella.

—Bien, es especial, como imaginas.

Puso la taza de café sobre la mesa, y sabía que estaba evitando llegar a lo desagradable del tema cuando preguntó, después de una pausa:

— ¿Por qué te mintió Andrea sobre la chica?

— No lo sé —Nancy encogió los hombros—, ¿Acaso tiene alguna importancia ahora?

— No debemos hablar mal de los muertos —Adam fue al gabinete de licores para servir dos copas de brandy—. Bien, quizá tenga mucha importancia cuando debamos decidir qué hacer con Serena.

— ¿Acaso dependía de Andrea? —preguntó su madre con ansiedad, aceptando su copa.

— Podría decirse —él bebió el brandy de un trago. Pero justo cuando estaba decidido a decirle la verdad, sin rodeos, su madre comenzó a trazar planes de acción con un suave tono.

— Desde mi punto de vista, hay dos cosas que podrían hacerse, pero en realidad, la decisión es de Serena. Es decir, cuando se sienta un poco mejor. Puede volver conmigo a Londres, Me gustaría, y podría hacer su presentación en sociedad para que encuentre un partido adecuado. O asistir a una escuela para señoritas de abolengo, quizá eso fuera lo más conveniente.

Adam rió con crueldad, interrumpiéndola, y su madre se indignó ¿Por qué tomaba las cosas con tanta frivolidad?

— Vamos, Adam, esperaba que, por lo menos, esto fuera tomado en serio... ¡estamos discutiendo el futuro de otra persona!

— Lo lamento, mamá, pero mi risa fue irónica y no divertida — se disculpó con seriedad—. Estoy seguro de que la chica que está arriba no ingresaría ni sería aceptada en una escuela así.

— ¿Por qué? No es... — buscó una palabra adecuada— , ligera, ¿o sí?

— No, Serena es, en definitiva, una virgen —replicó sin rodeos—. Parece tener catorce años y es improbable que haya tenido contacto con el sexo opuesto. Es una "autista" —concluyó con frialdad.

— ¿"Autista"? —repitió Nancy, asombrada.

— "Autista", retraída, loca. No sé el término adecuado.

— ¿Cómo puedes decir algo así? —Nancy miró con furia a su hijo. Si ésta es una más de tus crueles bromas, Adam, te advierto...

— No pienses mal, mamá —interrumpió y añadió con seriedad—: No es una broma. Desearía que lo fuera. Desde el accidente, la chica se ha vuelto cada vez más retraída —recordó la ausente mirada de la muchacha—. Está lejos de la realidad, absorta en sus propios pensamientos. Logré sacarle algunas palabras, pero no tenían sentido.

— ¡Oh, Dios mío! —gimió Nancy, cerrando los ojos—. Debí haber presentido que Andrea mentía,

Adam se sentó a su lado en el sofá y la abrazó.

—Mamá, no hay ningún motivo por el cual debas sentirte culpable por el estado de la muchacha. El accidente la desequilibró, es todo.

—Es probable —Nancy sacudió con desesperación la cabeza—, pero le hice una promesa a Graham y lo defraudé.

— ¿Por qué te pidió Templeton que cuidaras de la chica? —preguntó con suavidad—, ¿Acaso la relación entre Andrea y su hijastra empeoró al vivir juntas?

—Oh, no, nada de eso —negó de inmediato—. Estoy segura de que Graham sólo quería que yo ayudara a Andrea en caso de que algo le ocurriera. Verás, ella no estaba acostumbrada a los niños —hizo una pausa, pensativa—. Quizá Andrea resintió la idea de mi intervención después del accidente, pero siempre fue muy gentil con Serena. Deseaba que la chica la aceptara casi como a una madre.

—Y vivieron felices para siempre —replicó Adam, recordando a la pálida chica que se había convertido en un espectro—. Mas no fue así.

—El accidente —recordó Nancy, pero Adam la miró, implicando que no lograba engañar a nadie—. De acuerdo, había cierta tensión, pero no involucraba a Serena. Después de la boda, vine en una ocasión a la casa, invitada por Graham y Andrea no me hizo sentir bienvenida. Ambos estaban haciendo un gran esfuerzo. Andrea quería más de lo que Graham podía darle. Mientras ella buscaba el amor romántico que creo no existió en su primer matrimonio y Graham no podía sentir más que un profundo afecto por ella. La madre de Serena fue una mujer hermosa y cautivadora, y Graham vivía enamorado de su recuerdo.

—El hombre fue un tonto al volver a casarse —opinó Adam.

— ¡Adam! A veces pienso que no sabes lo que es la compasión —replicó su madre, indignada por sus palabras—. Nadie es infalible o capaz de

vaticinar el resultado de sus acciones.

—No lo creo, mamá. El hombre es capaz de controlar su vida, su destino —replicó, convencido—. El utilizó su fatalismo como una excusa para su fracaso, es todo.

— ¿Y qué dices del amor? —retó su madre, alterada por su frialdad—, ¿Qué ocurriría, Adam, si te enamoraras y tus sentimientos no fueran correspondidos? ¿Si no pudieras conseguir a la mujer deseada? ¿Cómo controlarías esa situación?

Adam se levantó.

— ¿Acaso todas las mujeres piensan que lo único importante es el amor? —suspiró. Fue a servirse otra copa. Ese tema se había repetido muchas veces, ¡pero no era el momento para discutirlo! ¡No quería lastimarla!—. Mamá, tengo treinta y cinco años y he logrado escapar de esa odiosa enfermedad hasta ahora, así que no creo que alguna vez caiga en eso. Si deseo a una mujer, le envío flores y le digo que es la mujer más fascinante del mundo, lo cual es cierto en ese momento, pero no necesito justificar una relación llamándola amor.

Nancy estaba asombrada por el cinismo de su hijo.

— Yo amé a tu padre... aún lo amo.

—Lo sé, mamá —escuchó el tono trémulo en su voz y se suavizó. Pero esa clase de amor es muy rara., casi extinta. No puede existir en un mundo cada vez más insensible y cruel.

— No te entiendo, Adam —su madre movió la cabeza con tristeza.

Miró con ternura su inmaculada cabeza blanca y los enormes e infantiles ojos azules. Tenía más de sesenta años y pertenecía a una época diferente. Sentía que ya habían dicho demasiado, y estaban a punto de iniciar una airada discusión, lo cual no había sucedido en veinte años. Entonces, bostezó de forma deliberada.

— Estoy exhausto. ¿Subimos?

Le ofreció una mano, y Nancy la aceptó reacia. Había hablado en vano, y se sentía cansada. En ocasiones le costaba trabajo creer en Adam, como también le sucedía con el horrible grupo de amistades con quienes se rodeaba.

SUS SUAVES voces, al intentar tranquilizar sus exaltadas emociones, llegaron hasta Serena y su mente las registraba como una terrible amenaza contra la protección que le ofrecía su retraimiento, permitiéndole evitar el sufrimiento de la inaceptable realidad. Pero, al irrumpir en su soledad, Adam había derribado sus barreras, erigiéndose como una poderosa fuerza en su vida, aunque la imagen que tenía de él estaba distorsionada por el problema que tenía para distinguir la fantasía de la realidad.

El discreto parecido con su tía, había causado un mayor impacto en la chica que alguna vez fue blanco de aquella penetrante mirada de idénticos ojos grises.

“Quiero ayudarte”, había dicho él, y escuchó las palabras y la sinceridad de

su tono, pero también recordó promesas rotas.

"Vamos, Serena, seremos amigas", y horas, minutos o quizá, segundos después, los terribles gritos y amenazas volvían a empezar.

Y entonces, el péndulo se balanceaba de nuevo. "Ahora eres mi niñita, y yo te cuidaré. Te amo".

La huella del afecto de Andrea, aparecía con un intenso color escarlata en la mejilla de Serena. Era un milagro que hubiera logrado sobrevivir a Andrea. La clave era perder el miedo, dejar de darle importancia al presente. Pero existían castigos para las tretas que había aprendido. Sin embargo comenzaba a escapar de todo eso. Era demasiado tarde para regresar.

Capítulo 3

NO podía dormir. Era esa maldita tranquilidad del campo. Saltó de la cama y buscó en el guardarropa hasta encontrar una bata.

Caminó por la casa envuelto en la oscuridad y se dirigió a la biblioteca. La colección de libros de su tía era variada, y estaban en condiciones tan buenas, que daban la impresión de ser sólo objetos de ornato. Inclusive, había varias de sus novelas. Nunca había leído ninguna de sus obras después de ser impresa, y no lo haría; eligió un libro de suspenso.

Una tabla en la parte alta de la escalera chirrió y Adam pensó que era un ruido más de la vieja casona. Pero, al escuchar con atención, descubrió que provenía del pasillo ubicado a la izquierda de la amplia escalera. Caminando con sigilo encontró su origen.

Las cortinas estaban corridas y la luz de la luna iluminaba a la chica que acurrucada en la cama gemía. Sin hacer ruido se aproximó al lecho y cubrió con delicadeza la frágil figura de Serena, quien había apartado las sábanas. Seguía temblando. Hacía mucho frío en el dormitorio, pero su frente estaba perlada de sudor. Atrapada en su pesadilla, comenzó a sacudirse con violencia y se destapó de nuevo.

Adam se dirigió al lavamanos y mojó un pañuelo. Con lentitud, se sentó en la cama, y pasó la tela fresca por su frente y el cuello, esperanzado en sacarla de la pesadilla. Pero los movimientos se volvieron cada vez más violentos y, de súbito, Serena despertó.

El sueño se fundía con la realidad, y al ver el sombrío rostro sobre ella, gritó con desesperación. De forma instintiva, Adam cubrió su boca con una mano, pero la apartó de inmediato cuando unos afilados y pequeños dientes se hundieron en su carne. La chica le golpeaba con violencia el pecho descubierto por la bata. De pronto Adam logró atrapar una muñeca, pero ella continuó golpeándolo con la mano libre. Sus ojos azules ya no reflejaban temor, sino una incontenible furia. Al recibir un golpe en el ojo, decidió que era el momento de inmovilizarla, y se inclinó para atrapar su pequeño cuerpo bajo su gran peso, sujetándola por los hombros.

De súbito, Serena se tranquilizó. Sus rostros estaban cerca, sus miradas se

encontraron Adam creyó ver un destello de rendición en los ojos de la joven, pero lo sorprendió un rodillazo en la cadera. Al intentar inmovilizarla de nuevo, asió por accidente su camisón y en medio del forcejeo de la chica, la desgastada tela se rasgó.

Sus senos alabastrinos se movían agitados, mientras yacía con el cabello extendido sobre la almohada, intentando recuperar el aliento. Adam contempló fascinado aquella piel tersa y deseó acariciarla. Sin pensarlo, un gemido de deseo escapó de sus labios y se movió para cubrirla. Entonces Serena reaccionó con violencia, intentando apartarlo, de modo que Adam perdió el equilibrio y cayó sobre ella, dejándola sin aliento. Adam tardó en alejarse y, a pesar de su juventud, ella descubrió un destello de pasión en sus ojos sombríos.

Transcurrieron unos momentos... se había suspendido la lucha mientras ambos intentaban comprender el súbito cambio de sus emociones. En un instante, un desgarrador grito rompió la tranquilidad de la noche y Adam reaccionó al fin. ¡La chica creía que iba a violarla! Con desesperación, él la forzó a volverse para mirarlo.

—Escucha, Serena, no pienso lastimarte,

Pero la chica no prestó atención a sus palabras y sus gritos, mezclados con sollozos, se volvieron cada vez más agudos. Adam sintió miedo por ella, ya que se sabía incapaz de combatir el terror que la dominaba.

—Por Dios, ¿qué has hecho? —Nancy Carmichael apareció en el umbral de la puerta y, al encender la luz, descubrió la escena.

Apartándose del lecho, Adam se volvió hacia su madre, pero de inmediato miró a Serena. La pesadilla estaba completa.

Al escuchar los desgarradores sollozos de Serena, Nancy entró en acción. Abrazó a la muchacha, acariciándola y consolándola como lo haría con un nene. Después de un débil intento por apartar a la mujer mayor, la chica cayó rendida en su abrazo, y sus gritos se convirtieron en suaves gemidos,

—No pretendía lastimarla —Adam alborotó su cabello con manos temblorosas. Aún no lograba creer lo que había ocurrido.

Al sentir que la chica se estremecía al oír la ruda voz masculina, Nancy ordenó a su hijo:

— Sal de aquí, Adam.

Él siempre recordaría la expresión de aquel rostro lloroso que descansaba en el hombro de su madre... su mirada de terrible miedo. Mas no podía hacer algo por borrarla... él la había causado.

— Tranquilízate, mi niña, yo te cuidaré.

Nancy permaneció con Serena hasta que, agotada por el sueño y el horror, la chica se rindió al descanso, sintiéndose protegida en su abrazo. Y Serena, aunque no reconocía la identidad de aquella mujer, la aceptó sin luchar, ya que su piel despedía el aroma de las flores, y su mente revivió el recuerdo de una hermosa madre, cuya suave piel tenía el aroma de las violetas y las rosas.

EL ESPEJO revelaba que tenía casi cuarenta años, y él se sentía aún más viejo. Sus ojos estaban irritados, y el izquierdo rodeado por una mancha morada. La barba crecida completaba su triste aspecto.

Después de una ducha su semblante mejoró, pero aún sentía un intenso dolor de cabeza, el cual empeoró al oír el insistente llamado a su puerta.

— ¿Sí? —gruñó.

— ¡Soy yo! —repuso su madre al otro lado de la puerta.

Refunfuñó en silencio, pero el encuentro era inevitable.

— Adelante —terminó de abotonarse la camisa limpia y recogió la corbata.

Por un momento, se contemplaron como enemigos, hasta que Nancy rompió el tenso silencio con una afirmación.

— Estás terrible.

— Me siento peor —murmuró Adam, haciendo el nudo de su corbata—, Pero supongo que no has venido a discutir mi estado de salud.

— No, así es. En especial, ya que tu malestar lo causaste tú misino.

— Y también estoy seguro de que no has venido a darme un sermón sobre la templanza, mamá —no quería hablar con tono airado, pero debía ponerse a la defensiva—, ¿Cómo sabes que he bebido?

— Yo diría que más de una copa, a juzgar por la botella de brandy que hallé vacía en el suelo de la sala.

— Ya soy un adulto, mamá —murmuró, al tiempo que se dirigía al tocador y cepillaba su cabello.

Nancy sabía que debía atacar de inmediato o no obtendría respuestas a sus preguntas.

—Quiero saber qué ocurrió anoche, Adam,

Sus miradas se encontraron en el espejo.

— ¿Tiene importancia ahora?

— ¡Por supuesto que sí! —Se le acercó iracunda—. ¡No puedes hacer eso y esperar que no te exija una explicación por tu actitud!

— ¿Y qué se supone que hice? —Adam se volvió, molesto,

Nancy se ruborizó, no pretendía hacer acusación alguna.

—Intento ser justa, Adam —respondió, intentando ser razonable—, Trato de comprender.

— ¿Soy inocente hasta demostrar lo contrario? Pero sospecho que nuestra pequeña "princesa" ya ha dado su versión, con lujo de detalles.

— ¿Por qué llamas así a Serena? — preguntó su madre, sorprendida por su acritud.

—Por nada. Olvídalo —al escuchar sus propias palabras, comprendía sus sentimientos por la chica, y era difícil intentar analizar el cambio de actitud... lo más aproximado, era definirla como resentimiento.

—Aún no he visto a Serena esta mañana y ella no dijo una sola palabra después que saliste de su dormitorio —declaró Nancy, dejándose caer con cansancio en el borde de la cama.

—Entonces me suspendes la sentencia —repuso él con fingido alivio.

—No voy a discutir contigo. Adam. Creeré cualquier cosa que quieras decirme —sabía que su hijo no era mentiroso.

Adam tomó un cigarrillo de su mesita de noche y lo encendió.

—De acuerdo, mamá. Serena tenía una pesadilla. La oí gemir. Fui a ver si podía calmarla y en lugar de eso la espanté.

— ¿Y?

—Es todo —replicó.

— ¿Y por eso gritaba de esa manera?

—Creo que no le agrado —sonrió él con desdén.

— ¿Intentaste... intentaste seducirla?

—No, no lo hice —tardó un poco en responder. Ella esperó, sabía que aún había más. Adam se vio forzado a confesar—: Pero deseé hacerlo.

— ¿Adam, cómo pudiste? —inquirió asombrada, incapaz de aceptar la realidad—. Es una niña, como dijiste.

— No lo sé, mamá —recordó con claridad la noche anterior, a pesar de sus esfuerzos por borrarla con el alcohol que había bebido—. Desearía saberlo. Ella despertó cuando secaba el sudor de su rostro y comenzó a atacarme, como si yo fuera un engendro de su pesadilla.

Nancy cerró los ojos un instante.

— Adam, debo preguntarte esto. ¿La... tocaste de alguna forma?

— ¡No! —exclamó disgustado, ya que su pregunta despertó el recuerdo de la blanca piel y el deseo que sintió de acariciarla—, ¿Por quién me tomas?

— Por un ser humano, con todos sus defectos y debilidades. Hijo, ella es demasiado joven para ti y en extremo delicada.

Le estaba haciendo una advertencia, y él se enfureció al pensar que su madre lo considerara necesario.

— Una locura momentánea no constituye el deseo de consumar una aventura, mamá.

— Me alegro —dijo, aunque no muy convencida.

— ¡Por Dios, mamá! Su camisón se desgarró al estar forcejeando, sus senos estaban desnudos, y, por unos segundos, quise acariciarlos. Pero no a ella... podría haber sido cualquier otra chica en las mismas circunstancias — ahora Nancy sabía que su hijo era capaz de mentir, pero ni él mismo lo creía. Apagó molesto el cigarrillo. — Por desgracia, ella interpretó mal mis intenciones y pensó iba a violarla. Por eso, lo lamento, ¡pero tengo tanto interés en esa chiquilla loca, como lo tengo en el ama de llaves!

Nunca había visto tan perturbado a su hijo por algo, y en otras circunstancias, se hubiera sentido complacida de que no actuara con tanta frialdad y descaro.

— ¿Qué haremos con la niña? —preguntó Nancy, cambiando el tema.

— Qué harás tú con ella, querrás decir —Adam se dirigió al perchero y sacudió la chaqueta—. Regresaré a Londres en el auto alquilado, y si alguna vez tuviera la necesidad de regresar a esta morgue — señaló la habitación,

aunque se refería a la casona—, o conociese de nuevo a esa loca, creo que me pegaría un tiro. Haz lo que quieras con ella. No me interesa... siempre que la mantengas alejada de mí, ¡En lo que a mí concierne, ella siempre será una mala noticia!

Nancy no estaba segura de cómo interpretar eso, ya que sin duda, su hijo sabía que ella nunca podría abandonar a Serena.

—Tú podrás ser su guardián, obedeciendo los términos del testamento, pero me encantará cuidarla —repuso con tranquilidad, y añadió—: Creo que es una buena idea que te mantengas alejado por un tiempo, hasta que haya mejorado un poco... y esté preparada para enfrentarse al mundo de nuevo.

"Dios no lo permita", pensó Adam aunque menos indignado que unos minutos antes.

— ¿Te quedarás a almorzar?

—No, debo regresar. Le prometí a Julia que saldría con ella esta noche — una mentira piadosa, ya que dudaba poder soportar la compañía de esa mujer en este estado de ánimo.

—Cuídate —casi siempre transcurrían varios meses sin que se vieran, pero ahora, ésta parecía una verdadera despedida. Nancy Carmichael sentía deseos de llorar—. No nos des la espalda, Adam.

Él se puso tenso, pero respondió con indiferencia.

—Te veré cuando estés en Londres. No te aisles en este lugar.

—Yo no lo considero así. Cuidar de Serena me dará algo valioso que hacer en mi vida.

— ¿La nieta que nunca te di? —sugirió sonriendo.

—Sí, quizá —aceptó y devolvió su sonrisa.

—Vamos —recogió las llaves y la billetera de la mesita de noche, y la rodeó con un brazo—. Acompáñame al auto.

Descendieron con lentitud por la escalera, en silencio, y al salir el sol brillaba, de modo que el panorama era menos lúgubre. Adam se relajó al abrir la puerta del coche y, despojándose de su chaqueta, la dejó caer en el asiento posterior. Pero, cuando se incorporó y miró hacia los ventanales del piso superior, comprendió que estaba huyendo.

Un pequeño rostro devolvió su mirada con expresión impasiva. Era muy probable que estuviera viendo a través de él, y no a él mismo, pero imaginó que estaba acusándolo por su cobardía.

Adam se volvió y sujetó con fuerza el brazo de su madre, sin percatarse de la presión de su mano.

—Escucha, mamá, consigue un psiquiatra para esa niña, hoy... ¡Ahora mismo! No es una gentileza pensar que se trata de una chica normal. No lo es. Y el motivo por el que Andrea la encerró en esa torre de marfil, tampoco fue muy gentil.

—No... no estoy segura de comprenderte —balbuceó Nancy, sorprendida por el cambio en su hijo:

Pero no sabía cómo explicarlo... había algo muy siniestro en todo eso.

— Consigue a alguien de inmediato.

Adam partió tan pronto obtuvo la promesa de su madre, pero su angustia permaneció con ella. Nancy hojeó el directorio de su hermana y encontró el número telefónico del médico familiar.

EL PRIMER mes, Serena lloró por cualquier cosa. De pronto vio una intensa luz cerca de sus ojos y oyó una voz que decía:

— Ha recibido algún tipo de impresión fuerte, quizá la muerte de su madrastra, pero, definitivamente, ha regresado a la realidad — y una mujer de cabello plateado le sonreía. Pero Serena no quería que estuviera allí, deseaba volver a su mundo de sombras del pasado. Tengo un amigo —continuó diciendo la voz—, vive en St. Thomas...

Y después otra voz. Pero ésta parecía más juvenil, y el hombre no vestía con elegancia ni emanaba el aroma del tabaco. No podía ser médico, ¿o sí?

Y a pesar de su aislamiento del mundo durante cinco años, Serena logró reconocer la identidad del hombre.

— No usa bata blanca —acusó, cuando él habló con tono tranquilizante, sin perturbarse porque la joven lo había reconocido.

— ¿Debo usarla? — preguntó con suavidad.

— Sí, eso creo —repuso pensativa, y recordando una vieja canción que escuchó cuando sus padres la llevaron a Inglaterra en una ocasión, añadió con malicia—: Vienen a sacarme de aquí... los pequeños hombrecitos con sus batitas blancas—.

Pretendía hacerlo reír, demostrarle que no lo necesitaba, pero la contempló con fijeza. Serena decidió que el hombre pensaba que era una loca. Por un tiempo, volvió a la seguridad de su mundo de fantasía. Pero ahora, era cada vez más difícil retener a su padre consigo. Debía forzarlo a volver a su lado, pero él desaparecía con gran facilidad, con cualquier sonido o movimiento.

ALEGRE, Lizzie desempolvaba una repisa al ritmo de la música del radio. La nueva ama había hecho muchos cambios en esa habitación. Los muebles aún eran antiguos, más no desagradables a la vista. Sí, todo resultaba más agradable con la señora Carmichael, quien inclusive los trataba como seres humanos. Bien, quizá no todo. La anciana había logrado que la chica bajara al fin pero, ¿acaso existía alguna diferencia entre contemplar el fuego y la ventana de su habitación?

Lizzie terminó de arreglar las fotografías de la repisa, y suspiró al ver la del hijo. Era un hombre extraño; desapareció al segundo día de haber llegado allí, y después partió hacia Estados Unidos sin despedirse de su madre. Quizá la señora Baker tenía razón, era muy simpático y todos los hombres apuestos al final se parecían. Dio una pasada más a su fotografía, antes de subir el volumen de la música y dirigirse al otro extremo de la habitación.

Limpiaba una figurilla de porcelana, cuando descubrió que estaba cantando sin acompañamiento. Ambas estaban asombradas., la chica con un dedo en el apagador del radio y la criada se incop poró con lentitud.

—Lo apagaste —murmuró—. Lo apagó —Lizzie echó a correr gritando esta frase por toda la casa.

Era gracioso que proclamara su acto como si fuera un milagro. Gracioso. Serena se sentó y lloró.

Nancy hizo callar a Lizzie, y se preparó para sufrir un desencanto. Los progresos en dos meses habían sido tan pocos, que parecían casi imaginarios. Serena lloraba de nuevo, y aunque Simón Clark, el psiquiatra, había dicho que era una buena señal, Nancy se sintió destrozada por las enormes lágrimas que brotaban de los tristes ojos de la chica.

Cuando Nancy se sentó junto a ella en el sofá, y tocó su hombro, supo que había un cambio. Por primera vez, Serena se lanzó a sus brazos de forma voluntaria, en busca de consuelo, y cuando cesó su llanto, no se apartó de su lado.

— ¿Estoy mentalmente enferma? —inquirió Serena sin rodeos.

Nancy no esperaba una pregunta tan cruda, y al ver sus enormes ojos llorosos, en espera de su respuesta, sintió deseos de decir: "Por supuesto que no", pero recordó la advertencia de Adam la cual repitió en su carta.

—Has estado enferma, pero te recuperarás, ¿no es cierto? —sonrió la mujer mayor, con la esperanza de haber dicho lo correcto.

Serena pensó en esto. Si estaba reponiéndose, entonces, ¿por qué se sentía más triste que antes? Pero esta mujer no le mentía. La abrazó y acarició cuando lo necesitaba y no pedía nada a cambio,

— He olvidado quién es usted —confesó Serena, avergonzada.

— Soy la... —se interrumpió, quizá la pérdida de su madrastra aún fuera algo muy doloroso para la chica—. Soy una vieja amiga de tu padre.

— ¿Él la envió?

— Sí. Así es, querida —repuso Nancy con sinceridad, aunque ya habían pasado muchos años y llegó tarde. Pero no demasiado tarde, se aseguró en silencio.

— Por eso es que él ya no viene —afirmó la chica con gravedad, pero se arrepintió de inmediato—. Solía soñar con él. Sí, eran sueños, sé que no pertenecían a la realidad.

— Cariño, los sueños son agradables —Nancy apartó la dorada cabellera del hermoso rostro—. Nos ayudan a sobreponernos a los malos tiempos, cuando hemos perdido a alguien a quien amamos.

Y no eran simples palabras. Nancy sabía lo que decía.

— Lo extraño tanto —murmuró Serena, y comenzaron a rodar las lágrimas por sus mejillas, pero ahora era el llanto natural de una chica joven.

Capítulo 4

ESTABA "ebrio". Era una agradable palabra que había entrado a formar parte de su vocabulario durante los últimos doce meses, y describía muy bien su estado de intoxicación alcohólica. Pero no estaba en peligro de caer de su

banquillo en el bar, de hacer un torpe avance a una de las hermosas mujeres que se aproximaban a él, ni siquiera de hablar con acento pastoso, perdiendo la pureza de su pronunciación inglesa. Pero aun así, había bebido tanto Bourbon, que se sentía casi paralizado.

Echó un vistazo a su reloj de pulsera y se sorprendió de que; aun siendo temprano, de acuerdo con la costumbre de Hollywood, Julia estuviera aproximándosele mientras, al abrirse paso entre los invitados, aceptaba los halagos de hombres que valía la pena conocer, y sonreía a las mujeres a las que no podía darse el lujo de ignorar. Adam debía reconocer que ella se había labrado una posición de mayor importancia por sí misma.

— ¿Llamo un taxi? —Adam se volvió, descubriendo su mal humor, ahora que había vuelto su espalda a los demás invitados.

— ¿Taxi? —Julia frunció el ceño, y decidió ignorar su proposición tan inaceptable en aquel momento—, Adam, creo que deberías circular por allí. La gente comienza a hablar.

En lo que a Adam concernía, la gente a la que se refería Julia no había cesado de hablar desde que la fiesta comenzó. Controló su cinismo y se conformó con preguntar:

— ¿Por qué?

— ¡Adam, en ocasiones, eres insoportable! —replicó con rudeza.

Descubrió que sus maquillados ojos se dirigían hacia la botella y después a él, y entonces arqueó una ceja.

— ¿Me acompañas? ¿O has venido a salvar mi alma del licor? —provocó con suavidad, sabiendo que eso había estado pensando—, Con el amor de una buena mujer y todo eso.

—En lo que a mí concierne... querido —fingió dulzura cuando un invitado se aproximó—, puedes beber todo lo que quieras.

—Eso mismo pensé, querida —imitó su tono y recibió una mirada de desdén.

— No te pido mucho, Adam —repuso, adoptando su actitud favorita... la de la amante lastimada.

¡Sabía que debía responder a eso! Pero Adam decidió que no valía la pena iniciar una discusión y, además; no le importaba,

— Pero pienso que lo menos que podrías hacer, es actuar como un buen anfitrión en nuestra propia fiesta —terminó ella.

No tuvo que dar una explicación por su actitud, ya que Julia, después de lanzar una maldición, se alejó rumbo a la piscina.

— ¡Vaya! ¡Qué mujer! —exclamó un invitado que estaba a un lado de Adam, en el bar, pero al no recibir una respuesta, añadió con tono de disculpa —: ¿Su esposa?

— Sólo buenos amigos —respondió Adam con ironía, y rió con el otro hombre, quien interpretó mal sus palabras. Pero no quería hablar de trivialidades, y terminando su trago, se levantó y fue al estudio de la pequeña mansión. Apartado de la casa, constituía su refugio de los innumerables

visitantes que llegaban durante el día. Y era allí donde hacía sus trabajos.

Había ido contratado por los Estudios Hamlisch, quienes solicitaban que adaptara una de sus últimas novelas a un guión cinematográfico; hacía más de un año que uno de los directores tuvo la idea, antes que Adam aceptara, e hicieron todos los arreglos por teléfono; feliz por la idea de cambiar el ambiente de Inglaterra, Adam terminó su trabajo en los primeros tres meses.

Pero se había quedado allí para escribir guiones de películas, lo cual fue un error. Adam, dominado por la fuerza de un maligno instinto, escribía cosas sensacionalistas y el mismo humor negro, lo hacía reír cuando sus guiones eran aceptados con entusiasmo. Sabía que no estaba haciendo nada por su reputación, pero estaba atrapado en un remolino de autodestrucción. Eso tampoco lo ignoraba.

El estudio era la única habitación de la casa que tenía la personalidad de Adam... lleno de libros que había pedido a Londres, además de todos sus discos de música clásica y una pintura que llevó consigo y que trataba como si fuese un Rembrandt.

Se sirvió otro trago. Había un mueble con bebidas en todas las habitaciones... algo absurdo pero de moda. Se sentó ante el escritorio cubierto de correspondencia sin abrir... en su mayoría, cuentas de Julia. Julia, la que nunca pedía demasiado. Suponía que era cierto. Ella nunca pedía, y él aceptaba sin protestar sus extravagancias.

Dejó para el final la carta con matasellos de Yorkshire, quizá como una anticipación de placer, o para evitar malas noticias. Por su tamaño, debía ser uno de los informes mensuales de su madre. Ese sería el tercero que le enviaba el psiquiatra a través de ella.

El primero había sido breve e indicaba que Serena Templeton estaba retraída, lo cual no era nada nuevo para él. El segundo, un compendio de seis meses de tratamiento, se refería con discreción a la respuesta de la chica cuando era interrogada sobre asuntos impersonales, y sus primeros años en Italia, aunque rechazaba hablar de los años más recientes.

Deseaba no recibirlos, ya que al leer sentía una emoción indescriptible, pero al final quedaba con una profunda insatisfacción que duraba varios días. No lo comprendía.

Con calma leyó las páginas muy bien escritas a máquina.

"*He tratado a la paciente por casi catorce meses, y su transformación de un ser retraído y nervioso, a una joven mujer alegre y llena de vida, ha sido casi un milagro. Pero, desde el punto de vista científico, desconfío de los milagros. En apariencia, Serena parece preparada para "volar" sola, como ella misma lo ha expresado, pero tengo mis reservas. Ni una sola vez, durante las largas horas de análisis, he podido descubrir el motivo de su enfermedad. Los efectos han sido visibles, pero las causas siguen siendo un secreto bien guardado. Los casos como el de Serena, donde el paciente es intuitivo, son difíciles de manejar, ya que al anticipar hacia dónde conducen mis preguntas, puede decidir si sigue mi línea de pensamientos o da rodeos muy corteses. A*

pesar de este lapso de estancamiento, recomiendo que continuemos con el tratamiento, ya que aún no está lista para probar sus nuevas alas".

Adam comprendía que el psiquiatra estaba involucrado con su caso, a pesar de la falta de cooperación de Serena. Él tampoco creía en los milagros, excepto los relatados en la Biblia, aunque en sus cartas, era obvio que su madre difería en su opinión. Leyó su nota que acompañaba el informe.

"*Querido Adam,*

Adjunto el informe de Simón Clark para que lo leas y me des tu opinión imparcial, pero quiero que consideres mis propias impresiones.

Sé que, de cierta forma, soy una vieja crédula e inocente, pero, para mí, Serena es ahora la chica hermosa y brillante que prometía ser cuando niña. Quisiera que la vieses ahora, Adam. Es difícil creer que estuvo enferma. En ocasiones es tan racional sobre todo esto, que me recuerda mucho tu forma tranquila y práctica para enfrentar la vida.

Pasa mucho tiempo pintando, y parece haber heredado el talento de su padre, aunque algunas de sus pinturas son incomprensibles para mí. Aun así, necesita un entrenamiento adecuado, y pensando en esto, enviamos varios dibujos suyos a la Escuela de Arte en Leeds, y ya que parece ser una gran promesa, estuvieron dispuestos a aceptarla en septiembre sin los acostumbrados requisitos académicos.

Sé que cometí un error al actuar sin haberlo consultado primero con Simón, y él, como podrás haber concluido por su informe, se opone a la idea de enfrentarla a cualquier situación ajena, pero es difícil enfrentarse a la tranquila seguridad de Serena sobre este asunto.

Y ahora, ¿qué hago? Le dije a Serena que te escribiría, y desde entonces, no ha vuelto a tocar el tema. Parece como si estuviera resignándose a no asistir a la escuela, y por su madurez al aceptar esto, es por lo que estoy segura de que lo logrará.

Con respecto a Simón, sin duda merece la gran reputación que tiene, a pesar de ser un hombre tan joven, por la dedicación que emplea para los intereses de Serena; la visita con frecuencia, pero siento que su actitud no es estrictamente profesional. Creo que Serena percibe lo mismo, y se está distanciando de él.

Por favor, escribe pronto.

Nancy.

P.D. Serena cumplirá años la próxima semana. Quizá puedas enviarle una tarjeta. Somos sus únicos familiares".

Adam arrugó con furia la carta de su madre, comprendiendo el significado oculto de sus palabras, como ella había pretendido.

¿Acaso ese médico, no sabía que era el paciente, y no él quién debía enamorarse? Adam experimentó el intenso deseo de matar a golpes a un hombre en el otro continente, y entonces se le ocurrió una amenaza. Si la tocaba...

Poco después, su furia desapareció, y recordó cuando él mismo quiso hacer

eso... acariciar a Serena, no sólo contemplar su frágil belleza. Y ese recuerdo era tan claro, que parecía haber sucedido el día anterior. Y sintió una amargura tal, que ninguna cantidad de whisky podría borrar.

Y ahora su madre le pedía una opinión imparcial sobre su protegida, cuando lo consumían el fuego de culpa y el enfado. Sin quererlo, se volvió a mirar el retrato de la madre de Serena. No era la misma expresión inquieta y desconfiada que recordaba, pero el parecido con su hija resultaba perturbador.

Julia apretó los labios con disgusto cuando, al entraren el estudio, lo descubrió contemplando el cuadro que tanto le desagradaba. Dio un portazo e inquirió.

— ¿En dónde has estado?

Adam se volvió con lentitud en su silla giratoria y por primera vez, en varios meses, estuvo consciente de la belleza de aquella mujer. Pero a pesar de contemplar sus perfectas facciones y las agradables curvas de su figura, envuelta en seda color azul, supo que nunca más la querría en su cama. Continuó bebiendo en silencio, pero algo en su expresión debió provocar el siguiente ataque.

—No sé por qué acepté venir contigo a Estados Unidos —gimió Julia y al no tener respuesta, añadió con voz estridente—: Adam Carmichael... el "gran amante", el "gran escritor". ¡Qué chasco! Desde que volviste de Yorkshire, tu única aventura ha sido con esa maldita botella. No eres más que un... ebrio sin necesidades ni sentimientos.

Cuando Adam se volvió y la miró de frente. Julia retrocedió, temerosa de haber llegado demasiado lejos, pero, la respuesta de él fue casual y divertida.

—Olvidaste la clave de mi mortal atractivo... aunque soy un ebrio sin necesidades ni sentimientos, tengo mucho dinero.

Podía haberle recordado que él nunca la invitó a acompañarlo. Julia apareció de repente en su vuelo, y él sabía por qué. Esa mujer, después de acabar el dinero del acuerdo de su divorcio, había necesitado su ayuda, y, estando muy embriagado cuando llegaron al aeropuerto de Nueva York, para hacer escala, le permitió ganarse el dinero en una habitación del hotel del aeropuerto.

—Eres un desgraciado —replicó ella iracunda.

—Estoy de acuerdo —sonrió Adam.

Frustrada, Julia emprendió un nuevo ataque, tocando un tema tabú, el cual descubrió el primer día que Adam la encontró leyendo el primer informe psiquiátrico.

—Veo que has recibido carta de tu madre—intentó recoger la carta, pero Adam actuó con rapidez. Con demasiada rapidez—. Ah, ¿cómo está la adorable pequeña... la primita loca?

— ¡Cállate! —exclamó él, mordiendo el anzuelo.

— ¿Por qué tan irritable?

—No discutiré esto contigo —se levantó y fue a la puerta.

— ¿Cómo es ella, Adam? Estoy intrigada. ¿También tiene

deformaciones físicas? ¿Por eso estás tan avergonzado y evitas hablar de ella? —él se detuvo, Julia lo vio cerrar los puños con fuerza—. ¿O es simplemente una vergüenza para la sociedad? Ya sabes... moja la cama y le escurre saliva de la boca...

— ¡Casquivana ignorante! —le lanzó una bofetada.

En el último instante, Adam comprendió su acción y abrió la mano, pero el dorso de ésta tuvo la suficiente fuerza para lanzar a Julia contra el escritorio.

— ¡No te acerques! —gritó la mujer, horrorizada, al verlo avanzar para remediar el daño que pudo haberle causado. Había sido golpeada por otros amantes, pero nunca por Adam, y aquel golpe no era fingido. Julia comenzó a retroceder con temor, rodeando el escritorio.

—No voy a golpearte de nuevo —afirmó Adam—, Pero no vuelvas a hablar de ella así, te lo advierto.

—No lo haré —prometió antes de huir hacia la puerta—, ¡Quizá tú también necesites un psiquiatra!

La histérica risa de Adam la siguió por el pasillo, confirmando sus temores. Él la había comprendido... Julia pensaba que eran parientes consanguíneos, y ahora tenía dudas sobre su cordura. Pero estaba en lo cierto. Había una extraña locura en él, mas no por parentesco, sino por contagio. A través del contacto con la chica. Y al comprender que la idea era absurda Adam rió con más tuerza.

— ES DE Estados Unidos —declaró Nancy complacida, después de inspeccionar las etiquetas del paquete de madera, plano—. De Adam, por tu cumpleaños.

Pero el gran día había pasado. Nancy le compró una hermosa yegua alazana y lo más valioso no era el precio, sino la fe que, con eso gesto le estaba demostrando. Simón Clark le obsequió un libro sobre los pintores del Renacimiento, ilustrado, y se sintió muy avergonzada. No quería más regalos y menos ése.

— ¿No tienes curiosidad por saber qué contiene, querida? —urgió Nancy con alegría.

Nancy la trataba como a una niña en muchos aspectos, pero Serena no se enfadaba, ya que sabía que lo hacía por amor. Serena se forzó a aproximarse al paquete, sonrió y fingió emoción, aunque no quería ni siquiera tocar la caja.

—Me pregunto qué será —musitó, apartando las locas ideas que relacionaba con quien enviaba el regalo. Al principio, el tema de Adam fue evitado por su madre, pero no era algo natural. Y en ocasiones, comenzó a mencionar su nombre relacionado con algunas cosas, por lo que Serena se forzaba a fingir que no lo recordaba—, Está cerrado con clavos.

Brocklehurst entró con cincel y martillo, y después de un esfuerzo, levantó la tapa, vaciando la paja en el suelo de la sala.

—Es usted, señorita Serena —anunció al fin, colocando el cuadro con gran cuidado contra el respaldo del sofá de piel para poder contemplarlo.

— ¡Es mi madre! — gimió Serena llena de placer. ¿Hacía cuántos años que su padre le había explicado que la pintura inquietaba y molestaba a Andrea, por lo que tuvo que deshacerse de ella? Por un momento, sólo sintió un indescriptible gozo por el regalo.

— ¡Imaginar que Adam lo tenía! —exclamó Nancy con orgullo. Su hijo, no sólo había recordado la fecha, sino que envió algo muy especial—. Hay una tarjeta. "Para mi prima, con mis mejores deseos". ¿No es hermoso?

Serena se controló para evitar decir que no era su primo. Porque, a pesar de haber aceptado a Nancy como su tía, puesto que se había encariñado con la mujer, quien era muy diferente a Andrea, aún no podía borrar un recuerdo desagradable.

Evitando lastimar a la mujer mayor, replicó sin emoción.

—Fue muy gentil —pero sus palabras no expresaban su alegría inicial.

Más tarde, en su nueva y hermosa habitación, contempló el retrato de su madre y después se miró en el espejo. El colorido y las facciones eran exactas, pero sólo en apariencia. Al pintarlo, cuando su madre estaba en las últimas etapas de su enfermedad mortal, el artista había capturado toda su belleza interior y su paz.

¿Alguna vez su madre habría temido esa perniciosa enfermedad? ¿Se habría quejado por la injusticia? Lo dudaba. Su padre la había llevado al jardín de la pequeña villa en Italia, y le dijo que su madre estaba muy enferma.

"Debes estar equivocado, papi" respondió con la seguridad de una chiquilla de ocho años, quien sabía que los enfermos no reían, y que los que iban a morir eran ancianos con manos arrugadas y nudosas, como la mujer que vivió en la casa vecina.

Cuando tuvo que aceptar la realidad, no contó con la serena seguridad de su madre para enfrentarse a ello. Mimada por los pueblerinos, y adorada por sus padres, lloró y gritó ante este desconocido dolor, hasta que su padre la instó a aferrarse a los dulces recuerdos que tenía de su progenitora. Y eso la ayudó, al igual que cuando perdió más tarde a su padre, pero la niña que había gritada "¡Papi, odio a todo el mundo!" quedó marcada. Guardaba demasiada ira en su alma para tener la serenidad de su madre, y aunque podía ser "muy buena" con aquellos a quienes quería, también podía ser perversa.

Además del cuadro, Adam le envió una nota con su apoyo para que asistiera a la Escuela de Arte, oponiéndose así al consejo de Simón. Debía sentirse agradecida... pero sólo experimentaba un terrible temor porque recordaba que él era una amenaza para ella, basándose en la imagen de un rostro bien parecido de la fotografía que tenía Nancy, ese rostro inclinado sobre ella dispuesto a causarle un dolor que ni siquiera Andrea podría igualar. Era un temor que no lograba comprender, pero se esforzaba por colocar a Adam Carmichael en su verdadera perspectiva.

Primero, escribió una nota de agradecimiento, muy parecida a las que enviaba a una vieja tía en Escocia, quien le regalaba monstruosos suéteres, los

cuales usaba sólo el tiempo necesario para que su madre tomara una fotografía para enviársela a la anciana. Era una una nota fría y cortés, y se habría sorprendido en caso de que se hubiese enterado de la furia que provocó cuando llegó a manos del destinatario.

En las semanas siguientes, leyó los libros de Adam, intentando catalogar al escritor por sus escritos. Tuvo la clara idea de un hombre muy inteligente, el cual tenía un sentido del humor muy particular, que la hacía sonreír, a pesar suyo, y una fría opinión de sus iguales, lo cual la condujo a pensar, erróneamente, que Adam Carmichael era un ser pagado de sí.

LLEGÓ el día de inscripciones, y Nancy la acompañó. Empezaba octubre, y hacía frío. Serena vestía una chaqueta azul de lana, con pantalones vaqueros y un suéter blanco grueso.

Suspiró aliviada al ver que su ropa era parecida a la que usaban los estudiantes, agrupados alrededor del gimnasio de la escuela. Pero fue su único consuelo. Parecía ser la única que no conocía a nadie y las charlas sobre música y películas parecían ser hechas en un idioma desconocido. Entonces recordó, de súbito, cuando tenía cinco años, rodeada por niños italianos, morenos, que hablaban con demasiada rapidez para su escasa comprensión del idioma; pero aun entonces, no se sintió tan mal, ya que pudo recurrir al abrigo de las faldas de su madre.

Cuando abrieron la puerta y los chicos entraron con gran desorden, Serena comenzó a retroceder, protegiéndose contra una pared. El patio estaba vacío y si no entraba ahora, nunca más podría llegar hasta allí. Su determinación la llevó sólo hasta las puertas de cristal; el recibidor estaba vacío, de modo que se arrinconó avergonzada por su cobardía.

— ¿Vas a entrar o sólo contemplas la arquitectura? —una alegre voz juvenil la sacó de su abstracción—. Creo que se trata del estilo de finales del siglo veinte, muy funcional.

Serena se volvió a contemplar al chico, quien encogió los hombros al no recibir una sonrisa como respuesta por su intento de divertirla.

— ¡Maldición! —la exclamación se dirigía a la puerta de cristal que se abría hacia afuera, y el chico, apoyado en un bastón, tenía dificultades para abrirla—. ¿Podrías hacerlo?

Serena, al descubrir que su compañero era un inválido olvidó sus temores y procedió a abrir todas las puertas que impedían su paso. Pero se detuvo al llegar al salón donde estaban todos los alumnos, sentados en desorden, esperando oír sus nombres, y se sintió aún más horrorizada cuando se volvieron para mirar a los recién llegados.

—No importa. La gente siempre lo hace —anunció el chico al ver e interpretar mal la expresión de Serena—, Observa esto.

Serena obedeció, y después de presenciar la mirada de furia que su compañero le dirigió al mirón más próximo, comentó con disgusto:

— ¡Como si tuvieras dos cabezas en vez de una pierna un poco

doblada!

La pierna estaba más que doblada... muy corta y con un aparato ortopédico.

—Quizá puedas ayudarme —dijo Serena—. No estoy segura de adonde se supone que debo ir.

El chico ladeó la cabeza, estudió la ansiedad y timidez de Serena y entonces le ofreció la primera sonrisa que la ayudó a soportar las primeras semanas.

Eran una extraña pareja: Charlie, un chico extrovertido y, en ocasiones cortante, provenía de los barrios bajos de Liverpool... y se negaba a pintar nada que no le pareciera hermoso, mientras que Serena, de buenos modales y natural refinamiento, al principio sólo podía realizar pinturas con su propio estilo, con una intensidad casi salvaje, que sorprendía a su tutor y a sus compañeros, por el gran contraste con su carácter tranquilo.

Además de pintar, cabalgaba durante los largos fines de semana... y sin hacer ningún esfuerzo, logró atraer la atención de un granjero de Rippondale Valley.

Una fría mañana de octubre, mientras cabalgaba por territorio desconocido, cayó del caballo cuando Gypsy decidió que no le agradaba el aspecto del sendero. Después de una hora de guiar a la yegua de la rienda, aceptó que estaban perdidas. Y Gypsy, quien conocía muy bien el camino de regreso a casa, no pudo ayudarla por su cojera. Rodearon un pastizal y llegaron a una reja, pero al no poder quitar la tranca, Serena se sentó sobre la misma y contempló a Gypsy, abatida.

Un poco antes, habían visto al granjero que inspeccionaba sus terrenos con unos gemelos, y cuando John Saxon al fin descendió de su Range Rover, olvidó sus acusaciones de estar invadiendo propiedad privada, al ver que Serena se levantaba al otro lado de la en cerca

— ¿Estoy en sus tierras? —preguntó la chica con arrepentimiento. Me perdí y mi yegua se lastimó una pata.

Su melodiosa voz, hizo que John Saxon cayera rendido a sus pies.

El joven rubio parecía un hombre confiable, entonces ella aceptó su ofrecimiento de llevar al animal a sus establos y llamar desde allí al veterinario.

Él mismo llevó a Gypsy en su camión al día siguiente, y se quedó a almorzar. Pero Serena no se percataba de sus apasionadas miradas, aunque Nancy sí, y le agradaba lo que estaba viendo... un joven atractivo y centrado, de más de veinte años. Se inició una conspiración sin que la chica lo supiera, y cuando John fue a la mansión Simmonds por segunda vez, a cenar, la joven comprendió lo que estaba sucediendo y ninguna sutil resistencia logró desanimarlo. No era que John Saxon fuera un hombre arrogante y prendado de sí, pero no comprendía el rechazo de Serena. Pero debía perdonarlo, decidió, ya que Nancy era quien lo impulsaba a seguir adelante. Y al final, por complacer a Nancy, aceptó salir a cabalgar con él e iniciaron citas más

formales.

Sin darse cuenta, Serena lo utilizó como bastón para recuperar la normalidad y después de tres meses, habiendo conocido a sus amistades, esta personalidad adoptada se convirtió en real y así lo expresaba en sus pinturas.

John Saxon pedía cada vez con más frecuencia, una muestra de algún compromiso, pero Serena se conformaba con tomar las cosas con calma. De forma gradual, pasaron de los abrazos a los besos, pero ella descubrió que era una experiencia decepcionante, sin emoción.

PASARON Navidad y el Año Nuevo. Adam, quien comenzaba a salir de la niebla de los centros nocturnos, fiestas y muchas bebidas, estaba en la cocina preparándose el desayuno.

—Gracias, Juanita —dijo, cuando aceptó el remedio líquido que le entregó la cocinera mexicana para curarse la resaca. En el estudio mejoró el sabor de aquella bebida con una buena cantidad de whisky.

El estudio se convirtió en un santuario, ya que Julia no había regresado allí después de la noche que la golpeó. Aún se sentía mal por eso, aunque el resultado fuera adecuado. Se reclinó en la silla giratoria, a la espera de que el jugo de tomate hiciera efecto, y cerró los ojos.

El escritorio estaba cubierto con cuentas, hojas de un manuscrito inconcluso y correspondencia atrasada. Las cuentas fueron a la basura, y poco después les siguió el manuscrito, el cual debía terminar a comienzos de febrero, y sólo faltaba una semana. Pero estaba seguro de que el estudio no pretendía que cumpliera con su promesa. Los gastos de Julia comenzaban a ser cada vez más exagerados; quizá como una venganza por haberla abofeteado. No importaba. A pesar de sus crecidos gastos, Julia no lograría tener tiempo suficiente para terminar con su capital, ya que además de dinero, ella exigía la admiración y atenciones de un hombre.

Revisó todos sus apuntes y cuentas sobrantes, y al fin, estuvo libre la cubierta del escritorio. Encontró un pequeño paquete que había estado oculto allí durante varias semanas. Llegó con los gemelos de oro que su madre le envió junto con una carta, por eso sabía qué cosa contenía... el obligado obsequio de Serena. Recordaba la explicación de Nancy.

“La chica es tan modesta, que tuve que presionarla para que te enviara dos de sus dibujos. ¡Es mucho más interesante que mi obsequio para el hombre que lo tiene todo! Creo que la pobre niña está nerviosa porque sabe, a través de las pinturas que enviaste de Londres, que tienes un especial interés en el arte, pero te aseguro que te gustarán”.

En ocasiones, el optimismo de su madre era exasperante. La actitud de Serena no era por modestia o nerviosismo. Serena Templeton lo odió desde el principio y ninguno de sus breves encuentros la había hecho cambiar de opinión.

La infantil escritura en el sobre no prometía mucho del contenido.

Cuánta razón tenía, pensó, al extraer el primer dibujo protegido con cartón

después de abrir el paquete. El rostro de Nancy Carmichael, dibujado con lápiz en papel blanco, estaba hecho con gran realismo. Entonces tuvo que reconocer que estaba equivocado, la chica tenía mucho talento. Era una artista.

La agradable sensación que creó el retrato de Nancy, desapareció al ver el segundo dibujo.

Ahora contemplaba la otra faceta de Serena... su furia y su odio.

Era una acuarela de una cacería de zorros. No había nada especial en el tema, el cual conocía muy bien. Pero lo sorprendente era su deformidad de los rostros, llenos de odio y grandes dientes, como si los personajes estuvieran buscando la sangre de los animales con sádico placer. Era una sátira que lograba perturbar. Pero también algo más que eso: la apasionada explosión de sus malos sentimientos contra los cazadores.

Adam puso un dibujo junto al otro. ¿Cómo era posible que su madre no pudiera comprender que su dulce niña tenía la mitad de su alma oscura? Pero su madre aceptaba a las personas como aparentaban ser.

¿Y qué podía hacer él a tantos miles de kilómetros de distancia?

Salió del estudio para descubrir que había muchas personas organizando otra más de las maravillosas fiestas de Julia, y escapó hacia el estudio cinematográfico. Mantenía la relación tan sólo para darle algún sentido a su vida.

Pero el día empeoró. Por coincidencia presenció la proyección de la última película basada en su guión, entregado varios meses antes, y a la mitad de la misma, salió y se dirigió al bar más cercano.

Bebió su primer Bourbon de un trago, y presintiendo la presencia de alguien a su lado, mantuvo la mirada fija al frente, mientras pedía otra copa. Ya estaba acostumbrado a hablar con desconocidos en los bares públicos.

— ¿Usted es Adam Carmichael?

En otras circunstancias habría respondido, pero tomó su copa y se dirigió a una mesa en el rincón más oscuro del lugar. El extraño lo siguió.

— ¿Debo conocerlo? —demandó Adam.

—Nos conocemos.

Adam estudió un momento aquel rostro.

—No lo recuerdo.

—No lo dudo —respondió sonriente—. En aquel momento usted estaba ebrio.

—Aceptaré su palabra, señor...

—Stacy, Peter Stacy.

— ¿No fue usted?... — se interrumpió, evitando ser descortés.

—Sí, yo solía ser Peter Stacy, el escritor... hace como un siglo.

—Tenía talento —afirmó Adam.

—Siempre es agradable conocer a un crítico favorable —rió con desdén el americano.

—Escuche, señor Stacy no quiero ser altanero, pero, ¿por qué le interesa

hablar conmigo? —quería estar solo—. Supongo que no estará organizando una sociedad para autores retirados.

El hombre no parecía perturbado por su sarcasmo e hizo otra señal al camarero para que le llenara la copa de nuevo.

— ¿Eso se considera usted?

— ¡Olvídelo!

—En realidad, estuve presente en la proyección —continuó Stacy— Mala, ¿no es cierto?

—Pésima es la palabra adecuada —opinó Adam.

—Yo estuve observando su rostro, Carmichael —repuso Peter Stacy con seriedad—, y creí que era justo decirle que usted no pudo escribir ese guión cinematográfico.

—Confieso que no me quedé hasta el final, pero creo reconocer la trama — el sarcasmo de Adam era muy abierto, pero sólo logró que el hombre continuara hablando.

—Reconocer es una palabra muy descriptiva. Imagino que estuvo embriagado la mayor parte del tiempo —el americano ignoró la mirada amenazadora de Adam y continuó explicando—: Yo leí el guión original.

—Mis condolencias.

—No sea tan duro consigo mismo, Carmichael —dijo Stacy al descubrir su tono de disgusto—. En algunos momentos, logró obtener una gran pureza literaria, antes de caer en la vulgaridad.

— Lo que yo vi, fue muy claro —Adam dio un trago a su bebida y añadió con desdén—: cosas vulgares, triviales, trilladas.

— Era la versión de la tradición Hamlisch... comercialismo puro.

Adam comprendió entonces que Stacy era uno de los encargados de la revisión del guión, y al recordar la crudeza de sus palabras sobre la película, intentó retractarse, pero Stacy lo interrumpió.

— No me insulte. Recuerde que yo también fui escritor. Y usted hizo un trabajo similar en su segundo manuscrito, aunque imagino que entonces estaba divirtiéndose.

— ¿Por qué lo hace? —estaba interesado; en otra época, quizá hasta le hubiera agradado el hombre.

— No para divertirlo. Cuando llegó el momento que no encontré nada sobre qué escribir empecé a practicar un pasatiempo similar al suyo —los irritados ojos de Peter Stacy se volvieron a su copa de ginebra—, ¿Le parece conocido?

— Quizá.

— Ustedes los ingleses son muy reservados —repuso, pero no era un insulto.

— ¿Hay algún punto en esta discusión o ya lo hemos pasado?

Adam sentía que el hombre le mostraba un espejo, y no le agrado su reflejo.

— Quizá usted esté hecho de algo más resistente que yo, señor

Carmichael. Eso espero —el hombre mayor se levantó con dificultad, y con desdén añadió—: aunque le sugiero que no presencie más proyecciones.

A pesar del tono de la charla, su apretón de manos fue sincero, lo cual era sorprendente, ya que en Hollywood la gente se utiliza entre sí para obtener sus fines.

Adam pidió otra copa cuando Peter Stacy se marchó, la dejó sin terminar y se dirigió a la playa. El sonido de las olas parecía tranquilizarlo. El frío viento de enero se filtraba por entre su ropa, haciéndolo aclarar su mente. Caminó un poco sobre la arena. Contempló el atardecer en el Pacífico, sería el único espectáculo digno de ser recordado en ese año, en el cual había perdido la mitad de su vida.

Al fin volvió a la casa, y descubrió que la fiesta de Julia estaba en todo su apogeo. Se detuvo en la escalera y miró la escena con la expresión de un hombre que observa a una multitud de criaturas extrañas, realizando un ritual sin sentido. En una esquina, vio a Julia entregada por completo a Melvin Hamlisch, lo cual confirmaba sus sospechas de que ella tenía puesta la mira en un amante más seguro que un ebrio cuyo interés en todas las cosas disminuía rápidamente.

Le deseaba lo mejor... él no había sido un trofeo envidiable... y entonces habló con voz alta para sí:

—Creo que es hora de volver a casa.

Capítulo 5

— ¡ADAM! ¡Es maravilloso oír tu voz! —el placer de Nancy era sincero.

—Y a ti también, mamá. ¿Cómo estás?

—Tan bien como una anciana puede darse el lujo de estarlo —repuso riendo—. ¿Y tú y Julia?

—Yo estoy bien, mamá —replicó, evitando hablar de Julia. A pesar de conservar los principios morales de otra época, su madre había logrado aceptar que su hijo no tenía intenciones de casarse.

—Comenzaba a preocuparme… hacía tiempo... —se interrumpió al recordar que a su hijo le molestaba que se inquietara por él.

Por ello, su respuesta fue sorprendente.

—Lamento no haberte escrito, pero ya sabes cómo es esto.

No lo sabía, ya que sus cartas no tenían nada parecido a la verdad, pero pensando que estaba absorto en el mundo del cine, replicó complacida:

—Sí, comprendo, querido. Debes estar muy ocupado. Me alegro de que hayas llamado... ¡tengo unas maravillosas noticias que me muero por contarle a alguien! He jurado mantener el secreto, pero ya que estás a miles de kilómetros de distancia...

Adam aprovechó la pausa de su madre para respirar y dijo.

—En realidad, no lo estoy.

— ¿No estás qué, querido?

—A miles de kilómetros de distancia. Estoy en Londres.

—Adam, ¿qué sucede? —inquirió Nancy inquieta—. Te noto extraño.

—No sucede nada, mamá —repuso con firmeza—. Acabo de regresar a Inglaterra, eso es todo. Estados Unidos es horrible.

—Pensé que a Julia le encantaba.

—Así es —replicó. La despedida no había sido amarga. Adam permitió que Julia pensara que ella lo dejaba por un rico productor que creía que Inglaterra y "clase" eran sinónimos y que la haría su cuarta esposa. Adam continuó, reacio—: Te lo contaré todo cuando te vea. Y ahora, ¿cuáles son esas maravillosas noticias?

— Puede esperar —murmuró Nancy, distraída—, ¿Cuándo te veremos, Adam?

Adam intentó hablar con indiferencia.

— ¿Qué hay de la chica? —preguntó, ocultando su ansiedad.

—Serena... estará encantada de conocerte al fin. Le he hablado mucho de ti —repuso Nancy con alegría.

—Nos conocemos, mamá —señaló con desdén.

—Oh, ella lo ha olvidado... el desafortunado incidente —Nancy tranquilizó su muda inquietud—, ¿Y cuándo vendrás?

— ¿Te parece bien, mañana? —sugirió él, sorprendido por la habilidad de su madre para limar las asperezas de una situación.

— ¡Espléndido! —exclamó—. Te encontraré en la estación.

—No será necesario, mamá. Compré un auto.

— ¡Qué rapidez! ¿Cuánto tiempo hace que estás en Londres?

—Un par de semanas.

— ¿Vendrá Julia contigo?

—No, mamá, ella está aún en Estados Unidos —sonrió al imaginar el alivio de su madre, aunque no se lo diría. Antes que ella preguntara algo más, Adam añadió—: Escucha, complaceré tu maternal curiosidad cuando llegue a la mansión.

—Lo dudo —rió, sabiendo que Adam era muy reservado en varios aspectos de su vida—, ¡pero me encantará contarte todos los detalles de los últimos dieciocho meses!

—Estoy ansioso —respondió con el mismo tono divertido antes de colgar.

SE DETUVO un momento en la inclinada avenida y contempló la mansión. Parecía diferente ahora que había sido pintada y que su madre, jardinera aficionada, plantó flores de muchos colores. Se sentía nervioso... y por lo mismo molesto.

Su madre debió estar esperándolo, ya que tan pronto detuvo el auto, Nancy salió a recibirlo.

Lo contempló un instante más, antes de exclamar con voz entrecortada.

— ¡Es maravilloso que hayas regresado, hijo!

— ¡Lágrimas, mamá! —bromeó; pero también estaba conmovido por

su recibimiento. Entraron tomados del brazo, y gran parte de su incomodidad inicial desapareció al sentarse a tomar el té.

Adam se reclinó en un mullido sillón y estudió el resto de la habitación. Reconoció el antiguo escritorio de su madre y un gabinete, pero las alfombras de color crema y las cortinas, así como el juego de sala y las mesitas antiguas eran nuevas adquisiciones de Nancy.

—Has hecho maravillas con esta habitación —comentó Adam,

—Hemos cambiado toda la casa —Nancy estaba radiante de placer—, Nos divertimos mucho en las subastas, cuando reunimos el valor suficiente para hacer ofertas.

Charlaron durante el té, hasta que Adam descubrió que su madre siempre hablaba de "nosotros". Había rehuido la pregunta que lo perseguía desde que descendió del auto, pero no se atrevía a hacerla aún: ¿En dónde está ella?

Al fin, Nancy se adelantó.

—Serena está ansiosa por verte. Como es fin de semana, salió a cabalgar, pero regresará antes del mediodía.

— ¿Estás segura —Adam dudaba de la primera afirmación de su madre y frunció el ceño—, de que ansía verme?

—Sí, por supuesto, Adam —aseguró después de una breve pausa—, Quiere conocer al generoso primo que le envía regalos tan hermosos desde América.

—Esa muchacha no es mi prima, ni quiero que lo sea. Esa chica pensó una vez que quería violarla. ¡Y dudo que tenga tan mala memoria como pretendes!

—No creerás el cambio en ella —continuó Nancy con orgullo— ¡Es maravilloso! Espera a que veas... —se interrumpió al escuchar el chirrido de la puerta principal y se levantó con rapidez—. Creo que es ella.

La emoción del tono y la actitud de su madre no fueron compartidas por Adam, quien permaneció sentado mientras Nancy iba al pasillo a recibir a la chica.

Se puso de pie cuando entró la chica, precedida con orgullo por Nancy. Y el impacto de su encuentro fue inesperado, por lo que todas sus defensas quedaron destruidas. Estaba vestida con un elefante traje de amazona y el cabello recogido en un moño, aunque algunos rizos sueltos por el viento. Su energía era evidente y su rostro... había perdido la palidez. Tenía un parecido extraordinario con el de su madre.

— Es un placer conocerlo, señor Carmichael —dijo Serena con cortesía al avanzar y tomarla mano que le tendió él.

Adam sintió que su corazón daba un vuelco al sentir el contacto de su pequeña mano fría, y olvidó apretarla. La retuvo en la suya, sin percatarse de que acariciaba sus dedos con su pulgar, hasta que ella elevó la cabeza. Se ruborizó al descubrir su estudiosa mirada, pero aun así, enfrentó sus ojos con decisión. Y, por primera vez, Adam supo que aquellos ojos expresaban emoción... y que Serena era la criatura más hermosa que había visto.

—Llámame Adam —repuso, casi en un murmullo, y se arrepintió de haber

hablado. Pudo haber sostenido su mano un momento más, mientras ella terminaba de analizarlo con aquellos enormes y expresivos ojos.

Rescatando su mano, Serena habló con mayor frialdad.

—Lamento no haber estado aquí para recibirlo, pero tenía una cita para salir a cabalgar con un amigo. Me alegro de conocerlo al fin, Nancy me ha hablado mucho sobre usted.

—Parece algo peligroso —gruñó divertido—. ¡Espero que hayas dejado algunos secretos para descubrirlos juntos durante las próximas semanas!

Los ojos azules se volvieron de inmediato hacia su rostro y Adam supo que había dicho algo incorrecto, así que intentó ofrecerle su sonrisa más encantadora, la cual sólo logró que su inquietud aumentara más. Entonces Nancy, observando el encuentro con incomodidad, intervino.

—Serena, debes darte prisa si vas a cambiarte para salir esta noche. Aunque estoy segura de que John no se opondrá a cualquier cosa que hagas, querida, creo que un vestido largo sería lo más apropiado.

—Sí —Serena se volvió a Nancy, y Adam descubrió que la hostilidad desaparecía de su hermoso rostro.

—Corre, querida, o te retrasarás —urgió Nancy y cuando la chica salió ella se apoyó contra la puerta cerrada.

— ¿Quién es John? —preguntó Adam, molesto.

—Pensé que ya lo habrían olvidado —repuso Nancy, ignorando su pregunta.

—No sé de qué hablas, mamá —replicó Adam con rudeza y se dirigió a contemplar a través de la ventana posterior, mientras controlaba sus emociones.

Nancy lo siguió e hizo que se volviera.

— ¡No lograrás intimidarme en este tema, Adam! —enfrentó su fingida indiferencia y continuó hablando con poco usual vigor—. Quizá estés dispuesto a hablar con mayor sinceridad, cuando hayas recogido los pedazos de tu corazón herido.

—Hablas como en una novela romántica —bromeó.

—Es posible. Y Serena es la heroína, sin duda, pero no hay manera de que tú aparezcas en la trama. De cualquier forma, no tendrá un final feliz.

Adam hizo un gesto de dolor y repuso.

—Creo que has hablado muy claro.

Volvió su atención al paisaje, pero con los labios apretados.

—Adam, te amo, pero también amo a esa chica... casi como si fuera mi hija —confesó Nancy con suavidad.

— ¿Y?

—Y eres demasiado mayor para ella —concluyó Nancy.

— ¡Mamá! —exclamó—, no sabes lo que dices. Acabo de conocer a esa muchacha —no se volvió para mirar a su progenitora mientras hablaba.

— Conozco a Serena y también a ti, Adam. Hay una sombra de ti mismo en tu rostro y eso me atemoriza.

— ¿Quieres que me marche?

— No, Adam —gimió con angustia—. Quiero que te quedes y me ayudes a apartar cualquier otro fantasma que aún pueda existir en la mente de Serena.

— Al parecer, ni siquiera me reconoció —afirmó él con frialdad.

— No es sencillo saberlo —repuso—. Guarda con gran recelo sus emociones, como si temiera que alguien las utilizara para lastimarla, Esto es algo común en ambos.

— ¿Y me confiarás a tu pequeña princesa?

Nancy frunció el ceño al oír el calificativo.

— Si me das tu palabra de que serás cortés y amigable —suspiró al poner sus condiciones. Había visto la mirada de admiración de Adam hacia Serena.

— ¿Por qué estás tan segura de que la lastimaré? —preguntó Adam.

— No podrías evitarlo —murmuró su madre, y tocando la manga de su chaqueta, añadió con gentileza—: ¿Me das tu palabra?

— No te preocupes, tu pequeña princesa estará a salvo conmigo. Acepto que estoy un poco interesado, pero como dices, ella es muy poco sofisticada para mi gusto —dándose vuelta, metió las manos en los bolsillos—. Quizá las llanuras de Yorkshire me den más diversiones.

— En todo lo demás, podrás hacer lo que quieras, como siempre —Nancy se sentía tranquila por su promesa. Antes, él había encogido los hombros con indiferencia al hablar de su aventura con Julia Montague. Quizá, después de todo, la exagerada protección que le daba a Serena, había acentuado sus temores por el interés de Adam— Quiero que te quedes tanto tiempo como desees. Este es, tu hogar, hijo.

—Legalmente, quizá —al verla fruncir el ceño, supo que estaba inquietándola—. Bien mamá. Aceptaré tu ofrecimiento y me quedaré aquí hasta que vuelva a sentirme inquieto.

Nancy suspiró aliviada. No había anticipado este cambio en la personalidad de su hijo, y aunque era difícil expresarlo, sabía que había ocurrido. Entonces, la mujer mayor rió con alegría.

—No puedo imaginarte sentando cabeza por mucho tiempo, Adam. Eres demasiado inquieto para encerrarte aquí.

—Bien, el tiempo lo dirá —accedió al volver al calor de la chimenea—. Pero quisiera pedirte que me des un poco de paz y tranquilidad para trabajar en una novela.

—Aún no he podido comprar tu novela más reciente. ¿Sólo se publicó en Estados Unidos?

—No he escrito un libro en dos años —explicó con tranquilidad, rechazando el ofrecimiento de una bebida—. Escribía guiones cinematográficos en Hollywood —y rezó porque las películas nunca llegaran a su país.

—Serena dijo que quizá así fuera —declaró Nancy— Ella vio una película donde aparecía tu nombre en los créditos, quise verla, pero...

— ¿Pero?

—Bien, Serena dijo que no era adecuada para mayores de veinticinco años, o menores de dieciocho. Aunque, debo confesar que no entendí su afirmación y cuando decidí verla, ya no estaban exhibiéndola en Leeds.

Adam sabía bien a qué se refería Serena.

—No te perdiste de nada —pese a que no había visto la segunda película, podía imaginarla—. Me temo que no es lo mejor de mis trabajos.

—Oh, no creo que ella haya querido decir eso —defendió Nancy ya que ansiaba que naciera una amistad entre ellos. Añadió con sinceridad— : ¿Sabes? Serena ha leído todos tus libros... es admiradora tuya.

— ¿En serio? — preguntó con incredulidad. Cualquier posibilidad de que Serena tuviera una buena opinión de él, había sido destruida por aquella mirada temerosa y desafiante que le dirigió al salir de la habitación. Ya no quería hablar sobre la chica. Inclinándose a acariciar la suave mejilla de su madre, concluyó—: Creo que iré a deshacer la maleta antes de cenar.

SERENA estaba sentada ante la ventana de su dormitorio, abrazando sus rodillas; vestía aún el traje de equitación y al contemplarla inminente oscuridad, intentó comprender su reacción ante él.

Había tenido veinticuatro horas para practicar su sonrisa y el discurso de bienvenida. Se había sentido muy segura de sí al entrar en la habitación. Quizá esa seguridad fue su error.

La voz de Adam, profunda y sensual, había sido una sorpresa. Contuvo el aliento al recordar la excitación que la recorrió al sentir su contacto.

Pero algo había salido mal. ¿Qué dijo él? No recordaba con exactitud sus palabras. Algo sobre secretos. Sorprendida, se volvió y encontró unos ojos que ya no eran encantadores, sino devoradores. La sonrisa de Andrea apareció en aquellos sensuales labios. Esto la descontroló, haciéndola volver a un oscuro pasado.

Y allí estaba ahora, deslizándose hacia la oscuridad... debía huir de esos horribles recuerdos. Pateó el suelo y volvió al presente cuando descubrió que Adam sacaba su equipaje del coche.

Esbelto y musculoso... casi con la estatura perfecta, moreno y apuesto, pensó. No habría sido normal que no la impresionara su arrogancia y su atractivo al principio... pero si lo despojaba de eso, ¿qué quedaba? Un escritor de más de treinta años, con pocas ideas, a juzgar por la película que había visto, pero con riqueza suficiente para darse lujos.

Después de una hora de gran actividad, descendió con rapidez por la escalera, sin detenerse a pensar en su urgencia por estar arreglada cuando John, siempre puntual, llegara a buscarla. Por esto, él siempre tomaba una copa en el salón cuando ella, con frecuencia acostumbrada, lo hacía esperar.

Se estudió en el espejo del recibidor. El traje de terciopelo verde y la blusa de color crema eran elegantes, pero su cabello, suelto sobre los hombros, no lo era. Estaba muy alborotado. Estudió su reloj. Cinco minutos. Inclinó la cabeza para sujetarlo en un elegante moño, pero una masa de cabello lacio y negro

oscureció su visión.

— Es más largo de lo que imaginé.

Las sorprendentes palabras le impidieron continuar, al tiempo que elevaba la cabeza y retrocedía. Unas firmes manos la sujetaron por los hombros y Adam la vio palidecer.

—No tengas miedo —murmuró Adam al tiempo que acariciaba con ternura su desarreglado cabello.

Él sonreía a su imagen en el espejo, con una dulzura que le provocó un nudo en la garganta. ¡Por supuesto que podría manejar a este hombre! ¿O no?

— ¿Qué quiere de mí? —retó con voz ronca mirando al espejo, cuando él permaneció con las manos sobre sus hombros.

—Aún no estoy seguro —posó la mirada sobre los labios femeninos.

Pero Serena, saliendo del rincón mental en el que se había refugiado, comprendió la insinuación sexual de sus palabras y se ruborizó con intensidad.

Serena no comprendía por qué sentía temor, antes que una mezcla de dolor y placer la poseyera, pero sabía que había experimentado la misma sensación tiempo atrás y a causa del mismo hombre. El mismo hombre con quien luchó al salir de su pesadilla. Y el recuerdo era tan vivo, que tuvo que morderse el labio inferior para no gritar. Entonces él se apartó, y Serena se volvió con los labios ensangrentados, pese a ello rechazó el pañuelo que le ofrecía.

Adam guardó el lienzo de lino blanco en el bolsillo del pantalón de pana negro, la miró a los ojos y habló con un extraño tono de angustia.

—Me recuerdas, ¿verdad?

— Sí —desafiante, la chica que había sobrevivido a los ataques emocionales de su madrastra, se enfrentaba ahora a su nuevo adversario.

El silencio y la tensión pudieron haber durado varias horas, pero el sonido de la grava en el patio frontal rompió la densa atmósfera.

Adam habló primero e hizo una confesión sincera.

—Estoy contigo. Créeme, en esta ocasión, estoy contigo.

Serena no comprendió aquellas palabras y pensó que Adam Carmichael era su enemigo. Comenzó a correr y, dando un portazo, se lanzó a los brazos del asombrado John Saxon.

— ¡Vaya, qué recibimiento! —exclamó alegre al apartarla de sí—. Debo llegar tarde con más frecuencia.

— ¿Tarde? —repitió Serena, distraída.

—Sí, diez minutos —sonrió John—. Será mejor darnos prisa. La mesa está reservada para las siete y media.

No necesitó apresurar a Serena al auto. Casi se lanzó al asiento del pasajero del enorme coche que perteneció al padre de John. Pero el joven no se inquietó por su urgencia o las cortantes respuestas que Serena le daba. Estaba acostumbrado a sus silencios y le agradaba su reserva.

Pero mucho después de encontrarse sentados, cenando, los pensamientos de Serena vagaban lejos del elegante comedor del Rippondale Royal.

—Un penique —dijo John al comprender que la chica no lo había escuchado. En ocasiones, se preguntaba si conocía en realidad a la cautivadora Serena que jugueteaba con la comida.

Serena se sobresaltó y lo miró. “El gentil John”... pensó en cuál sería su reacción si supiera en torno a qué giraban sus atormentados pensamientos. “Mi perversa madrastra”... no, sinceramente, no era un personaje de su imaginación... “me condujo al borde de la locura y su sobrino regresó para completar su obra”. Quizá pareciera absurdo. ¡Era absurdo!

— ¿Estás bien, cariño? —preguntó John, frunciendo el ceño al ver su expresión.

Haciendo un esfuerzo la joven le lanzó una sonrisa.

—Lo lamento. Los exámenes finales me inquietan.

— Los pasarás —respondió de inmediato John a su improvisada excusa.

Serena descubrió su mirada de adoración, y se sintió aún más culpable... no por la mentirilla, sino por los meses transcurridos sin revelarle su pasado.

— ¿Quién era tu visitante? —John cedió a su curiosidad, ya que Serena no había hablado de ello—, ¿El dueño del auto blanco?

Serena dudó y encogió los hombros.

— Nadie importante... un amigo de Nancy —quería pertenecer al mundo seguro y tranquilo de John—, John, me preguntaba si aún quieres que vaya a tu casa por las noches para ayudarte con tus cuentas atrasadas. Digamos, el próximo mes.

— ¿Y tus exámenes? —le recordó, aunque estaba más que feliz de aceptar su ofrecimiento, ya que su odiosa labor sería agradable con la compañía adecuada.

—Los pasaré, ¿recuerdas? —rió forzada y al ver la alegría de John se sintió arrepentida por utilizarlo de esa forma—, Pero si prefieres que no...

—No, me encantará tenerte conmigo —interrumpió, tomando su mano—. Podría ayudarte a tomar una decisión. Ya sabes, al estar en la casa. Trabajando juntos... —se interrumpió, y la pregunta que había hecho hacía varias semanas quedó flotando en el aire,

Como siempre, Serena no comprendía por qué se negaba a aceptar la vida tranquila que le ofrecía. Y entonces, logró poner atención a su entusiasta charla sobre sus planes para ampliar la enorme granja que le había heredado su padre. Y cuando se despidieron frente a la mansión Simmonds, le permitió una mayor intimidad en su beso, y experimentó de nuevo una gran inquietud cuando la acelerada respiración masculina le indicó que él comenzaba a excitarse mientras ella permanecía insensible. Evitando fingir una pasión que no sentía, se apartó con decisión cuando la mano de John se posó en su cuello.

—Debo entrar ahora —anunció.

Y la sincera, aunque desencantada respuesta de John la siguió hasta su dormitorio.

—De acuerdo, comprendo. Puedo esperar.

Pero su inquietud aumentó al ver el retrato de su madre.

—Nunca te cases con alguien a quien no amas —le advirtió su padre en una ocasión, al subir por la colina detrás de la casa. En su santuario, él intentó explicarle la situación reinante, la cual la afectaba, sin lograr comprender lo que sucedía. Pero él no estuvo allí cuando la tormenta que amenazaba se desató, y sin contar con su amor y protección, tuvo que afrontar la situación.

Había logrado sobrevivir, pero parecía que ahora era incapaz del amar a nadie. Lo que le ofrecía a Nancy era sólo una pálida sombra del amor que sentía por la sonriente mujer que ahora contemplaba. Y a John, únicamente le tenía afecto. Entonces, ¿cometía un error al darle un poco de estímulo, aun cuando, al pasar un poco de tiempo en su casa le brindaba la oportunidad de escapar durante las próximas semanas?

Lo ignoraba. Sin embargo, tendría la oportunidad de evitar al Adam hasta que se fuera... en busca de su amante de América.

Capítulo 6

ADAM se adaptó a una tranquila rutina y la paz del campo le ayudó a escribir. La novela, una sátira sobre el mundo del cine, avanzaba; para él, era su mejor trabajo en muchos años. Su madre le cedió el estudio, ubicado en el fondo de la casa, y allí escribía durante toda la tarde y gran parte de las noches. El tecleo de la máquina de escribir era como música para sus oídos, después del estancamiento literario de Hollywood.

Aunque su madre tenía una vida social muy activa, él se aseguraba de cenar con ella todas las noches. Después de las amenazas iniciales y del desastroso encuentro con Serena, decidió adoptar una actitud fraternal, fingiendo que no lo afectaba más que las otras hermosas mujeres que había conocido. Pero no resultó como lo había planeado. Su obsesión con ella había aumentado no debido a su continua presencia, sino por la forma en que lo eludía... ya que en todo el tiempo que había estado en Yorkshire, nunca había cenado con él.

Su único contacto con Serena, eran los breves encuentros en el pasillo o la escalera, donde le ofrecía una forzada sonrisa y parecía correr a algún lugar, pero al mirarla a través de la ventana, la descubría caminando con tranquilidad por los prados.

A los pocos días de haber concluido el relato de sus vivencias en California, recibió una llamada del editor, y después de hacer su equipaje y despedirse de su madre sin darle explicaciones, excepto que debía ir a Londres, dio un último vistazo a la mansión y se alejó en el auto.

Llegó cuando había oscurecido, y se instaló en la casa de Kensington, la cual mostraba los estragos del abandono de dos inviernos, y dedicó todo el día siguiente al negocio que lo había alejado de Yorkshire.

Después de breves discusiones sobre arreglos monetarios, Gary Hammond, su editor, y él, salieron a tomar una copa para celebrar, su entusiasmo no eran tan grande, pero se embriagó durante el almuerzo.

EL DÍA siguiente, despertó con jaqueca y un intenso deseo por regresar a Yorkshire. Sabía que era una locura, pero esto no lo impidió.

Al llegar, su madre había salido a su juego de bridge en el club, como todos los sábados. Dejando su maleta en el cofre del auto, entró en el salón y abrió una botella de whisky. No encontró consuelo en el fondo vacío del vaso, y la sombra oscura que se cernía sobre su mente resultaba más amenazadora que antes.

Sin chaqueta, salió al jardín por la enorme puerta-ventana. En medio del frío primaveral se dirigió al estudio y al mirar a través de la ventana, no experimentó placer al encontrarla, ya que sabía que haría algo muy malo.

Serena estaba envuelta en una bata blanca y pantalones vaqueros ajustados. Su cabello sujeto en una cola de caballo, le daba un aspecto demasiado juvenil.

Serena no se volvió al escucharlo llamar a la puerta, pero estaba convencido de que fingía, ya que con seguridad, lo había visto por la ventana o habría escuchado sus pisadas. El no habló y recorrió la habitación, recogiendo los lienzos y fingiendo estudiar sus obras, con la esperanza de enfurecerla para que rompiera el silencio. Pero descubrió su gran talento y el estilo de la joven confirmaba que su aparente tranquilidad era sólo eso... una fachada. Había pintado muchos retratos y en ellos expresaba todas las emociones posibles de las personas.

— ¿Me extrañaste? —preguntó Adam con sarcasmo, mas no obtuvo respuesta. El rostro de Serena era un ejemplo de tranquilidad y concentración —. No, supongo que no. Pero habría sido agradable poder quedarme en casa a cenar.

Serena le dio la espalda para mezclar sus pinturas. El gesto, deliberado, hizo perder el control a Adam. Le arrebató la paleta de sus manos y la lanzó al suelo. Esperó su respuesta con gran tensión. Con lentitud, ella se inclinó a recoger la tabla de madera, sin mirarlo. Él la forzó a incorporarse, y, sin piedad, sujetó su barbilla para obligarla a volverse.

— ¡Di algo!

Ella lo contempló sin pestañear.

—No tengo qué decirle, señor Carmichael —repuso con frialdad.

— ¿Por qué no me llamas Adam? —desde el primer día, ella lo llamó por su nombre de pila cuando se encontraban en ocasiones—, ¿O acaso tu cortesía conmigo es tan sólo por mi madre?

—No quiero perturbar a Nancy —aceptó con firmeza, y recogiendo un trozo de tela, limpió la pintura que manchaba sus manos y brazos—. Pensé que usted tampoco querría hacerlo.

—Entonces, la casa es un territorio neutral —replicó Adam, tenso, al confirmar sus sospechas.

Serena lo miró de reojo, adoptando su natural altivez.

—No sabía que estuviéramos en guerra.

— ¿No? —se apoyó en el borde de la mesa y fingió ser casual al añadir —: pues deberías saberlo, ya que tú iniciaste las hostilidades desde el primer día que nos vimos y nada ha cambiado, ¿o sí?

Serena cerró con suavidad los ojos, pero después, respondió con aburrimiento:

—Vamos, señor Carmichael, no sé de qué está hablando. Sólo se pelea con alguien a quien se desea... o en defensa propia. Usted nada tiene que yo pueda desear —y añadió con malicia, deseosa de lastimarlo—: Dejé de ser una niña temerosa hace mucho tiempo.

—Puedo verlo —repuso él con insolencia, estudiando la firme curva de sus senos bajo la delicada tela de algodón. Serena se ruborizó, y él se sintió aún peor.

— Si ha venido a insultarme, señor Carmichael, sugiero que termine de una vez para poder continuar con mi trabajo — murmuró, volviéndose a su pintura. El ambiente estaba cargado de hostilidad.

— ¡Nuestra princesa se ha convertido en una perfecta doncella de hielo!

— ¿Por qué me llama así? —se volvió enfadada.

— ¿Princesa? Porque eso eres. Un personaje de la realeza adorado por todos sus súbditos... mi madre, la señora Baker...

— Más no por usted —atacó Serena al descubrir su resentimiento.

— Oh, no, yo soy republicano. Un invitado en la corte — replicó Adam con sarcasmo.

— ¿O el bufón real?

— Quizá —rió. Había intentado ponerlo en su lugar y estaba sorprendida por su reacción—, Pero recuerda que el bufón, a pesar de su aparente estupidez, siempre dice la verdad.

— ¿La suya o la real? —retó Serena.

Adam comenzó a pensar por qué había considerado que debía tratarla como a una niña. Apartó su mirada del odio de los ojos azules y se colocó frente a su pintura que descansaba en el caballete. Tenía buena técnica, pero carecía de la vibrante energía de las otras pinturas.

—Son hermosas —hizo un gesto indicando los otros cuadros. Pero ésta es insípida... Quizá sea por el modelo.

Serena se mostró incrédula y después, enfurecida.

— ¡De bufón de la corte a crítico de arte en un instante! ¿Acá no hay límites para su talento?

—O el tuyo —replicó—, ¿Cuál es tu calidad como crítico literario?

Serena frunció el ceño y confesó:

—Me temo que no tengo la calidad de su intelecto, señor Carmichael, no comprendo su afirmación.

—Yo no diría lo mismo, señorita Templeton —a pesar de su dureza, la charla le resultaba estimulante—. Mi madre me informó de tu opinión sobre uno de mis guiones cinematográficos. Ella cree que eres una de mis admiradoras... pero no comprendió la crítica, ya que es muy ingenua.

—Pero estoy segura de que usted sí —lo miró con provocación de reojo—. Bien, lamento que se haya ofendido.

Se burlaba de él, a pesar de su expresión tranquila.

—No me ofendiste —repuso Adam con voz ronca y metió las manos en los bolsillos.

—No lo parece —ahora había un brillo retador en su mirada, señal de que disfrutaba el encuentro—. Pero, si le sirve de consuelo y estoy segura de ello, la película produjo mucho dinero, porque algunas personas deben considerarla... sensacional.

—Sensacional —repitió su sarcasmo—, ¿Piensas que yo clasifico la calidad de mi trabajo por su éxito comercial?

— ¿No es así?

—No. Y no necesito que me digas que era una basura —volvió atención a la pintura—. Insisto en que tu retrato es insípido.

—Tiene derecho a opinar, señor Carmichael, pese a que nadie se lo ha pedido.

—No te he ofendido, ¿verdad?

—No —repuso molesta.

—Oh, me alegro —sabía que estaba haciéndola perder la paciencia. La miró de frente al preguntar— ¿Quién es él?

— ¿Quién? —repuso, fingiendo no comprender—. Ah, un amigo.

—Bien, no puede ser muy querido a juzgar por tu falta de...

—Sucede, *señor* Carmichael, que John y yo *somos* buenos amigos... ¡aunque no es asunto suyo!

—¡Qué lenguaje! — amonestó Adam, divertido. Podía presentir su odio, pero valía la pena, ya que estaba logrando acercarse a ella—. Mi madre no tiene una idea de lo que te hace emocionar, ¿no es cierto? —señaló el cuadro —, ¿Y él?

—El juego ha terminado, señor Carmichael —Serena se inclinó a recoger su paleta y la arrojó sobre la mesa—. Diga lo que tiene qué decir, para que pueda continuar con mi insípido retrato, mientras aún hay luz natural.

— ¿Juego? —preguntó Adam sorprendido, ya que consideraba que esa había sido una discusión seria.

—Estoy segura de que hay un motivo para esta farsa... o acaso sólo intenta comprobar cuánto necesita provocarme para hacerme estallar. Si es así —continuó diciendo a la vez que él la contemplaba con incredulidad—, necesitará mejores armas que las de hoy. Ya he sobrevivido aun reinado de terror.

Al hablar, el dolor y la tristeza se reflejaban en sus ojos.

—Mi tía —murmuró Adam, comprendiendo, herido por su dolor. Había ido demasiado lejos. Intentó lograr una confesión, hablando con suavidad—, ¿Qué te hizo ella, Serena?

Ella descubrió el cambio de su tono, pero creyó que se trataba de una treta más, y rió con amargura.

— ¿No pensará que le daré esa clase de municiones para usarlas en mi contra, o sí?

—¡No me alejes, Serena! —gritó, y sorprendido por su vehemencia, añadió con voz baja—. Quiero...

Lo interrumpió.

— Repito... ¿por qué me está honrando con su presencia?

— Podría ser porque quiero conocerte mejor —contestó en busca de una explicación comprensible— Después de todo, eres mi protegida —no parecía convincente.

— No, no es posible —replicó—, y sobre lo que dijo de ser su protegida, esa situación será rectificada en seis meses, cuando...

— Quiero saber por qué me tratas como si tuviese una enfermedad contagiosa —interrumpió Adam con rudeza.

— Supongo que debe tenerla por su trabajo... me refiero a la imaginación —continuó hablando como si no lo hubiera escuchado—, pero en lo que a mí concierne, ni siquiera lo tomo en cuenta.

— Somos indiferentes, ¿entonces?

— Sí —replicó con una franqueza digna de admiración.

— Bien, ¿no te molestará si hacemos una pequeña prueba? — avanzó hacia ella

—Si se atreve a tocarme yo... —se interrumpió, ruborizada cuando la mano que elevó, en vez de golpearla, cubrió el retrato de John con la manta,

— ¿Gritarás: "¡Me viola!"? Ya lo hemos hecho antes, ¿recuerdas? —continuó Adam—, Nunca he tenido que forzar mis atenciones a una mujer, pero si toda esa fiera defensa es una invitación para demostrar mi mala reputación, no quiero desilusionarte.

— ¡Pues no lo es! —gritó al verlo acercarse, sonriendo—. ¡No me gustan los viejos libertinos!

Adam evitó demostrar que lo había lastimado.

— ¡Qué palabra tan anticuada! Mi madre piensa que podría lastimarte, princesa. Me pregunto, ¿por qué?

Serena le lanzó una mirada de sospecha, y entonces se volvió. Adam rodeó la mesa y se apoyó contra la pared, a observarla limpiar la paleta. Su perfil era hermoso.

— ¿Y su prueba, señor Carmichael? —preguntó Serena con tranquilidad, como si estuviera tratando a un chiquillo malcriado.

—Oh, sí —murmuró, cruzando los brazos—. Si me lo pides, me iré para siempre de Yorkshire.

Ella se volvió un poco, ocultando su sorpresa.

— ¿Y qué demostraría con eso?

—Si fueras del todo indiferente a mi presencia, no te rebajarías a preguntar algo así, princesa.

Serena pareció pensar un instante en esto y luego preguntó:

—Hay una pequeña falla en su plan... ¿cómo sé que cumplirá su palabra?

—He estado acompañado por varias personas de dudosa reputación durante las últimas semanas —replicó él, tenso, la mala opinión que de él tenía lo enfurecía—, pero creo que puedes estar segura de que mi palabra vale.

— ¡No le pediría nada, aunque de ello dependiera mi vida!

El lanzó un suspiro profundo.

— Cuánta indiferencia —repuso con ironía. Ya no era una niña sino una mujer mezcla de hielo y fuego que lo excitaba—. Me pregunto, ¿cómo será hacerte el amor?

—Le garantizo que nunca lo sabrá —repuso con un brillo provocativo en su mirada.

— Tengo paciencia —arguyó Adam.

Por un momento, su sonrisa la sorprendió... pero de nuevo se concentró en su enfado.

—Y la necesitará... ¡una gran cantidad de ella!

Adam atrapó su brazo cuando intentó ir hacia la puerta.

—Algo más —añadió, ignorando la desdeñosa mirada que le dirigió a su mano—. Si en realidad no te perturbo, princesa, entonces quizá pueda verte durante la cena de hoy. Te prometo que mis modales en la mesa son intachables. Controlo mi apetito sexual, por lo menos, durante las comidas.

Por el tono de su voz, Serena casi rió y lo miró.

— ¿Por qué no lo intentas? —preguntó Adam.

—Intentar, ¿qué?

—Suspender las hostilidades —sin percatarse, movió su mano hasta su hombro, envuelto en la delicada tela de algodón. Y dijo lo que estaba pensando—. Si me miraras sin enemistad una vez, si me ofrecieras una sola sonrisa que fuera real, podría convertirme en uno de tus más fieles y leales súbditos, princesa.

—Yo... no lo comprendo.

— ¿No? —de pronto Adam comprendió con claridad. Se había enamorado, por primera vez en su vida, de aquella chica que huía de su contacto—. No te lastimaré... te lo prometo.

Serena sabía que no era una treta, pero de súbito, sintió temor por su reacción a la suave voz de ese hombre.

— ¿Te veré en la cena? —urgió Adam.

—No lo sé —replicó con dificultad, y volviéndose, escapó de su presencia.

Cruzó corriendo el prado que separaba el estudio de la casa, y cuando llegó al dormitorio se reclinó con debilidad contra la puerta cerrada, arrepentida de su tontería. Sin comprender aún los sentimientos de él, sintió que ella, en cambio, había expuesto a la luz la falsedad de su indiferencia al huir.

Todo iba tan bien. Durante el último mes, casi llegó a pensar que Adam no era una amenaza.

Las primeras noches las pasó con John, pero fue un error, ya que él consideró su gesto como una señal de compromiso, lo cual quería evitar. Y el

resto del tiempo, lo pasaba en el cine, estudiando en la biblioteca de la escuela o en aquellas odiosas fiestas de estudiantes, donde se sentía fuera de lugar.

Con tranquilidad, Nancy comenzó a estimular sus salidas, y como recompensa por haber pasado sus exámenes en diciembre, le prestaba el auto. Pero la sensación de culpa no era comparable con el temor que le provocaba la inquietante compañía de Adam.

Debía resistir, continuar evitándolo, hasta que él regresara a Estados Unidos.

AL DUCHARSE para cenar, Adam se sentía feliz. Ella estaría allí, aunque sólo fuera para mirarlo con odio. Se puso un traje de terciopelo oscuro y rió al mirarse en el espejo. ¡Necesitaba estar elegante para impresionar a la princesa!

Descendió corriendo la escalera, y se detuvo en el pasillo para recuperar el aliento. Entró en el salón a tomar el acostumbrado aperitivo y descubrió con sorpresa que su madre estaba sola allí.

— ¿Qué estamos celebrando? —bromeó Nancy y se levantó para besar su afeitada mejilla, complacida por verlo tan tranquilo. Había estado un poco tenso a su regreso.

—Aún no lo sé —replicó, enigmático.

— ¿Jerez?

—No, whisky. Yo los serviré —silbaba al llenar las copas.

—Debe haber sido exitoso el viaje a Londres —comentó Nancy al ver su buen humor.

— ¿Londres? —preguntó sin comprender.

— ¿En dónde has estado durante los últimos dos días — le recordó, frunciendo el ceño.

— Oh, sí. Muy bien. Maravilloso — exageró, intentando ocultar el hecho de que había olvidado el tiempo que estuvo ausente.

— ¡Vendiste tu libro! — exclamó emocionada, creyendo que ése era el motivo de su celebración.

—Sí. Sí, así es —confirmó, mirando su hermoso reloj de oro.

—No pareces estar molesto.

Adam ignoró su extraña respuesta.

— ¿En dónde está Serena?

Nancy se sorprendió ante la pregunta. Había pensado que Adam no tenía ningún interés en la compañía de la joven.

— No lo sé — contestó tensa su madre—. Creo que salió con John.

— Ella está a tu cuidado — reprochó Adam, desilusionado—. ¿Acaso no sabes cómo y con quién pasa el tiempo?

—Es libre, y casi tiene veintiún años —replicó Nancy con inquietud, pero sintió un gran alivio al escuchar el gong.

Pero el alivio duró poco, ya que al estar en sus asientos ante la mesa, Serena apareció con un vestido blanco largo.

Nancy nunca había visto a la chica tan hermosa, y era obvio que Adam pensaba lo mismo, ya que no cesaba de mirarla. Al parecer, había ocurrido algo entre ellos, y no estaba segura de quién era más merecedor de su inquietud.

—Lamento llegar tarde —murmuró Serena, sin mirar a Adam.

—Es mejor tarde que nunca, princesa —repuso Adam a la vez que se le acercó para ofrecerle la silla. Pero Serena no devolvió su sonrisa.

Después de servido el primer plato. Adam rompió el embarazoso silencio.

—Si me permites decirlo, estás muy hermosa esta noche, princesa.

—Gracias —contestó sin mirarlo.

Adam había sido muy cortés al decir eso, pero algo en la voz de su hijo, irritó a Nancy.

— ¡No llames a Serena de esa forma! —exclamó.

— ¿Cómo? —Adam fingió inocencia.

—Princesa —repuso su madre.

—A Serena no le molesta, ¿o sí? —provocó Adam y aunque la chica se volvió a mirarlo, no cayó en su juego.

—No —respondió con frialdad.

—Después de todo, no hay un título más apropiado —continuó él, estudiando el escote cuadrado de la joven—, a menos que fuera... ¿Blancanieves?

— ¿Y tú serías uno de los siete enanos?

Adam rió divertido por la respuesta de Serena, pero Nancy no consideró correcto hacer lo mismo. Aunque estaba sorprendida por el comportamiento de Adam, no lograba salir de su asombro por la fría respuesta de Serena.

— ¿Cuál? —continuó Adam poco después.

—Aún no lo he decidido —replicó Serena con una sonrisa fingida.

Entonces, la mujer mayor intervino, cambiando el tema hacia algo menos personal. Le preguntó a Adam sobre su viaje a Londres. Serena habló poco, y cuando recibió una llamada antes del postre, se excusó con suavidad.

Su madre se lanzó al ataque cuando estuvieron solos.

— ¡Exijo saber qué está sucediendo!

— ¿Por qué piensas que sucede algo? —Adam arqueó una ceja.

— No finjas inocencia... no me impresionas. En los momentos en que apartas la mirada de Serena, ella te contempla —Nancy enfureció al verlo sonreír—, ¿Qué ha ocurrido entre ustedes?

—Nada —pero su madre añadió en silencio: “aún”.

—Adam, si piensas... —se interrumpió al regresar Serena.

Agradeció la interrupción del interrogatorio de su madre y aunque sentía su penetrante mirada, desde la cabecera de la mesa, se volvió a contemplar a Serena, quien estaba ruborizada.

Después de la cena, volvieron al salón.

— ¿Quién llamó por teléfono? —preguntó Nancy.

—Era John —repuso Serena.

— ¿Vendrá? —inquirió Nancy con emoción, ya que le agradaba John.

—No, me llamó porque estaba esperándome para cenar —replicó Serena con una suave insinuación a Nancy—, Debemos haber confundido las fechas.

— ¿Quién es John? —intervino Adam de súbito y se sorprendió cuando Serena respondió con rapidez:

—Un amigo —lo desafió con la mirada.

—Es más que eso —protestó Nancy, sin percatarse de que la chica quería cambiar de tema—. Serena es demasiado tímida para decírtelo, Adam. John es la buena noticia que mencioné hace algunas semanas. Pretendía que Serena te lo dijera cuando así lo decidiese, pero...

— ¡Nancy! —la interrumpió Serena.

—Bien, ya que Serena es demasiado tímida para decírmelo —propuso Adam con tranquilidad—, quizá sea mejor que tú lo hagas, mamá.

—Es un chico que vive por aquí, con muy buenos antecedentes. Ellos se conocieron cuando Serena salió a cabalgar un día, a principios de noviembre y... bien, fue casi amor a primera vista —explicó Nancy y al servir más café, no vio la mirada que intercambiaron los dos pares de ojos que se encontraron —. De cualquier forma, poco antes de tu regreso, John le pidió a Serena que se casaran, después de haber tenido la cortesía de hablar conmigo, por supuesto.

— ¿Aceptaste? —preguntó Adam y su oscura mirada le suplicaba que diera una negativa.

Serena y Nancy respondieron al mismo tiempo.

—Aún no—dijo Serena.

—Es cosa de tiempo —repuso su madre.

—No te metas en esto, mamá —ordenó Adam.

— ¡No tiene nada que ver contigo! —replicó la joven con el mismo tono airado que usó aquella tarde y desvió la mirada.

Adam se levantó, fue hasta la chica y, acuclillándose ante ella, elevó su rostro, ignorando la exclamación de enojo de su madre.

—Oh, pero sí tiene que ver conmigo, princesa... no te equivoques. Como tu guardián, no. podrás casarte sin mi consentimiento hasta que tengas veintiún años —sus miradas se encontraron en el silencio, la de Serena lo retaba.

— ¡Adam, no puedes estar hablando en serio! ¡Esas son tonterías! —Nancy, rompió el enfrentamiento.

Adam soltó a la chica y dijo:

—Pero sí estoy hablando muy en serio esa cláusula estaba especificada en el testamento —y dando por terminado el asunto, volvió a su asiento.

Su madre enmudeció un momento, mirando a la pareja con incredulidad.

— ¡No tienes derecho a interferir en los planes de Serena!

— ¿Estás segura de que son sus planes, y no los tuyos, madre querida?

Nancy estaba sorprendida por la acusación. Era cierto que ella había estimulado la relación, pero sólo porque consideraba que John y Serena eran el uno para el otro.

—John es un chico agradable —arguyó.

—Agradable... ¡vaya! — repitió— , ¿Qué otras cualidades posee?

Serena descubrió el sarcasmo y aunque apretó los labios con disgusto, no defendió a John. Eso complació a Adam.

Pero su madre tomó la pregunta tal y como la había hecho.

—Es agradable, tranquilo y tiene veinticuatro años, la edad justa para Serena. Son muy afortunados ya que John posee una granja grande, por lo que no tendrán que esperar si deciden tener...

— Bien, tendrán que esperar —interrumpió Adam con furia—. Por lo menos, seis meses.

— ¿Qué motivos tienes para oponerte? —inquirió Nancy con ira.

Adam entrecerró los ojos, amenazador.

— Es demasiado joven para saber lo que quiere.

— ¿Para saber lo que quiere quién... tú o ella?

Serena guardó silencio todo el tiempo y parecían haberla olvidado por completo. Su aparente tranquilidad resultó más efectiva.

— Si me disculpan, creo que iré a la cama y dejaré que ustedes dos arreglen el resto de mi vida por mí.

Sin esperar respuesta, se levantó y abandonó el salón.

— ¡Maldición! —exclamó Adam entre dientes.

Nancy siguió a Serena, pero se detuvo antes de salir.

— ¿Debo ir a buscarla? —preguntó a Adam.

—No, mamá —suspiró él con resignación—. Ha tenido suficiente de los dos por una noche.

Nancy se dejó caer en el sofá y Adam, presintiendo su inquietud, se dirigió al gabinete de licores y le sirvió un brandy.

—Bebe esto —se sentó a su lado.

Después de beber el licor, Nancy murmuró abatida:

—No quise... no quiero ordenarle la vida de esa forma.

—Lo sé, mamá, y ella también lo sabe —la tranquilizó y entonces gimió al recordar su participación en el enfrentamiento. Pero lo había hecho al sentir temor por el anuncio de su madre—. Estoy seguro de que ella me considerará un desalmado.

Después de una pausa, Nancy continuó:

—Adam, ¿por qué dijiste eso... me refiero a no permitirle casarse con John?

—Hablé en serio.

—Pero, ¿por qué?

— ¿Por qué estás ansiosa por casarla? Pensé que te gustaba cuidarla.

—Sí... por supuesto que me gusta. Ha sido un nuevo motivo para vivir, pero no estaré siempre a su lado. Quiero verla establecida y John... con John, ella...

—Estará a salvo — terminó Adam, exaltado.

—No hay nada malo en eso —protestó Nancy y añadió—: John Saxon es un joven agradable y centrado.

Adam defendió a Serena cuando repuso:

— ¿No merece más que eso? —pero su hipocresía le dejó mal sabor de boca, ya que quería a la chica para sí, y no estaba seguro de que su propia situación poco recomendable pudiera estropear sus esfuerzos por conseguirla.

—Adam, Serena necesita seguridad. No quiero que la lastimen

—Yo tampoco —replicó, intentando quedar en paz con su propia conciencia.

—Entonces, por favor, Adam, apártate de ella —suplicó Nancy.

—No, no lo haré.

— ¿O quieres decir que no puedes?

—Lo que sea —murmuró.

—Me diste tu palabra.

—Prometí ser cortés y amistoso —recordó—. Bien, he sido cortés, y ahora pretendo ser amistoso.

— ¿Cómo? —Nancy se levantó al igual que él.

—Tan amistoso como ella me lo permita.

—Adam, no creo que ella... —su madre dudó y lo asió de una manga—. Serena... lo vi esta noche, pero no quise creerlo... ella te odia.

— ¡Bien, es un principio! —Adam rió.

— ¿De qué?

—Me dijo que yo le era indiferente —sus ojos se oscurecieron al recordar, y continuó con apasionamiento, olvidándolo todo—. Prefiero que me odie... dicen que del odio al amor hay un paso.

"No, no con esta chica, no con Serena", pensó Nancy.

— ¿Por eso es que quieres estropear todo entre ella y John... porque no se ha rendido a ti como las demás?

Adam ignoró la sugerencia de su madre, al recordar los ojos azules que lo miraron. Pudo mentir, y después se arrepintió de no haberlo hecho, pero la verdad escapó de su boca sin poder evitarlo.

— La amo, mamá... tanto, que me duele el alma con sólo verla.

Nancy sacudió con angustia su plateada cabeza.

— ¿Por qué es tan hermosa?

— No, es mucho más que eso...

—No, Adam... —gimió Nancy atemorizada por la febril mirada de su hijo, quien sujetaba con fuerza sus brazos—. Ella no es para ti hijo. Y no puedo apartarme y esperar a recoger sus despojos cuando hayas terminado con ella.

— Quiero casarme con ella, mamá. Ayúdame. No te metas en mi camino. Y si hay despojos, te juro que no serán de Serena.

— No puedo detenerte, hijo —aceptó Nancy, dividida en su amor—, Eres mi hijo y te amo, pero no creo que tú y Serena puedan...

La frase incompleta quedó en el aire porque se abrazaron.

— Yo tampoco, mamá, pero no me rendiré hasta que ella me lo diga.

SERENA se desplomó en la cama, golpeando la almohada. Había caído en su juego y se puso su vestido más hermoso para que él la contemplara como uno más de los platillos. Sabía que esos ojos grises la contemplaban y confirmó sus sospechas dos veces, al descubrir la descarada sonrisa de Adam.

Serena se volvió y contemplando el cielo raso, pensó en lo que habría dicho si hubieran estado solos. Que se guardara sus encantadoras sonrisas para aquellas tontas que las quisieran y el hecho de que su propio corazón se hubiera acelerado, era debido al esfuerzo por controlar la furia. ¡Pensaría que era una tonta!

Pero, ¿acaso no era eso lo que pensaba... lo que había asentado Andrea en su testamento al hacerlo su tutor?

Cuando Serena se acostó, su furia dio paso a la desesperación originada, en parte, por la forma en que la trataba, como si fuera una demente. Entonces oyó unas pisadas ante su puerta y después una suave llamada.

—Lo siento, princesa.

— ¡Vete! —logró exclamar con frialdad.

Capítulo 7

LAS SEMANAS siguientes, aunque Serena asistía a las cenas, su actitud era retraída e ignoraba a Adam. Adam se había fijado un plazo de seis meses. Entonces se daría por vencido. Pero sabía que se engañaba... que se marcharía el día que Serena se casara con otro hombre.

No podía escribir, pensaba sólo en ella. Durante el día, espiaba sus movimientos ya que las largas vacaciones escolares le permitían pintar, cabalgar, o dar un paseo en el auto de Nancy.

Adam no se había dado cuenta de que había sido descubierto, y un día, al volver de su paseo a caballo, Serena se aproximó con la yegua a la terraza donde él se encontraba.

— ¿Por qué me espía, señor Carmichael? —inquirió molesta.

Él sonrió al mentir.

—No creí estar haciéndolo. Me gustan los caballos.

—Entonces, compre uno —replicó—, ¡así no tendrá que observar al mío

todo el tiempo!

—Quizá lo haga —accedió, acercándose a acariciar el hocico del alazán—, ¿Cabalgarás conmigo si lo hago?

Serena sonrió con desdén.

— ¿Por qué no? —era obvio que pensaba que él nunca había montado un caballo—. Esperaré con ansiedad el momento.

La sonrisa de Adam se amplió, y Serena, exasperada, tiró de las riendas y se alejó por el sendero posterior.

Tres días después, él estaba ante el establo con pantalones vaqueros, una playera de cuello alto y una chaqueta de pana vieja.

— Buenos días, princesa —saludó al verla dudar al otro extremo del establo.

—Se levantó temprano, señor Carmichael —dijo, aproximándose.

—Si intentas irritarme al dirigirte a mí con tanta formalidad, entonces te complacerá saber que lo estás logrando.

La cabeza rubia se irguió con altanería.

—Me enseñaron a ser respetuosa con mis mayores.

"¡Maldición, no soy tan viejo!" pensó Adam, molesto.

—Continúa así, princesa, ¡y recibirás la paliza que tu actitud infantil merece!

—No se atrevería —lo retó.

—He querido hacerlo desde hace varias semanas —afirmó con fingida seriedad.

Pero dudaba que ella pensara que su amenaza era en broma, ya que repuso con vehemencia.

—Ya no me asustan los duendes.

— ¿Es así como piensas de mí? —Adam la vio fruncir el ceño, dando la impresión de que había revelado algo, pero Serena se recuperó de inmediato.

— No tiene importancia, ya que rara vez pienso en usted.

—Entonces, ¿aún te soy indiferente?

— Por completo —se situó frente a él—. Y ahora, si me disculpa...

Pero él obstruía el paso al interior del establo.

— Espera un momento. Te tengo una sorpresa.

— ¿No cree que ya soy un poco mayor para esto?

—No, no lo creo. Después de todo, aún eres lo suficientemente joven para mostrar respeto por tus mayores —replicó Adam, con sarcasmo.

— ¿Nunca le faltan palabras que decir?

—Casi nunca —rió reclinado en la puerta del establo.

Serena pensó en volver a la mansión, pero accedió al fin.

— ¿Debo cerrar los ojos y contar hasta diez?

—Sólo si quieres hacerlo —Adam rió divertido. ¿Acaso había imaginado la sonrisa que iluminó su rostro por un instante? Entonces, sujetó un momento sus hombros—. Quédate aquí.

Desapareció en el interior, lanzó una maldición al derribar un cubo de

comida, y apareció en pocos segundos. Y la mirada de radiante alegría no era fingida, cuando Serena vio el hermoso caballo blanco que traía consigo.

—Se llama Relámpago Blanco. Me temo que no es muy original.

— ¿Puedo tocarlo?

Adam casi sentía celos por la mirada de adoración de la chica.

—Por supuesto —respondió con suavidad.

Con infinita ternura acarició el cuello y la cabeza del animal y éste apretó su hocico contra ella.

— ¿Cuánto mide? —era la primera vez que hablaba con naturalidad con Adam, y se sintió nervioso de provocar su retirada.

—Dieciséis manos.

—Es hermoso — murmuró Serena con asombro.

—Sí, supongo que lo es —Adam contemplaba el perfil de la chica.

— ¿Puedo montarlo? —preguntó con emoción, y volvió sus hermosos ojos hacia él.

Adam se maldijo por no haber pensado en eso.

—Me temo que no, princesa.

— ¿Por qué no?

—Es demasiado grande para ti —repuso él con suavidad.

— No tengo miedo —insistió—, y soy buena amazona.

—Escucha, yo tengo grandes dudas sobre si podré dominarlo yo, sin mencionar a una criatura tan pequeña como tú.

Serena interpretó mal la ternura de su voz y exclamó molesta:

— ¡Felicidades, señor Carmichael!

— ¿Por qué? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Creo que lo sabe.

¡Creía que le había mostrado el animal con el único propósito de excitar su imaginación, para después impedirle que lo montara! A veces se preguntaba por qué se tomaba tantas molestias con una chiquilla malcriada y grosera como ella. ¡Aún más, no creía que ella mereciera a un hombre como él!

— ¡No te muevas! —le gritó.

Le sorprendió encontrarla allí cuando regresó con la silla. Puso los arreos con eficiencia y montó. Pero antes que Serena se diera cuenta, él se inclinó y la sentó en la silla,

— ¡Bájeme!

—Cállate y sujétate, de lo contrario, caerás de espalda en el fango —ella se volvió con incredulidad, pero él la interrumpió, añadiendo—. Y sí, ¡me atrevería a hacerlo!

La forzó a reclinarse contra su cuerpo para tener apoyo e hizo avanzar al caballo. Aun con dos jinetes en el lomo, el animal era fuerte y rápido, y cuando llegaron a campo abierto. Adam le dio rienda suelta. No sabía si su emoción se debía a la velocidad del animal o al pequeño y tibio cuerpo curvado contra el suyo.

Siguió el camino que ella indicó en silencio y se inclinó a tiempo para

evitar ser derribado por las ramas bajas de los árboles. Sintió que Serena se estremecía al controlar su risa, y él la apretó con fuerza como castigo. ¡Le agradaba el peligro además de la velocidad!

Al llegar a la cima de la colina, detuvo al caballo. Se habían alejado cuatro kilómetros de la mansión y a sabiendas de que no podría regresar caminando, la hizo descender y él también bajó.

El cabello de Serena cayó en una dorada cascada de rizos sobre sus hombros al quitarse el casco. Estaba sin aliento y excitada por el galope... Adam sintió deseos de abrazarla.

—Está loco —logró decir al recuperar el aliento.

— ¿Por qué?

—Supongo que es hereditario —provocó, sonriendo aún por el placer de la monta.

—Eres muy lista, princesa —sonrió.

Pero su respuesta estaba teñida de amargura.

—Bien, ¡es una mejoría después de haber sido considerada menos que eso!

— ¡No! —atrapó su brazo.

— ¿No qué? —preguntó, confundida por su tono urgente.

—Casi iniciábamos una charla. ¡No lo estropees! —Adam comprendía muy bien la actitud de Serena durante los últimos quince días; necesitaba llegar a su alma—. Mi madre me pidió que asistiera al funeral de mi tía. Hasta que llegó el momento de leer el testamento, momento en el que actuaste de forma convincente a lo que establecía Andrea, no sabía nada de ti. Reconozco que pensé en seguir sus instrucciones, y quizá es por eso que acepté convertirme en tu guardián... porque soy demasiado testarudo para tomar el camino fácil y deshacerme de ti, internándote en una institución sin ningún remordimiento —tenía toda su atención, mas no lograba descifrar su expresión—, Pero desde la primera vez que me hablaste, nunca te consideré una deficiente mental... de hecho, creí lo contrario. Estabas muy confundida, de acuerdo, pero sospecho que tu experiencia con Andrea te daba el derecho a estarlo.

Serena miraba hacia el espacio, reflexionando en sus palabras, ¿O acaso lo ignoraba de nuevo? Adam apretó con suavidad su brazo.

—Le aconsejaste a Nancy que consultara a un psiquiatra, ¿no es cierto?

¿Era una acusación?... no lo sabía al ver la fría expresión de los ojos que lo miraban.

—Necesitabas ayuda, princesa —repuso con sinceridad, y pasó mucho tiempo antes que ella asintiera. Era un comienzo—. ¿Quizá Simón Clark no fue la persona indicada?

—El ayudó un poco, pero resultó decepcionante.

¿De qué forma? se preguntó Adam, pero Serena se apartó. ¿Acaso por el interés personal que insinuó su madre o porque no creyó en sus palabras al revelarle sus experiencias pasadas?

Serena se dirigió a un árbol caído. Adam la siguió y sacó de la chaqueta un

paquete de cigarrillos y un encendedor y se sentó a su lado. Encendió uno e inhaló con fuerza; no se había sentido tan nervioso, desde la primera vez que salió con una chica.

—Es hermoso —Adam señaló con la mano el paisaje.

—Sí... sí, lo es —balbuceó Serena.

La chica luchaba por controlar su tensión, ya que Adam no era lo que ella había imaginado.

— ¿Lo has pintado? —preguntó él.

—Mi... mi padre lo hizo —contestó con dificultad y añadió—: Y lo pintó demasiado bien para que cualquier esfuerzo mío sea comparable... me refiero, desde mi punto de vista.

Adam asintió, pero sentía que debía dar algo para recibir su confianza. Entonces confesó.

—Mi padre era un genio de las finanzas. Lo admiraba y quería mucho, pero al final, no pude seguir sus pasos. Para el gran disgusto de mi familia, dejé mis estudios de economía en Cambridge y desde entonces, llevo el dudoso honor de ser la oveja negra.

— ¡No es justo! —su vehemencia sorprendió a ambos y balbuceó al descubrir su expectante mirada—: Quiero decir, lo que haces... tus novelas, son más importantes que multiplicar dinero. Creas algo para que la gente lo disfrute.

El brillo de indignación en sus ojos aún estaba allí, y él se sintió conmovido, aunque controló su emotiva imaginación.

—¿Aun cuando se trate de basura sensacionalista? —Serena aparto su mirada, ruborizándose. Con gran ternura él tocó su rostro con el dorso de la mano y ella lo esquivó con cuidado—, Aunque es encantador, no debes ruborizarte, princesa. Quizá si hubieras estado a mi lado entonces, no habría caído de esa manera en el fango. Pero así ocurrió, y si alguien debe sentirse avergonzado, ese debe ser el escritor.

La sinceridad de sus palabras la hizo volverse con sorpresa. A pesar de la calidad de sus obras, Adam sugería que no amaba a la raza humana y se había equivocado al presumir que él se sentía superior.

— Pero si lo sabías, entonces, por qué... —se interrumpió, confundida.

—El que con fuego juega, quemado sale — murmuró, enigmático. Pero al descubrir que su rostro aún estaba vuelto hacia él, intentó explicar más, sin caer en la autocompasión—. Imagina que hiciste una pintura que una galería de arte rechazó por considerarla poco comercial, y en un ataque de enojo artístico, la cambias, transformándola en la clase de cuadros impresos que se venden en ofertas de sótano, y los cuales te provocan asco. ¿Y adivina qué pasa?

—Les encanta —Serena sonrió con desdén al comprender—. Pero yo lo habría destruido —añadió con decisión.

Adam no tenía una respuesta y desvió la mirada hacia el valle.

— ¿Por qué fingías disfrutar de Hollywood en tus cartas? —preguntó de

pronto Serena, en busca de su atención.

Adam respondió con dureza.

—Ese es un hábito que se crea en las personas que viven cerca de mi madre... mantenerla lejos de las cosas más desagradables de la vida, y algunos de nosotros somos más adictos a ese vicio que otros, ¿no lo crees? —concluyó con sarcasmo, y se arrepintió de inmediato al verla intentar ponerse de pie.

Serena cesó de forcejear por liberar su brazo de aquellos fuertes dedos, y trató de ocultar su dolor usando un tono cortante al responder:

—Siempre tienes una respuesta inteligente, ¿no es cierto?

Adam ofreció una disculpa que fue recibida con silencio.

—Escucha, Serena, no quise decirlo así. Comprendo tus motivos para ocultar las cosas de mi madre... yo lo he hecho por mucho años... pero no necesitas hacerlo conmigo… Quiero ayudarte.

— ¿Ayudarme? ¿Qué cosas estoy ocultando?

—Tú debes decírmelo, princesa —repuso Adam con suavidad soltando con lentitud su brazo—. Háblame de Andrea.

El día anterior la chica no hubiera creído que tuviese tanta sensibilidad. Pero debía ver a través de él, y no al hombre.

—Andrea... —fijó su mirada en la distancia, sobre el hombro Adam—, ¿Andrea quién?

Adam quiso sacudirla con enojo, pero sabía que aún tenía cicatrices que le eran dolorosas y estaban abiertas. ¿Hacía lo correcto al remover esas heridas? Lo ignoraba.

Serena no se opuso al gentil movimiento de su mano.

—De acuerdo, te diré lo que sé. Pocos años después de la muerte de tu madre, tu padre quiso regresar a Inglaterra. Conoce a Andrea... una viuda sin hijos, de más de cuarenta años. Parecían adecuados el uno para el otro. Pero, aunque tu padre sólo está buscando una compañera y madre para ti, Andrea busca más que afecto.

— ¡El hizo un esfuerzo! —gritó Serena, sus ojos llenos de indignación por su crítica—. Mi padre fue bueno y paciente, pero nada de lo que hacía satisfacía a tu tía.

—Incluyendo el deshacerse del retrato de tu hermosa madre —dijo al fin —. Tu madre era hermosa. Y tu padre la amaba. Quizá la amaba demasiado para que fuera aconsejable un segundo matrimonio. Y mi tía estaba celosa... todo esto habría sido difícil de comprender para una joven huérfana.

Su intento por ser razonable sólo la enfadó más y Serena golpeó su mano, apartándola.

— ¡No sabes nada sobre eso!

—Entonces, cuéntamelo —se levantó al verla incorporarse con rapidez.

— ¡Tu tía era un monstruo! —gritó y le dio la espalda.

Adam estaba desesperado y la forzó a darse vuelta.

—Nunca me perdonarás por estar emparentado con Andrea, ¿no es cierto?

—No... ¡no, no te perdonaré! —gritaba con angustia, sin pensar, y él rodeó

su cintura con sus brazos. Pero en medio de su furia, ella sintió una extraña excitación al percibir que sus dedos se resbalaban sobre su vientre—, ¡Estás lastimándome! —mintió.

— Deja de luchar como una gata salvaje. ¡Mírame! —ordenó Adam, perdiendo el control. La atrajo contra su pecho con una mano, mientras enredaba la otra en su cabello, forzándola a obedecer—. ¿Qué es lo que ves?

— ¡Dos metros de arrogancia! —siseó Serena con furia, descubriendo el deseo que brillaba en sus ojos—, ¿Es así como te excitas, Adam Carmichael... presumiendo de tu fuerza con las mujeres indefensas?

— Estás ciega —dijo Adam con voz muy ronca—. No quiero lastimarte, sino...

Sus labios hambrientos y apasionados continuaron su frase. Una gran ansiedad le roía el alma, pero deseaba hacer que el beso fuera más profundo, sin embargo se encontró con que Serena mantenía los dientes apretados, y gruñó con frustración.

— Abre la boca —ella intentó protestar, y él aprovechó la oportunidad. De súbito, los labios de la joven comenzaron a responder. Presintió su inexperiencia y cambió su beso, volviéndolo suave y sensual, deseoso de darle seguridad, además de placer. Sorprendido por su tímida respuesta, comenzó a excitarse. Quiso alejarse pero los delicados brazos que rodearon su cuello, pidiendo más, lo impidieron.

Pero Serena, de puntillas, se sintió insatisfecha, y él la tomó en sus brazos, abrazándola contra sí con pasión. Entonces ella, de forma instintiva, comenzó a acariciarlo hasta recibir de nuevo la gran presión de su beso.

Y Adam recordaría este beso por mucho tiempo, aún después de colocarla en el suelo con gentileza, incapaz de continuar soportando su deliciosa cercanía.

—Debes comprenderlo. Debía detenerme antes que fuese tarde.

Pero ella no lo escuchaba. Su hermoso rostro reflejaba el dolor que sentía por su supuesto rechazo.

Creyendo que su intimidad había destruido las barreras entre ellos, Adam intentó abrazarla con suavidad, pero se sorprendió por la violencia con que Serena lo empujó. Cuando logró recuperar el equilibrio, ella corría hacia Relámpago Blanco y montó al animal antes que él comprendiera sus intenciones.

— ¡Baja del caballo, Serena! —gritó con pánico, viendo que el caballo se encabritaba, nervioso por el sorprendente movimiento; Adam se colocó al lado del animal, sin importarle el peligro que éste representaba, y recibió una voz—, ¡Te romperás la cabeza!

— ¡Como si te importara! —sollozó.

Tranquilizando al animal lo suficiente para acercársele, Ada intentó sujetarlas riendas.

—Baja, princesa, por favor —y descubrió que el temor y cierto alivio se reflejaban en los ojos azules.

Cuando casi alcanzaba las riendas, Serena extendió su pierna y como una broma del destino, Adam cayó de espalda en el lodo.

La observó alejarse al galope por la colina.

Tardó cuarenta minutos en regresar caminando a la casa, y sintió una profunda alegría y alivio al ver a Relámpago Blanco rumiando un bien merecido desayuno en su caballeriza. Reapareció su enfado al ver que Brocklehurst se aproximaba, sonriendo al ver el estado de su amo.

— ¿Tuvo un pequeño accidente... señor?

—Podía decirse. ¿En dónde está la señorita Templeton? —demandó Adam con impaciencia.

Pero el viejo jardinero, muy divertido por lo que imaginaba que había sucedido, respondió con lentitud.

—La señorita Serena se ha ido a la casa.

— ¿Ya cepilló al animal?

—Sí, señor. Es un hermoso animal, muy fuerte —murmuró el anciano, mirando con admiración al caballo y agregó—: Perdone, señor, pero si estuviera en su lugar, no permitiría que la joven señorita lo monte con frecuencia.

—No pretendo permitirlo —replicó Adam molesto al percibir su tono de desaprobación—. Será mejor que vaya a cambiarme.

—Sí, hay mucho lodo después de la tormenta de anoche —repuso Fred Brocklehurst, y añadió con un poco de malicia—: Me sorprendí cuando la señorita me dijo que usted prefería regresar caminando.

Adam, demasiado enfurecido para responder, se alejó de allí, antes que el anciano percibiera su ira. En su furia, cruzó los prados y subió por la escalera, pero en vez de ir a su habitación fue al ala oeste, sin esperar recibir respuesta al llamar a la puerta. Cerró la puerta rápido y esquivó un cepillo que fue lanzado en su dirección, dándole la bienvenida.

—Control, control —dijo, apoyándose en la puerta. No permitiría que la chica lo sacara de sus casillas en esta ocasión.

Sentada en el banquillo de su tocador, Serena volvió al ataque.

— ¡Si no sales de mi dormitorio en un minuto, gritaré hasta que derribe la casa!

—Deja de ser tan histérica —ignoró su amenaza, cruzando los brazos—. Estás completamente vestida... por desgracia.

—Si hubieras llegado un par de minutos antes —replicó, ruborizada—, no lo habría estado.

—En ese caso, tendré que correr más rápido, princesa, la próxima vez que consideres que necesito hacer ejercicio.

Estaba confundida. Esperaba que estuviera enfurecido.

—Tienes treinta segundos para salir de aquí, antes que empiece a gritar — se levantó.

Adam adoptó una actitud más casual, indicando que no saldría de la habitación y Serena cerró los puños, furibunda.

—Veinte segundos...

— Ya que mi madre no está aquí —continuó diciendo él con sarcasmo—. supongo que tu actuación de virgen ultrajada será en honor al dueño del Range Rover detenido afuera.

—Diez segundos —amenazó con frialdad.

— ¿Estás segura de que quieres correr el riesgo de provocar una pelea entre el joven y yo? La persona equivocada podría resultar lastimada — sugirió divertido.

—Lo dudo —replicó Serena con desdén, sin dejarse impresionar.

— ¿Lavarás mis heridas, princesa? —provocó Adam— Quizá valga la pena tener un ojo morado.

— ¡No seas ridículo!

—Mi tiempo se agotó — Adam sonrió y se llevó las manos a las orejas—. Empieza a gritar.

— ¡Oh, deja de ser tan tonto! —gritó indefensa contra este aspecto juguetón de Adam Carmichael. Cedió a su impulso, y con enfado lo forzó a apartar las manos de sus orejas.

Adam atrapó sus manos y sonrió al preguntar:

— ¿Gritaste?

— ¡Sabes muy bien que no! —replicó, sin poder liberar sus manos.

Serena permaneció inmóvil.

—Estoy muy conmovido de que no puedas soportar verme "golpeado por la vida", como dicen.

—Si sigues haciendo esa clase de afirmaciones —replicó—, ¡podría cambiar de opinión!

—No lo creo, Serena —murmuró, convencido de que el brillo en sus ojos no era sólo de enojo.

— ¡Yo no me atrevería a apostar en tu caso!

—No, no creo que alguna vez fuera tan tonto para arriesgar mi dinero en tus reacciones por alguna cosa —aceptó con seriedad— ; Por ejemplo, toma ese beso que compartimos...

— ¡Cállate! —se ruborizó.

—No hay nada de qué avergonzarse por disfrutar un beso, princesa.

— ¡No lo disfruté! —negó con indignación.

—Eso no es lo que esa sensual boca tuya me dijo —recordó con rudeza, contemplando los labios que estaban cubiertos por una suave capa de brillo—. Quizá debamos volver a hacer la prueba.

Ella intentó retroceder.

—Si lo haces, yo...

— ¿Gritarás? Parece que estamos dando vueltas, ¿no te parece? — repuso Adam con intolerable paciencia, soltándola—, Aceptemos el acuerdo de que no gritarás y no te besaré a menos que alguno de nosotros sea provocado.

— ¿Qué quieres de mí? —irguió la cabeza con arrogancia.

—Me sorprende que aún no lo hayas descubierto —replicó de forma enigmática, y la mirada que recibió, indicaba que Serena había sacado sus propias conclusiones sobre el asunto. Él entrecerró los ojos, y se forzó a decir —: Mas no importa, princesa, algún día lo comprenderás. Una disculpa será suficiente por el momento.

— ¿Una disculpa? —se mostró incrédula—, ¿Por qué?

"Por la angustia de la última media hora, cuando esperaba encontrar tu cuerpo inerte en el suelo", quiso decir, pero su orgullo se lo impidió. En vez de esto, afirmó con frialdad:

—Por lastimarme dos costillas, esa es una razón aceptable.

—Estás... estás loco —dijo sin aliento— ¡Eso es algo que haría de buena gana si volviera a tener oportunidad!

— ¿No crees que es una reacción demasiado exagerada para un beso? —insinuó, molesto de sufrir sus desafíos.

Pero Serena pensaba lo mismo. ¡Adam es insufrible! Si se atrevía a mencionar de nuevo ese beso, lo golpearía, y casi lo hizo al descubrir su mirada en el agitado movimiento de sus senos, ya que respiraba con dificultad al controlar su ira.

Adam la observó dirigirse a la cama y recogerla chaqueta de su elegante traje sastre.

—Si me disculpas, tengo un invitado esperándome abajo —le dijo.

—Bajaremos juntos, ¿te parece? —inquirió Adam con fingido placer.

— ¡No! —exclamó, era obvio que estaba ansiosa por mantener apartados a los dos hombres.

—Oh, pero he estado ansioso por conocer a tu prometido —se apoyó en la puerta cuando ella se aproximó.

— ¡No lo es! —negó con furia... y entonces se preguntó por qué estaba rechazando la única relación que aun un cínico como Adam Carmichael debería respetar.

—Creo detectar un tono de pánico en tu voz —él sonrió satisfecho—, ¿Por qué estás tan inquieta de que conozca al maravilloso John?

—No lo estoy —mintió, pero su sonrisa la hizo enfurecer otra vez—. De acuerdo, señor Carmichael, tú lo has pedido. John Saxon es una persona amigable, buena y gentil... —pausó, entonces continuó con renovada furia, pronunciando con lentitud cada palabra—: Mientras que tú, sin duda, eres el más arrogante y desagradable.

— Suficiente, princesa, comprendí el mensaje.

Entonces Serena contempló, enmudecida, cómo la puerta se cerró tras él. Lo había lastimado. Había penetrado su duro orgullo masculino y le causó dolor, un dolor que oscureció sus ojos haciendo que los cerrara con angustia por un instante, antes de salir dando un portazo. No tenía sentido. Nada lo tenía... Deseó lastimarlo y lo había logrado. Entonces, ¿por qué corría hacia él, en busca de su perdón?

— ¡Ahí estás! —exclamó John con impaciencia, deteniendo a Serena

ante la escalera—, ¿Me has olvidado? —sonrió, sin saber que su broma era cierta—. Vamos, cariño, siempre vale la pena esperar por ti, pero en esta ocasión es demasiado tarde.

La risa masculina llegó hasta Adam. Se despojó de sus sucias ropas con furia, maldiciendo y añorando a Serena con cada latido de su corazón. Escuchó que la puerta frontal se cerraba... y n pudo evitar acercarse a la ventana.

Antes de ocupar su asiento, Serena besó a John con una pasión que lo sorprendió. Ella se apartó, sonriendo, y al hacerlo descubrió sin sorpresa al hombre que observaba desde los grandes ventanales.

Capítulo 8

DESPUES de estudiar el catálogo, Adam descubrió que el objeto que le interesaba estaba a punto de ser vendido. Era la tercera subasta a la que asistía, y le sorprendía la cantidad de invaluables tesoros que había en Yorkshire. Estaba decidido a comprar una pintura.

La había visto en la exhibición y a pesar de la desalentadora descripción: "Madre e hija, por autor desconocido", reconoció el tema y al autor de inmediato.

Adam siempre tenía un límite de dinero para ofrecer, pero ahora le interesaba adquirir la pintura, sin importarle el precio.

Las ofertas eran malas, y el subastador bromeó con el público, diciendo que podrían ofrecer más "por la linda pinturita que ofrecía", y esta descripción indignó a Adam. Las primeras ofertas eran de una mujer regordeta, sentada frente a él, y de una voz que provenía del fondo del pequeño salón donde se realizaba la subasta.

Adam se relajó, en espera del momento oportuno para entrar en acción. El precio llegó a quinientas libras, cuando alguien ofreció cien más. La mujer regordeta, que quería llevar consigo la hermosa "pinturita" a su hogar en Nebraska, dejó de hablar ya que su esposo había afirmado que, después de todo, no era tan "linda". La voz que venía del fondo continuó ofreciendo, hasta que llegó a las dos mil libras, y el rostro del encargado ensombreció, al pensar que debió haber llamado a un valuador para saber qué tenía en sus manos... era demasiado dinero para una pintura de un desconocido. Las ofertas se detuvieron entonces en dos mil quinientas libras.

Adam levantó con lentitud la mano al escuchar que decía: "Vendida a la una", y ofreció tres mil quinientas libras, pretendiendo descorazonar a su competidor. Pero no lo logró, ya que el hombre ofreció cinco mil libras, con la misma intención. Por ocho mil libras, Adam se hizo del cuadro, y sonriendo, enfrentó las sorprendidas miradas de la pareja de americanos sentados ante él.

Al finalizar la subasta, entregó un cheque al subastador y arregló el envío del cuadro. Pero su buen humor fue breve, ya que, al abrirse paso entre la multitud, descubrió un rostro familiar en el extremo del salón.

Serena estaba sola, aunque cerca del hombre que la acompañaba, quien estaba charlando con otra pareja. La actitud de Serena le indicaba que lo había visto, pero prefería ignorarlo.

Hacía quince días que no se hablaban, pero no fue Serena quien inició el silencio, ya que Adam, después del último encuentro, estaba demasiado herido y cansado para aproximársele. En este tiempo, descubrió por qué ella trataba con tanto desdén a cualquier persona relacionada con Andrea, y ya que presentía que ella deseaba que se fuera, pero era demasiado orgullosa para decirlo, decidió que sería lo mejor... y debía hacerlo lo antes posible.

Y habría salido del salón sin acercársele, pero cuando Serena lo miró de frente, y después desvió la mirada, supo que había aceptado su presencia.

No pudo evitar el impulso de aproximarse a ella, y al verla ponerse tensa al reconocer su decisión, adoptó la careta que había creado para ocultar sus emociones.

—Qué coincidencia —dijo, tratando de parecer amistoso, pero su tono fue interpretado como sarcástico.

— ¿Te parece? —repuso ella con tono frío, mirándolo de reojo.

— Sí, lo es —dudó, y no encontró más qué decir. Ambos estaban tensos y había decidido marcharse cuando...

— ¿No vas a presentamos, Serena? —John Saxon terminó su charla con la pareja, y su atención se volvió a Serena.

—John — balbuceó—, este es Adam Carmichael... el sobrino de mi madrastra...

Ambos esperaron a que terminara la presentación, pero al no hacerlo, Adam saludó de inmediato al hombre más joven.

—Mucho gusto. He estado ansioso por conocerlo.

—Me temo que usted sabe más de mí, que yo de usted, señor Carmichael. Serena no ha... —John se interrumpió, inquieto.

—Lo comprendo. Nuestra pequeña Serena no ha mencionado mi existencia. O quizá usted me conozca mejor como el perverso guardián.

El joven granjero parecía aún más avergonzado.

—No sabía que Serena tuviera un guardián —logró decir, sorprendido y dirigió a Serena una mirada inquisitiva—, ¿Por qué no me lo dijiste, cariño?

—No te inquietes, John. El sólo bromea —se volvió a Adam, retándolo a contradecirla, y añadió con tono acusativo—: Mi primo adora las bromas.

—Oh, ya veo. Fue una broma —no comprendía muy bien, pero John parecía más aliviado—. Es un placer, señor Carmichael.

Adam estaba perplejo, sin saber cómo negar las palabras de Serena. ¿Acaso no habría mencionado su existencia?

—Será mejor que nos vayamos, John —urgió ella.

—Tenemos mucho tiempo, cariño —repuso él, intrigado.

—Si usted y Serena tienen prisa por marcharse...

—Oh, no, de ninguna forma —interrumpió John—, Puede decirse que tengo la tarde libre.

— ¿Obtuvo lo que quería? —Adam intentaba iniciar una charla, presintiendo que Serena insistiría en marcharse.

—Sí, algunas piezas de maquinaria para la granja... y en excelente condición. En cambio Serena no tuvo suerte.

—Oh, ¿y qué estabas buscando, princesa?

—No tiene importancia —irguió la barbilla con desafío.

—Serena está un poco desilusionada —intervino John en su defensa, disculpando su irritación—. Yo estaba haciendo ofrecimientos por una pintura que le gustaba... bien, de súbito fue demasiado, y Serena accedió a que era una estupidez continuar ofreciendo —explicó el joven, y sintiéndose cada vez más inquieto, añadió como justificación—: No es que no pudiera pagarla, pero después de todo, una pintura es tan sólo eso, a menos que sea de alguien famoso. Entonces, por supuesto, se convierte en una inversión.

Adam se estremeció ante tal observación y Serena entrecerró los ojos. ¿Cómo podría casarse con alguien que no compartía ni siquiera su interés en ciertas cosas?

—Es otra coincidencia —murmuró Adam con tono seco—. Creo que ambos estábamos buscando la misma pintura.

— ¡Cielos! —exclamó John—, ¿Usted fue el último que ofreció?

—El mismo —asintió.

— ¿La obtuvo? —preguntó John con curiosidad—. No escuché el cierre.

—El siempre obtiene lo que quiere, ¿no es cierto? —intervino Serena con desdén.

—Casi todo, princesa —respondió Adam con calma, aunque se sintió herido por su tono— En el caso de la pintura, mi paciencia obtuvo recompensa. Pero algunas cosas no se obtienen fácilmente.

—Pero, cuando eso ocurre —declaró la chica, molesta—, no tienes dificultad en olvidarlo con facilidad, ¿verdad?

Lo miraba con verdadera furia, y Adam comprendió que era ella quien, ahora, se sentía indignada por haber sido ignorada.

—Creo que acabas de renovar mi interés —respondió Adam, con el mismo tono enigmático, sintiendo de súbito, que ya no necesitaba mantenerse apartado de ella, y esperó su reacción.

Pero John, ignorado hasta entonces, y sin comprender el enfrentamiento, rodeó los hombros de Serena e intervino.

Debe haberle interesado mucho para pagar tanto dinero por una pintura poco valiosa.

— ¿Le pareció poco valiosa, señor Saxon? —Adam se volvió al joven, retador.

—John —sugirió más informal, aunque se sentía inseguro de sus palabras ante el maduro primo de Serena—. Reconozco que era bonita, pero como inversión...

—Su contador no lo habría aprobado —terminó Adam con severidad.

John no descubrió su sarcasmo y rió divertido.

—Le daría un ataque.

— ¿Y tú, qué valor le darías, Serena? —provocó Adam.

—Creo que lo sabes —repuso ella con frialdad, a la vez que se apretaba contra John, pero Adam sabía que lo hacía para enfadarlo.

Él joven no lograba comprender ese antagonismo entre ellos.

—Creo que no comprendo. ¿Había algo especial en esa pintura, cariño?

Adam impidió que ella lo negara.

—Es de Graham Templeton, el padre de Serena, y podría asegurar que, a juzgar por la edad de la niña modelo, fue hecha hace catorce años. ¿Estoy en lo correcto?

—No puedo recordarlo —replicó Serena.

—No has cambiado mucho. Al menos, en el rostro —añadió Adam, estudiando la figura de la chica; la niña que jugaba en la playa con su madre, estaba desnuda.

—Debiste decírmelo, Serena —intervino John— Si lo hubiera sabido... —se interrumpió, abatido.

Adam no comprendía cómo ese joven no había descubierto que Serena era la niña de dorada cabellera en el cuadro, mas no lo dijo.

— ¿Hubiera continuado ofreciendo?

—Sí, por supuesto. Si significa tanto para Serena —balbuceó aturdido—. Quizá usted pueda considerar la idea de vendérmela.

—John, no importa. En realidad no importa —urgió Serena, adivinando las intenciones de Adam—, ¿No dijiste que debías ir a supervisar el embarque de la maquinaria?

—Por Dios, sí —John, miró su reloj—. Me alegro que me lo hayas recordado. Quizá el señor Carmichael quiera acompañarte mientras lo hago.

— ¡Oh, no, John! Adam está ocupado, ¿no es así?

—De ninguna manera. Estaré encantado —sonrió con placer al renuente joven—. Usted vaya a revisar el embarque de su segadora y yo cuidaré a Serena...

—No tardaré, cariño. Te veré pronto —prometió a Serena.

Tan pronto John se alejó, ocurrió la explosión,

— ¿Qué diablos cree que está haciendo, señor Carmichael?

—Era Adam hace unos instantes —recordó con enfurecedora calma, contemplando el airado rostro—, ¿El maravilloso John sabe que tienes un temperamento tan feroz... sin mencionar tu poco femenino lenguaje?

—No me cambies el tema —siseó.

—Esa táctica parece muy efectiva, en lo que se refiere al novio.

— ¿Qué quieres decir?

—Pasar del arte a maquinaria de granja en un instante —comentó sonriendo con sarcasmo—. Es muy manejable... ¿o acaso quería tener alguna escapatoria?

—Si tratas de decir que John estaba evitando hacerte una oferta por la

pintura —dijo con furia, apoyando las manos en las caderas—, debo advertirte...

—Nunca lo había pensado —mintió, elevando las manos con gesto de rendición—, Pero, le permitiremos reivindicarse. Le venderé la pintura por, digamos... ocho mil quinientas libras.

— ¡Vaya oportunista! —exclamó con desdén.

—Te equivocas. Podría obtener más en una galería de arte en Londres. De cualquier forma, es sólo una teoría —murmuró, sonriendo, pero Serena lo miró con furia. Adam estuvo a punto de confesar la verdad, que la había comprado para devolvérsela, pero se controló—. No creo que tenga esa cantidad.

Había logrado provocarla con sus palabras.

—John no lo presume, pero apuesto a que tiene suficiente dinero para duplicar tu oferta.

—Lo dudo, princesa —respondió con tranquilidad—. ¿Es por eso que lo consideras un buen partido como esposo... porque es rico y... cauteloso?

— ¡No es cierto! —gritó, al comprender su insinuación de "avaro".

—Entonces, ¿por qué?

Quizá Serena leyó sus pensamientos.

—Es mejor hombre que tú.

—No puedo negarlo en cierto sentido —repuso controlando su enfado por ver pisoteado su honor—. Es gentil, tratable, cortés y muy aburrido. ¿Me faltó alguna de sus cualidades? —provocó.

— ¡Es maravilloso en la cama! —le susurró Serena con malicia.

Sintió que el puñal se hundía hasta la empuñadura. Y atrapando sus brazos, para evitar que se marchara, victoriosa, Adam estuvo a punto de provocar una escena en público, al sentir que se nublaba su razón.

Al recobrar la serenidad, vio que Serena se mordía el labio inferior. Tomando su mano, la forzó a salir de la casa de subasta, cruzaron los prados y llegaron a una escalinata que conducía al parque frontal. Cuando nadie podía oírlos, la acorraló contra un muro de piedra.

— ¡No te creo!

Ella aceptó el reto, como sabía que lo haría la chica que él amaba, respondiendo con frivolidad.

— ¿Quieres conocer los detalles?

—No me estaba refiriendo a las proezas de amante de tu amiguito —afirmó, atrapando su cabello en una mano y tirando de él— No creo que mi virginal princesa, vestida con sus infantiles moños se haya acostado alguna vez con un hombre, y menos que haya hecho el amor con violencia y pasión.

—No me importa lo que pienses. Mi vida íntima es asunto mío

— ¡Será mejor que estés mintiendo! —y la nota de amenaza en su voz era muy clara.

Pero Serena prefirió ignorar esto y replicó:

—Eso es cosa mía.

— ¡Termínalo! —ordenó con furia, y aunque Serena fingió n comprender, Adam sabía que sólo estaba atormentándolo más— ¿O acaso quieres que yo lo descubra? Bien, no te preocupes, prometo que lo haré.

Adam soltó su cabello y atrapó la mano de la joven cuando ésta intentó golpearlo, sin embargo, fueron interrumpidos por el claxon del auto de John. Y, de forma sorprendente, el resentimiento de la chica parecía dirigido al causante de la interrupción.

—Pareces desilusionada —comentó Adam antes de que pudiera ponerse en guardia de nuevo—. Quizá te gusta pelear.

— ¡No seas absurdo! —exclamó, aunque poco convencida. Entonces añadió con un tono de extraña inquietud y vergüenza—: Si... si John nos vio, si dice algo, estábamos... jugando, ¿de acuerdo?

—Yo no estaba jugando —amenazó al ver que miraba con ansiedad hacia el auto, del cual descendió John con una mujer—, Pero aun así, tus deseos son órdenes, princesa.

Su reverencia mereció una mirada de disgusto, pero se dejó conducir del codo para reunirse con John, mientras Adam estudiaba a la compañera del joven.

— ¿Quién es tu adversaria? —preguntó Adam—, ¡Es una belleza!

—Creo que también le gustas —respondió Serena con fingida dulzura al ver la sonrisa de la chica que contemplaba a Adam.

La sonrisa de la morena desapareció al saludar a Serena.

—Encantada de verte, Serena. ¡Qué bonito trajecito vistes hoy!

La mujer mayor, vestía un elegante traje con pantalón. Tenía atractivas facciones, acentuadas por un cuidadoso maquillaje, y en otra época, le habría agradado a Adam.

—Este es el primo de Serena... Adam Carmichael. Adam, una vecina... Caroline Stamford —presentó John con elegancia.

—Vaya, Serena — murmuró Caroline con provocación, al tiempo que ofrecía a Adam una bien cuidada mano—, ¿en dónde tenías escondido a tan apuesto hombre?

Serena permaneció en silencio y Adam sonrió sin interés.

— ¿Cómo está, señorita Stamford?

— Caroline, por favor —insistió la mujer, sosteniendo la mano de Adam— ¿Vives en Yorkshire?

—Por un tiempo —respondió Adam sin darle mayor importancia.

—En ese caso, debemos verte con más frecuencia —replicó Caroline y añadió con malicia—: Esto es, si la joven Serena tolera el compartirte con otras.

— ¡Tranquila, Caro! —protestó John ante la insinuación de la mujer.

—Serena sabe que estoy bromeando —repuso Caroline con una sonrisa, al tiempo que miraba con desprecio a la jovencita.

—Nunca tomo en serio nada de lo que dices, Caroline... querida| —Serena imitó a la perfección el fingido tono de la chica.

Sin perturbarse, Caroline tomó el brazo de John y sonrió a ambos hombres.

— ¿En qué trabajas, Adam? Apuesto a que en algo muy arriesgado —sugirió, al contemplar con gusto su musculoso cuerpo.

—Soy escritor —replicó Adam, divertido por haber destruido la imagen románticamente varonil.

— ¡Oh, qué fascinante! —exclamó Caroline, era obvio que pretendía presumir su amistad con un hombre famoso—, ¿Cuál es tu seudónimo?

Adam vio que Serena se esforzaba por controlar la risa.

—No utilizo seudónimo.

— ¿En serio? —por un momento, la confianza de Caroline en sí misma desapareció—. Discúlpame, Adam, pero casi nunca tengo tiempo para leer. Vivo ocupada en la granja, ¿comprendes?

— ¿También eres granjera? —replicó con fingida seriedad, al ver de nuevo el rostro de Serena.

—Sí, las tierras de mi padre y de John limitan entre sí —y en tonces se volvió sonriente a John—. Juntas, sería la propiedad más grande del condado.

Entonces, John se ruborizó y Serena se lanzó al rescate.

—Se hace tarde, John —le recordó— Quizá sea mejor que nos marchemos.

Él no pudo responder, ya que Caroline intervino de nuevo.

—Espero que no te moleste, encanto, pero John ofreció llevarme a casa, pues compré un lindo caballo en la subasta de granjas.

— ¿No irán muy apretados en este vehículo? —preguntó Adam. No le agradaba la forma en que esa mujer le hablaba a Serena, pero Caroline no comprendió el sarcasmo de su frase.

—Caro también compró un transporte para caballos en la subasta —explicó John y miró arrepentido a Serena—. ¿No te importa que nos desviemos un poco, cariño?

—Serena puede regresar conmigo —Adam aprovechó la oportunidad.

—Bien, si no es problema —murmuró John.

—No seas tonto, John... viven en la misma casa, ¿no es cierto? —intervino Caroline.

—Bien, ¿estás segura de que no te molesta, Serena? —inquirió el joven, abatido.

Ella negó con la cabeza y Adam pensó que quizá estaba controlándose para no actuar de manera extraña ante John, rechazando su ofrecimiento. Bien, no se arriesgaría.

—Entonces, ¿nos vamos, princesa?

— ¿Por qué la llamas así? —inquirió Caroline con curiosidad, y recordó haberlos visto juntos antes que John tocara el claxon.

—Por cariño, ¿no es cierto, pequeña? —rodeó la cintura de Serena, esperando que no hiciera una escena. Y tuvo razón, pero el corazón que latía con violencia en el pecho de la chica le comunicaba que estaba enfurecida por su gesto.

—Es tan dulce ver tanto afecto entre primos, yo odio a casi todos los míos —comentó Caroline—, ¿No lo crees, John?

—No lo somos en realidad... me refiero a ser primos. Bien, aunque quizá somos muy cariñosos —replicó Adam, tomando ventaja de la situación.

—Creí que nos iríamos ahora —repuso Serena, controlando su enfado.

Adam evitó que John estuviera solo con Serena mientras la escoltaba al auto, y tan pronto como dio un portazo, se alejó con rapidez, dejando al pobre chico en la compañía desagradable de Caroline Stamford.

Los primeros cinco kilómetros del viaje transcurrieron en silencio. Entonces él rompió la tensión.

—John es un chico muy accesible.

— ¿Accesible sustituye a débil? —replicó Serena, molesta.

—Eres demasiado rápida para mí, princesa —repuso Adam con tranquilidad—. No sé cómo logra John mantener tu paso.

—Yo no... —se interrumpió.

— ¿Tú no, qué, Serena? —la miró de reojo.

— ¡Si eres tan listo, dímelo!

Adam redujo la velocidad del auto.

—Creo que estabas a punto de decirme que no usas toda tu inteligencia ya que sabes que John no puede comprenderte del todo —ella permaneció en silencio—. ¿Crees que estarás felizmente casada con alguien con quien no puedes utilizar tu intelecto, por temor a hacerlo sentirse inferior?

—Además, también eres experto en cuestiones matrimoniales.

—No, simplemente he vivido un poco más que tú —respondió con paciencia—. Imagina lo que sucederá cuando tengan su primera discusión.

—No discutimos.

— ¡Qué aburrido!

—Ridículo.

Guardaron silencio durante varios minutos, Serena absorta en sus pensamientos.

Entonces ella preguntó con tono tranquilo, sorprendiéndolo.

— ¿A qué te referías al hablar de una discusión?

—A nada, princesa.

—Quiero una respuesta —insistió.

Adam no podía continuar conduciendo y contemplando el hermoso rostro de Serena, vuelto hacia él. La decisión era sencilla. Se detuvo a la vera del camino.

Apagó el motor y se volvió. Ella le prestaba toda su atención, y Adam se preguntaba si sería debido a que él había despertado alguna duda.

Luchó por encontrar un tono impersonal e inofensivo.

—Yo diría que eres más inteligente que John, y esto será aparente cada vez que discutan por algo... es inevitable en el mejor de los matrimonios, y a pesar de nuestros problemas para relacionarnos, creo que tienes una gran ira encerrada en tu interior—parecía a punto de negar, por lo que continuó con

rapidez—: Eso aparece en tus pinturas, princesa. Y si no aprendes a ofrecer la otra mejilla, terminarás por destruir a la otra persona. ¿Piensas que John podría vivir con eso?

— ¿Por qué tu súbita inquietud por John? —tenía sospechas.

—No es por él, sino por ti, pequeña —replicó con suavidad—. Una de las primeras respuestas de un hombre al encontrarse ante una mujer superior a él en inteligencia, es la violencia física. Es una forma primitiva pero efectiva para restablecer el dominio del hombre.

— ¡Tonterías! — protestó, indignada—, al menos en lo que concierne a John.

—Es posible, pero en ocasiones, princesa, cuando estoy a punto de golpearte, me controlo y recurro a la venganza verbal. ¿Qué hará el pobre de John cuando lo hayas lastimado? —le recordó su dureza cuando enfurecía.

Serena bajó con lentitud la mirada.

—Eso no sucede con John.

Adam, tomando su barbilla, la hizo mirarlo a los ojos.

—Entonces, ¿cómo es tu relación con John, Serena?

—Es... es... —buscaba la palabra adecuada—, pacífica.

— ¡Pacífica! —repitió él con incredulidad y desdén—, ¡Te fascina hacer sufrir a un hombre, Serena Templeton, y ahora dices que quieres paz!

—Sí. Sí, la quiero. El me hace sentir normal... ordinaria.

Hubo silencio cuando escapó esa palabra de sus labios, y mientras ella se sentía avergonzada, Adam la miraba con lástima.

—Oh, princesa —gimió, apoyando con gentileza una mano en su hombro —, tú nunca serás ordinaria. Eres hielo y fuego, dotada de talento, y tratar de ocultarlo es una locura.

Quizá fue esa palabra lo que causó qué Serena, enfurecida, descendiera del auto y se alejara caminando, pero Adam, más rápido, la alcanzó antes de diez metros.

— ¿A dónde rayos piensas que vas? —su tono rudo se debía a la sorpresa de su súbita reacción, y por el hecho de que ella continuaba caminando como si no lo hubiera visto—, ¡Vuelve al auto!

—Voy a casa —respondió sin detenerse—. Los locos pueden ser peligrosos en un vehículo en movimiento.

Era el colmo. Adam la detuvo y rodeó su cintura, quedando sus rostros muy cerca uno del otro.

— ¡Ahora, escúchame muy bien! Usa los oídos y todo el cerebro que desperdicias al pensar en ese granjero —la apretó contra sí, y ella parecía sorprendida por el enojo en su voz—. Estoy harto de que todo lo que digo sea interpretado mal, de tal forma que coincida con mi personalidad de villano, y no me pasaré el resto de la vida evitando con desesperación lastimarte, cuando tú no detienes la mordacidad de tu lengua para herirme. Soy humano, niña, no una criatura con sangre fría o un mártir, y debo ser una cosa o la otra para poder soportarte. ¿Lo comprendes? —demandó Adam.

Comprendía y se sorprendía del dolor de su acusación.

Sin evitarlo, Serena sintió que las lágrimas rodaban por sus mejillas, y eran las lágrimas de una chiquilla que pedía perdón por haberse portado mal. Para Adam, era demasiado doloroso ver la tristeza que había causado en aquellos adorables ojos, y abrazándola, ella hundió el rostro en su hombro, para que así no viera el efecto que había causado con su frustración e ira. Los sollozos ahogados en su chaqueta le provocaron un nudo en la garganta, pero aun así, deseaba mantenerla abrazada para siempre.

Pero Serena quería hablar cuando terminó de llorar. Limpiando sus ojos con el dorso de su mano, agradeció el pañuelo que le ofreció Adam. Sin embargo, olvidó sus palabras al ver la preocupación y ternura del hombre a su lado.

— ¿Me ha salido otra cabeza después de afeitarme esta mañana? —preguntó Adam y Serena sonrió con timidez. Era la sonrisa más hermosa que él había visto en su vida. Necesitaba saber la verdad, pero habló con suavidad — ¿Aún me odias?

Serena negó con la cabeza, y comprendió que si no hablaba ahora, nunca tendría el valor para hacerlo.

—Ella me mintió, me dijo que me encerrarías. Y después, cuando regresaste, te confundí con ella... —balbuceaba con poca claridad.

—Está bien, princesa, comprendo —no quería presionarla, ya que podría perder el precioso terreno que había ganado. Rodeando sus hombros añadió —. Vamos a casa.

Ella dudó un instante y después de darle un apretón lleno de ternura, la acompañó al asiento del pasajero. Cuando Adam estuvo en su sitio, la chica a su lado parecía ausente.

— Abróchate el cinturón de seguridad, princesa.

Ella reaccionó en ese momento y lo sorprendió al preguntar:

— ¿Por qué ya no quieres saber nada sobre Andrea? —Y como él permaneció en silencio, murmuró, desencantada—: No importa.

—No das muchas oportunidades a la gente, Serena —reprendió con suavidad—, ¿Estás segura de que quieres hablar de eso? — estaba tensa, pero asintió—. La semana pasada, visité a Simón Clark y él me contó detalles del comportamiento de Andrea contigo.

— ¡Cuántas mentiras! —gimió Serena—, Apuesto a que te parecieron divertidas. Tu querida tía era una malvada con los niños...

—Ella estaba triste y enferma. Y quizá los motivos que tuvo para lastimarte eran ridículos. Pero nada de lo que le dijiste a Clark me hizo reír.

—Tú lo creíste —murmuró con incrédula sorpresa.

—Era la verdad —repuso convencido, y añadió casi con tono casual—: ¿Por qué no habría de creerlo?

—Simón no lo creyó. Dijo que era implausible... —se ruborizó, avergonzada.

— ¿Leíste su informe? —adivinó Adam.

—Lo dejó por allí —se defendió—, y hablaba de mí.

Adam rió.

—Pobre de Clark, me sorprende que no hubiera abandonado su profesión después de haber sido manipulado por su paciente, esperando que mordiera el anzuelo, cuando tú, en cinco minutos, descubriste todo su trabajo de doce meses, y después te bloqueaste de inmediato.

Se arriesgaba al hablar con tanta tranquilidad de un tema delicado, pero consideró que necesitaba hacerlo así.

Provocó una sonrisa en Serena, y después un mohín de disgusto.

—En ocasiones era demasiado tonto y obvio.

—Bien, si te sirve de consuelo, él quería venir a disculparse por su error.

—No —era definitivo, y al verlo arquear las cejas, añadió con desdén—: Fui mala con él, y quizá no le di muchas oportunidades para ayudarme, pero no quiero volver a verlo... ¡por favor!

No podía ver sus ojos, pero Adam presentía que estaba avergonzada por haber engañado al joven psiquiatra y humillada por haber necesitado su ayuda.

—No es necesario que lo veas —afirmó con rapidez—. Le escribiré una carta si lo prefieres.

—Si lo hicieras, te estaría... agradecida.

—Será mejor que nos pongamos en marcha, antes que mamá piense que la hemos abandonado para la cena esta noche.

—He sido muy infantil, ¿no es cierto?

Él sonrió.

—Tú tienes veinte años, princesa. ¿Cuál es mi excusa?

Meditó en esto un momento y entonces sugirió:

— ¿Provocación? —y rió al ver su desconcierto, sus ojos azules brillaban con malicia.

No sabía cuánto poder tenía, pensó Adam, controlando el deseo urgente que lo impulsaba a besar su boca. Sería una estupidez, ya que su confianza en él era tan frágil como el cristal.

Se concentró en llegar lo antes posible a casa, y estar rodeados por otras personas, mientras Serena miraba a través de la ventanilla, sus pensamientos reflejados en su rostro.

Cuando se detuvieron ante la puerta principal, Adam preguntó:

— ¿Me invitas a cenar? —y contuvo el aliento, en espera de su respuesta.

Esta fue lenta e indirecta, y así serían sus relaciones en el futuro.

—Iré a decírselo a la señora Baker —ofreció ella con gran cortesía, antes de apearse del auto con rapidez.

Capítulo 9

DOS meses más tarde, Serena comenzó a aceptar las invitaciones de

Adam, considerándolas una justa penitencia por haberlo juzgado mal.

Salían a cabalgar juntos y él nunca la tocaba. La llevó a visitar todas las galerías de arte de Londres, y le dio unas interesantes lecciones de historia de la pintura, con un suave toque humorístico. Cuando ella estaba a punto de estropear un día perfecto, comentando que no necesitaba un padre sustituto, él tranquilizaba sus malestares e inquietudes, ofreciéndole que hiciera la crítica de los primeros capítulos de su novela más reciente.

Serena siempre se negaba a aceptar su ofrecimiento, y una noche, Adam dejó caer el manuscrito sobre su regazo, después de la cena. La noche siguiente, escuchó con interés su opinión, la cual ya no era tan imparcial, puesto que Serena se esforzaba por no enfadarlo, y rió divertido cuando le dijo que le faltaba el rasgo agudo que hacía que sus personajes fueran altivos.

La llevó a cenar un par de veces, y al teatro, pero siempre acompañados por Nancy. Y los tres pasaban el fin de semana en Londres; todo era muy agradable, excepto un sábado por la tarde, cuando las dos mujeres salieron de compras, y Serena tuvo que aparentar alegría, mientras se preguntaba adonde había ido Adam, después de dejarlas en Old Brompton Road. Pero esa noche, él compensó su inquietud, llevándolas al teatro a presenciar una obra escrita por el amigo a quien había visitado esa misma tarde.

Serena estaba descuidando a John. Olvidaba sus citas para cenar, y casi no se veían. En una ocasión, la situación fue muy embarazosa. Adam había regresado de un viaje de negocios y John apareció ante su puerta, con su mejor traje, y cuando Serena salió a recibirlo, tenía puesta una sucia bata de pintura. Mientras los Carmichael lo atendían, ella se cambió en unos segundos. Y al ver que Adam hacía el papel del perfecto anfitrión, se sintió convencida de que cualquier interés que hubiera tenido en ella, había sido aniquilado al saber las cosas que le había hecho su tía, y que lo que había imaginado como celos contra John, era tan sólo su forma de demostrarle lo que Serena ahora reconocía como un hecho: el matrimonio con John Saxon sería un terrible desastre, para ambos.

Desde el día de la subasta, Serena comenzó a comprender lo que Adam intentaba hacer... estaba compensándola por los malos tratos de su tía, y al ser su guardián, trataba de convertirse en su amigo, confidente, o lo que ella quisiera. Ella había accedido a contarle algunos de sus terribles recuerdos, y él la ayudaba a tranquilizarse, haciéndola ver a Andrea como a una enferma o como a una mujer atacada por los celos, los cuales descargaba en una niña demasiado parecida a su madre y muy amada por su padre.

Pero apareció entonces un nuevo temor... que un día despertaría, y vestida con su atuendo de amazona, bajaría corriendo para descubrir que Relámpago Blanco ya no tenía dueño porque Adam se había marchado lejos. Debía esperar que sucediera; Nancy le había dicho que nunca pasaba todo el verano en Inglaterra, y que con frecuencia permanecía muchos meses en el país que en ese momento le llamara la atención.

En cierta forma, era una tontería, ya que el hombre que ahora conocía tan

bien, nunca se iría sin despedirse... pero muy pronto dejaría de ser su guardián.

Llegó el fin de cursos en la escuela y al pensar que al final del verano Adam se marcharía, su desesperación aumentó:

Vació su casillero, y cargada de libros y carpetas, salió con las otras chicas, y quedó paralizada. Adam estaba reclinado contra su auto, esperándola.

— ¡Vaya, qué coche tan fabuloso! —exclamó una chica.

—Qué hombre tan fabuloso, querrás decir —dijo otra—. Me gustaría recibirlo como regalo de cumpleaños... y sin envoltura.

— ¿Quién es? —preguntó una tercera.

—Es mi primo —respondió Serena antes de escuchar más, y muy ruborizada por su tono cortante, se despidió con rapidez de las otras.

— ¡Cuéntame otra historia! —gritó Cathy, cuando casi corría a encontrarse con Adam, y todas las chicas comenzaron a reír, lo cual hizo que Serena se sintiera molesta con él por lo atractivo que era.

Serena ya no estaba feliz cuando llegó a su lado, y aunque él la ayudó a desembarazarse de las cosas que ocupaban sus brazos, tampoco parecía muy contento.

Esta impresión se confirmó al verlo cerrar con fuerza la tapa del cofre, y abrocharse con violencia el cinturón de seguridad. Por esto, Serena comentó con irritación:

—No tenías que venir. Pude haber tomado el tren.

—Quería venir —replicó él, pero su rostro tenso implicaba algo más.

Serena se arrepintió de inmediato. Había estado preocupada todo el día, pensando en que se iría cuando aún lo necesitaba.

—Lo siento. Gracias por venir, Adam —y al verlo sonreír, sintió que el sol volvía a brillar.

—Es mi culpa —murmuró Adam, también arrepentido—. No me gusta que se rían de mí, en especial cuando conozco el motivo.

—A mí tampoco me gustó —aclaró Serena de inmediato—. ¿Y qué imaginas que estaban diciendo?

—Es tu papá o algo por el estilo.

Serena no pudo evitar reír.

—Es absurdo, Cathy piensa... —y se interrumpió entre risas.

— ¿Qué es lo que piensa Cathy?

—Ella piensa — continuó Serena, tratando de hablar con seriedad—, que le gustaría que fueras su regalo de cumpleaños, pero que prefiere que no estés envuelto. Y créeme, ¡son palabras muy corteses en Cathy! —esperaba verlo tranquilizarse, pero sucedió lo contrario—. Quiso decir que...

—Sé lo que quiso decir.

El cambio de Adam fue súbito e inesperado, al tiempo que elevaba una mano para apartar los mechones rubios de su frente.

—No estoy molesto contigo, princesa. Y tienes razón, soy un absurdo. Lo único importante es lo que tú pienses.

Serena enmudeció y después de sentir que acariciaba con suavidad su mejilla, Adam encendió el motor. Así era mejor, porque cuando la miraba con aquellos ojos tiernos y una sonrisa, no lograba pensar con claridad, y no quería hacerlo sentirse avergonzado...

Pronto llegaron a la mansión.

La dejó ante la puerta, y Serena fue a buscar a Nancy. Las mujeres casi chocan en el recibidor.

—Llegas temprano —Nancy no lograba salir de su asombro.

—Sí, Adam fue a recogerme a la escuela. Tenía muchas cosas— Y él... — pero se interrumpió al percatarse de que la mujer mayor no estaba sola.

Más tarde, comenzó a preguntarse cómo había descubierto la identidad de la extraña antes que hablara.

La pelirroja se levantó y con la mirada estudió a Serena.

—Serena, esta es... una amiga de Adam, Julia.

Julia, rió.

—Tú debes ser la primita de Adam. ¿Cómo estás, cariño?

La mujer le hablaba como si ella fuera una menor tonta y al contemplarla, enmudecida, confirmó sus sospechas.

— ¿En dónde está Adam? —inquirió Nancy.

Serena reaccionó de inmediato.

—En la cochera.

La única que estaba tranquila era Julia.

— Ven a sentarte conmigo en el sofá, cariño, mientras Nancy le da la noticia de mi llegada a Adam.

Eso fue lo que hizo que Nancy dejara a Serena sola en la habitación con Julia... necesitaba prevenir a Adam. Porque, a pesar de que su hijo era imprevisible, estaba segura de que su reacción no sería muy agradable al descubrir el regreso de Julia.

— ¿Y Adam te llevó a dar un paseíto en su coche, cariño? —continuó Julia con tono desdeñoso.

—Creo que está en un error —respondió cortante—. Tengo todas mis facultades físicas, y mentales. Puedo leer, escribir, y contar hasta cien cuando me ofrecen un caramelo — le sorprendía su grosería, pero no le importaba. Y el dolor era insoportable, ya que sólo una persona pudo haberle dicho a esa mujer que tenía problemas mentales.

—Eso veo —replicó Julia al fin, enfrentando la penetrante mirada de la chica, cuyas facciones eran familiares, aunque no lograba saber por qué—, Adam te mencionaba con delicadeza y deduje que... —se interrumpió, reconociendo el hermoso rostro del retrato—. Es obvio que interpreté mal la situación.

Pero a Serena no le interesaba lo que Julia pensara, ya que sintió que su cariño por Adam renacía al escuchar que decía “delicado”, y cuando él irrumpió furioso en la habitación, se sintió feliz, ya que sus ojos la buscaron de forma instintiva.

Antes de poderlo evitar, Julia lo abrazó y lo besó en los labios.

—Querido, no estarás enfadado conmigo, ¿verdad? —y lo condenó ante Serena al mentir de forma deliberada—; ¡Y he regresado a Inglaterra tal como tú querías!

—Discúlpenme —murmuró Serena, incapaz de soportar más tiempo las demostraciones de Julia, y con los ojos cuajados de lágrimas, salió de la habitación, sin percatarse de los brazos que se extendían hacia ella.

La aguda risa de Julia impidió que Adam la siguiera.

—Es una criatura muy emocional... la prima loca. Es bonita, aunque demasiado pálida —Julia intentaba obtener una respuesta, y obtuvo más de lo esperado, ya que Adam se volvió a contemplarla con odio y furia.

— Tienes un minuto para decirme por qué estás aquí.

— Esa no es una agradable bienvenida, querido Adam —repuso con fingida dulzura—. Gerry me dijo que estabas viviendo aquí y pensé... bien, la ausencia aumenta el amor y todo eso.

Esa mujer era verdaderamente increíble en su descaro.

— ¿En dónde está Melvin? —Julia arqueó las bien cuidadas cejas y Adam añadió con desdén—: El gordo y rico productor con quien te casaste.

— Oh... ese Melvin. Cada día se vuelve más gordo y rico en Londres rió con malicia—, mientras yo visito a mi pobre madre enferma en Yorkshire.

Adam sabía que Julia estaba aburrida y buscaba algún entretenimiento.

— Bien, tu madre enferma acaba de recuperarse — dijo con firmeza—, y está a punto de conducirte a la estación. ¿En dónde están tus cosas?

—¡Qué crueldad! Y he venido hasta este horrible lugar para que me recibas de esta forma —gimió Julia con provocación y se sentó de nuevo para tomar un cigarrillo—. Pensé que te gustaría tener un poco de diversión, querido.

—Julia, parece que no he sido claro. Te irás. Esta noche. ¡Ahora mismo! —exclamó— No necesito diversión, al menos, ninguna que tú puedas darme.

Al fin comprendió que Adam la rechazaba.

— Oh, entiendo —siseó, dejando caer la ceniza en la alfombra—. Es esa dulce chiquilla.

— ¡Julia!

—Corruptor de menores. Tienes la edad adecuada para eso —replicó con sarcasmo, entrecerrando los ojos— Pero no puedo imaginar que esa muchachita te divierta por mucho tiempo en la cama.

Estaba acostumbrado a su malicia, pero era intolerable al referirse a Serena.

—Cállate — gritó fúrioso—. ¡No metas a Serena en esto!

— ¡Qué conmovedor! Me pregunto si el objeto de tu amor te corresponde —sonrió con ironía, sabiendo que al estar Nancy en casa, estaba a salvo de la ira que brillaba en sus ojos grises.

Adam le había dado armas para atacarlo, pero no negaría su amor como si estuviera avergonzado de ello.

— ¿Qué le dijiste?

—Nada que no fuera adecuado para los oídos de una niña —recordó cosas que había olvidado cuando se sintió aburrida de Londres y Melvin, de su indiferencia en América y antes—. Aunque debo reconocer que se sintió indignada cuando pensó que la consideraba una tonta.

La furia de Adam se convirtió en desesperación al imaginar la expresión de Serena por el malentendido que nunca aclaró. Olvidando a Julia, se dirigió al gabinete de bebidas, y se sirvió una copa que vació de un trago.

Pero Julia no se dejó vencer; se puso a su lado en el momento de volver a llenar su copa y dijo:

—Veo que continúas bebiendo.

Adam recordó su año en Hollywood y sintió asco por el licor.

— Te llevaré a Leeds —murmuró con frialdad, apartando la mano que se posó en su manga.

—Como si fuera un estorbo. Me pregunto qué pensaría la niña de un comportamiento tan poco civilizado —su rostro reflejaba gran malicia—. Casi parece que tuvieras miedo de tenerme en la casa.

Adam comprendió la insinuación: si se deshacía de Julia, parecería que aún sentía algo por ella, y nadie creería que sólo era desprecio... y Julia estaba decidida a no dejarse insultar.

—Podrás quedarte una noche, pero te irás mañana temprano.

—Sabía que entenderías mi punto de vista, cariño —se burló de su debilidad con una sarcástica sonrisa—. No debes dar la impresión de que aún me deseas... a nadie.

—La cena se sirve a las ocho —replicó con tensión. Sería una larga velada, y por primera vez, deseó que Serena hubiera hecho una cita con John Saxon.

—Debo ir a cambiarme, querido. Tu madre ya me asignó habitación.

Con seguridad, Nancy se sintió acorralada por el descaro de Julia. Al fin, preguntó con gran incredulidad:

— ¿En realidad pensaste que te recibiría con los brazos abiertos?

— No de forma permanente —aceptó Julia y continuó, aproximándosele— Pero en un aspecto, solíamos congeniar muy bien.

—Mi memoria no es tan buena —repuso cortante, después de rechazarla con firmeza. Nunca la amó, y ahora le parecía increíble que alguna vez se hubiera sentido atraído por ella.

—Eso lo veremos —declaró ella amenazadora y salió.

Él no tenía duda de que Julia causaría problemas, y rezó porque su madre estuviera con Serena, convenciéndola para que saliera esa noche. Había visto su angustia y las lágrimas que inundaban sus ojos... ¡y Julia sólo había estado con ella diez minutos!

NANCY deseaba que la cena terminara rápido y miró con nerviosismo a los otros ocupantes de la habitación, como si hubiera una bomba de tiempo a punto de estallar.

Era sorprendente el contraste de las dos mujeres en la vida de su hijo. Julia vestía un llamativo vestido con profundo escote, inadecuado para la ocasión Y Serena, insistió en cenar en la casa, y ahora parecía haber elegido su atuendo con el firme propósito de parecer indescriptible... enfatizó su falta de sofisticación con una sencilla blusa blanca y unos pantalones de terciopelo rojo, un poco desgastados, culminando con una perfecta trenza dorada.

Después de fallar en sus intentos por llamar la atención, Adam actuó con indiferencia, ignorando por completo a Julia. Nancy tuvo que actuar como anfitriona, y al llegar los postres, pareció que la cena terminaría sin ninguna demostración explosiva en aquella electrizante atmósfera.

— ¿Cuántos años tienes, cariñito? —preguntó Julia de súbito, dirigiéndose a Serena por primera vez.

Serena se volvió, sorprendida por la forma abrupta en que fue incluida en la charla.

— Cumpliré veintiún años —respondió sin entusiasmo.

—Pareces más... joven. ¿No es cierto, Adam, querido? —Y sin permitirle responder, añadió—: ¿Y tienes trabajo? Tantas chicas tienen empleos hoy en día — parecía despreciar la idea.

— Estoy en la universidad... —logró responder antes de ser interrumpida.

— ¡Oh, qué interesante! ¿Y qué estudias? No, no me lo digas. Déjame adivinar —meditó en silencio, contemplando con atención a la chica—. Ya sé... arte doméstico. Es tan útil... es una cualidad que muchos hombres consideran casi tan importante como la belleza... o, al menos, como una compensación por la falta de ésta.

— Vamos, Julia, ¿es necesario que fastidies tanto a mí... protegida? — intervino Adam, esforzándose por cambiar el tema.

— ¿Protegida? —Julia rió con sarcasmo—. Bien, ¡ésa es una nueva palabra para describir esto, querido!

Nancy pretendía intervenir, negando la sucia insinuación de la mujer, pero Adam negó con mucha suavidad con la cabeza. Entonces Serena intervino, ya que la timidez no era una de sus características.

— ¿Qué quiere decir con eso, señora? Me temo que no estoy acostumbrada a las sofisticadas charlas de cosas triviales.

—Oh, cariñito eres tan inocente —repuso Julia con voz ronca. Pero creo que con las expertas enseñanzas de Adam, eso será corregido en muy poco tiempo.

—Supongo que era demasiado esperar que te comportaras con educación durante una noche —replicó Adam, perdiendo toda esperanza de evitar una escena.

—Viniendo de ti, es muy gracioso, querido. Me pregunto si la querida niña ha tenido el dudoso placer de tu compañía cuando estás en uno de tus arrebatos alcohólicos. Quizá debamos comparar experiencias como amantes, la actual y la anterior... —Julia se interrumpió, complacida por sacar a Adam de su aparente indiferencia.

Logró su propósito cuando vio que la copa de vino con que jugueteaba voló de su mano y vio con azoro la mano que se elevaba, dispuesta a golpearla. Pero la acción se detuvo, no por Nancy, sino por la forma abrupta en que Serena se levantó y corrió hacia la puerta, con expresión de profundo dolor.

Adam estaba dividido entre el deseo de lanzar a Julia de la mansión y seguir a Serena. Pero no tuvo que tomar una decisión.

—Tengo miedo. Ve a buscarla, Adam —suplicó su madre con ansiedad.

Adam ignoró el sarcástico comentario de Julia y subió corriendo la escalera, confiado en que encontraría a Serena, llorando sobre su cama; pero el dormitorio estaba vacío. Por la ventana, descubrió en pocos segundos la luz que se encendió en la oscuridad, y salió a los prados por la puerta trasera, rumbo al estudio.

Ella estaba ante la vieja mesa de madera, rompiendo con furia y desesperación sus dibujos.

— ¡Por Dios, detente, princesa! —exclamó con una súplica. Rescató los dibujos restantes de sus febriles manos y los dejó caer sobre la mesa... entonces, quedó sorprendido por un instante al reconocer sus facciones en el papel.

Serena, llorando, se lanzó a atacarlo, golpeándole el pecho.

— ¡Te odio! ¡Te odio, Adam Carmichael!

El atrapó sus muñecas, pero Serena comenzó a lanzar puntapiés con gran certeza. Rodeando su cintura, Adam la levantó en vilo ya que ésa era la única forma de terminar con el ataque.

— ¡Bájame! —ordenó con toda la dignidad de que era capaz, pero forcejeaba tanto que corrían el peligro de caer ambos al suelo.

La llevó al viejo sillón en un rincón del estudio, y la colocó con suavidad sobre él, haciendo lo mismo al tiempo que la chica intentaba escapar.

—Cálmate —suplicó y ella se puso rígida—. No voy a lastimarte.

Serena comenzó a reír de forma histérica, rompió en llanto y se lanzó a sus brazos, hundiendo el rostro en el pecho masculino. Adam experimentó una intensa alegría al sentir que buscaba consuelo en sus brazos, y también tristeza por haberle causado tanto dolor. Quería llorar y reír, pero guardó silencio, inmóvil, hasta que el llanto de la joven cesó.

Serena se sonó y controló nuevas lágrimas al sentir su abrazo y su consolador arrullo.

— ¿Aún me odias? —Adam le besó la frente.

Ella negó con la cabeza, pero al hablar, su voz era ronca y feroz.

— ¡Pero la odio a ella!

Adam compartía su emoción, sin embargo controló su furia.

—Escucha, princesa... como quizá ya sabes, Julia fue mi amante, una vez. No nos despedimos en buenos términos y, por desgracia, te eligió como la forma para vengarse de mí. Pero no es nada personal... fue una loca acusación que ni siquiera ella misma cree.

Pero su respuesta lo tomó por sorpresa.

—Tú eres como ella... piensas que soy demasiado joven y tonta para saber qué sucede —había una mezcla de enojo y tristeza en su voz, y Adam no intentó detenerla cuando escapó de sus brazos.

Con movimientos rápidos recogió los papeles que había tirado en el suelo, los colocó sobre la mesa y se aferró del borde de ésta con las dos manos, inclinando la cabeza. No se volvió cuando Adam se acercó, ni rechazó las manos que sujetaron con suavidad sus hombros.

— Quiso hacerme parecer torpe e infantil ante ti —murmuró Serena con rencor—, y lo logró.

—Oh, pequeña... —gimió Adam y fue lo peor que pudo decir.

—¡Deja de tratarme como a una niña! —se puso tensa—. Ella quiere recuperarte, ¿no es cierto? Que te vayas con ella.

Adam respondió a sus preguntas con franqueza.

—No, está casada con un productor de cine de Hollywood.

Ella se volvió y lo miró con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿por qué vino a verte?

— ¿Quién lo sabe? —suspiró. No quería hablar de su pasado con Serena, pero su evasiva no la desarmó.

— ¿Aún la amas? —Y al no escuchar una respuesta inmediata, añadió en tono de disculpa—: Lo lamento, no tenía derecho a preguntarte eso. No es asunto mío.

— Insistes en no darle oportunidades a la gente, princesa —deslizó un dedo sobre su arrugado ceño—. No sigo enamorado de ella, porque nunca la amé. Como te has percatado, no es una persona adorable.

—Viviste con ella —afirmó Serena.

Adam volvió a enfrentarse con la contradictoria certeza de la juventud, pero ahora no evitó el tema.

—Julia es una herniosa mujer a quien conocí en una fiesta hace tres años. Tuvimos una relación adulta, basada en el beneficio mutuo sin las complicaciones del amor. Esto estaba por acabar cuando me fui a Estados Unidos, pero ella me siguió porque había terminado con todo el dinero del arreglo de su primer divorcio —Serena escuchaba, mas él no estaba seguro de que lo comprendiera. Pero Adam anticipó su siguiente pregunta—. En esa época, mi autoestima estaba muy devaluada. Me hundía en el fango y no me importó entonces el desembarazarme de Julia.

Serena continuaba contemplándolo y él se preguntó si Serena estaría buscando otros signos de debilidad al preguntar con tono grave:

—Pero ya estás comenzando a recuperarte de nuevo, ¿no es cierto, Adam?

Aún no lograba comprender la misteriosa personalidad de Serena Templeton, pero un destello de esperanza había aparecido en las últimas semanas.

—Sí, supongo que es cierto —sonrió, pero ella parecía más bien pensativa que enojada cuando volcó su atención en intentar unir las dos mitades del

dibujo que tenía frente a sí—, ¿En realidad parezco tan severo?

—Bueno, a veces, cuando no te das cuenta de que alguien te está observando —murmuró.

— ¿Y después?

Rebuscó entre los dibujos y extrajo otro, comentando.

—Eres confiado. Seguro de ti.

—Debo cuidar mi imagen —murmuró con desdén, recordando su gran inseguridad al tratarse de la chica que estaba cerca de él—, ¿Y cuando estoy mirándote, princesa?... ¿Es así? —señaló un dibujo donde sonreía, sus ojos brillaban por el amor que sentía por la artista. Serena asintió. Era extraño que pudiera atrapar sus emociones en un papel, mas no interpretarlas—. ¿Sabes? tienes talento. Un día los ricos y famosos esperarán en fila para ser inmortalizados por tu arte. Quizá deba pagarte si haces mi retrato.

—No seas tonto —replicó avergonzada por haberle descubierto los dibujos que había hecho en secreto.

—Quizá podría darte otra a cambio.

— ¿Una pintura? —se volvió, frunciendo el ceño.

—Sí. Compré una muy hermosa en una subasta hace poco...

— ¡Pero pagaste mucho por ella! —exclamó, asombrada.

—La compré para ti... como un regalo de despedida... pero ahora... —su rostro ensombreció. No podía pensar en marcharse mientras ella aún estuviera allí. Acariciando su mejilla con el dorso de la mano, añadió con voz suave—: Era para recordarte tu infancia en Italia. Los años dorados, como los llamaste, con tu padre y tu madre. Debe ser tuya.

Pero Serena no escuchó ni una sola palabra después de "regalo de despedida".

— ¿Quieres?... —dudó, pero al verlo sonreír, se forzó a continuar— ¿Te gustaría poseerme?

Su pregunta directa despertó la furia de Adam.

— ¿Es así como recompensas la gentileza de un hombre, o piensas que necesito comprar a una mujer para meterla en mi cama? —deseoso de adorar a esa chica por el resto de su vida, se sintió destrozado por el casual ofrecimiento de una relación pasajera.

—No, eso no es... —no pudo continuar, enmudecida por la aterradora expresión de Adam.

— ¿Sugieres que confirmemos las sórdidas insinuaciones de Julia? —urgió con voz entrecortada—, ¿O acaso se trata de una de tus crueles pruebas?

—Estás tergiversando las cosas — gimió—, Pensé...

— ¡Pensaste que me gustaba seducir chiquillas, sólo por diversión! —gritó perdiendo la razón—. Nada ha cambiado, ¿no es cierto? ¡Quizá sea mejor que defienda mi reputación!

Deseaba castigarla por el dolor que con tanta facilidad le causaba, pero la dulzura de su boca despertó su deseo. Se apartó un instante, para contemplar su hermosura. Sus labios temblaban y sus ojos hacían una sensual invitación.

Él la aceptó, y la boca de Serena respondió con una fiera pasión y deseo, como si hubieran hecho el amor mil veces. Adam sintió que los botones de su blusa cedían a sus dedos, y necesitó abrirla más para acariciar aquellos senos alabastrinos. Un gemido escapó de la garganta de ella al sentir que los dedos masculinos jugueteaban con sus capullos rosa. Al atraerla más hacia sí, sintió que todo su cuerpo se excitaba con su contacto; esta muchacha no necesitaba lecciones sobre cómo estimular a un hombre. Pero su conciencia se rebeló al sentir que el deseo se apoderaba de él y Adam la apartó con violencia.

La mirada de Serena, cargada de incredulidad era estremecedora. Su respiración, agitada y superficial, casi lo hacía olvidar su orgullo.

—No comprendo — parecía la súplica de una niña ante la injusticia del mundo de los adultos, y provocó una respuesta de Adam.

—Es muy simple. No le hago el amor a las niñas y no tengo intenciones… —anunció, despreciándose por su debilidad... esa debilidad que siempre lo invadiría cuando se tratara de ella. Para Adam, la pasión de Serena indicaba un despertar sexual que no había existido en su primer beso; se torturaba con la imagen de la mujer que amaba, respondiendo a la pasión de otro hembre— ¡Vete a la cama!

Horrorizada, Serena retrocedió, acusadora.

—Para ser un hombre tan listo, ¡puedes ser increíblemente estúpido!

Sin saber por qué dijo eso antes de huir, Adam estuvo de acuerdo. Su experiencia, más no su arrogancia, le decía que podría haberle hecho el amor allí, en el suelo del estudio. La deseaba, y comprendió que así había sido desde el primer día que regresó... pero sabía que amarla sólo una vez, sería peor.

Capítulo 10

A LAS ocho de la mañana, Adam conducía hacia Leeds con una taciturna Julia. El silencio no era debido a una demostración de vergüenza por su conducta, sino a una rara dosis de sentido común que la hacía retener su afilada lengua.

Ya había dicho suficiente. Al parecer, su amor por el drama no fue satisfecho con la escena creada durante la cena, y cuando Adam regresó de dar un largo paseo en la noche, rumiando su frustración, la encontró reclinada con languidez en la silla de su dormitorio, ataviada con un transparente camisón que casi dejaba al descubierto sus redondos senos, indicando con claridad sus intenciones. Pero las acentuó diciendo:

— Me encontré con la dulce chiquilla cuando emprendía una loca carrera hacia la escalera. Pero se detuvo el tiempo suficiente para decirme: “Es todo suyo”. Y bien, querido, acepté su ofrecimiento.

Su furia se convirtió en desdén, y Adam utilizó el lenguaje que las mujeres como Julia podían comprender.

Ella abandonó su seductora actitud.

— Vaya, ¡ahora creo que amas a la chica! —rió con malicia, divertida—. Y quizá ella no esté muy cuerda... pero tiene la suficiente claridad mental para saber que tú y ella... ¡bien, amorcito, es muy ridículo!

No le permitiría decir más, y su expresión la instó a huir hacia la puerta... pero sabía que había logrado envenenar su mente.

Con alivio, dio vuelta a la esquina de la estación de trenes, se detuvo en lugar prohibido, en su prisa por zafarse de Julia. Y tuvo suerte, el tren hacia Londres pronto partiría.

Las buenas costumbres lo movieron a llevar su equipaje al vagón de primera clase, pero una aguda afirmación le impidió marcharse.

—Bien, buena suerte con tu joven amiguita. Algo me dice que necesitarás, ¡después de nuestro pequeño encuentro anoche!

—No ocurrió nada entre nosotros.

—Bien, querido, tú y yo lo sabemos, pero...

— ¡Te mataré si le dijiste algo a Serena sobre eso! —habló en serio, sin importarle la sorprendida mirada de una ancianita que pasaba por el pasillo para ocupar su asiento.

—Después de tu desagradable prisa por sacarme de la casa, imposible que tuviera tiempo para decirle algo a nadie, ¿no lo crees? —repuso Julia con una intrigante sonrisa.

El silbato del conductor impidió que continuara interrogándola, pero pensó que los intentos de esa mujer por ser enigmática no debían ser tomados en serio; sin embargo no perdió tiempo en volver a Rippondale.

Su madre se volvió a mirarlo, fatigada cuando irrumpió con violencia en el salón; la tensión había sido excesiva para ella.

— ¿Se ha ido para siempre?

—Sí —respondió cortante—, ¿En dónde está Serena?

—Aún no ha bajado. Sospecho que necesita un buen descanso después de la cena de anoche —suspiró—, Y creo que tú también lo necesitas.

Pero Adam no le dio ninguna explicación por su alterado aspecto.

—Iré al estudio.

Dos horas más tarde, Adam llegó a la conclusión de que no podía concentrarse, ya que Serena no salía de su mente. Al dirigirse al establo, se volvió y descubrió que sus cortinas estaban corridas, y pensó que quizá había salido sin que él la viera.

Allá iban sus esperanzas de que sus largas vacaciones le permitieran aproximarse a ella, pensó al ensillar su caballo blanco para dar un paseo solo. Y ahora, él mismo se lastimó al imaginar que quizá se encontrara ahora en los brazos de Saxon, aliviando el dolor de su rechazo, como la última vez, cuando estuvo a punto de perder el control.

Galopó hasta la cima de la colina donde la besó por primera vez... y reconoció que era un sentimental. Al mirar sin ver el valle bajo sus pies, supo que llegaría el momento en que no sería útil para Serena. Quizá ya había ocurrido.

Era más del mediodía cuando galopó de regreso a la mansión y al ver el Mini detenido ante la entrada, le dio las riendas a Brocklehurst, quien había abandonado cualquier pretensión de ser jardinero. Ordenando que atendiera a su caballo, corrió hacia la puerta principal.

Presa del pánico, subió corriendo al dormitorio de Serena y sus temores se confirmaron. Los retratos de sus padres habían desaparecido, y ya no había cepillos o frascos de perfume sobre el tocador. Vio la cama destendida y al abrir el ropero vio que estaba vacío. Entonces descubrió su reflejo en el espejo interior... su rostro reflejaba toda la agonía que lo ahogaba.

Y esto fue lo primero que vio Nancy, exclamando sin aliento:

— ¡Se ha ido! —notó la derrota de su hijo reflejada en sus ojos. Estaba preparada para su explosión de ira, mas no para el desgarrador gemido que lanzó al desplomarse en la cama—. Parece que se marchó antes del amanecer, o al menos, eso dijo su compañera del colegio cuando trajo el coche. Escribió una nota... está dirigida a mí, pero creo que debes leerla —le entregó el papel —. No la comprendo toda... en especial la referencia que hace de ti.

Adam tuvo que leerla dos veces antes de poder comprender las palabras.

"*Querida Nancy.*

Espero que me perdones por hacer las cosas de esta forma, pero temía qué intentaras disuadirme y te he mantenido demasiado tiempo alejada de tu vida en Londres. No te preocupes... esto es algo que quiero hacer. Volar sola. Recorrer Europa y visitar todos los lugares con los que siempre he soñado. Muchos de mis amigos en la escuela lo hacen durante el verano.

Dile a Adam que gracias... su deuda ha sido cancelada. Escribiré pronto.

Serena".

La carta cayó al suelo, cuando él se llevó las manos a la cabeza, su cuerpo se estremecía con desesperación. Derrotado, confuso en su ira y dolor, su mente se llenaba de imágenes del hermoso rostro de Serena, y su voz hacía eco en su cabeza.

—Toma, bebe esto —Nancy le subió una copa de brandy y lo forzó a beber el ardiente líquido— Adam, Adam, te necesitamos... Serena y yo. ¡No nos dejes abandonadas!

El nombre de Serena lo hizo reaccionar y enfureció por su debilidad, al dejarse abatir poruña chica que entraba y salía de su vida con tanta facilidad.

—Esa chiquilla no me necesita. ¡Está hecha de hielo!

—No digas eso, hijo —suplicó Nancy, sentándose a su lado—. Tú la amas. No te desprecies por sentir amor, ni a ella por causarlo.

No pudo detenerlo cuando se levantó y caminó a la ventana, fingiendo concentrarse en el paisaje.

—Debes traerla, Adam —anunció su madre con suavidad, poniéndose a su lado.

Hubo un largo silencio antes que él pudiera responder con frialdad y desdén:

—Leíste su nota, mamá. Dice que mi deuda ha sido pagada —dijo

cortante, volviéndose para ir hacia la puerta.

Nancy lo siguió a su habitación, observándolo en silencio abrir y cerrar cajones, colocando una pila de ropa sobre la cama. ¡Eran demasiadas prendas para un breve viaje al extranjero!

—No irás a buscarla, ¿no es cierto?

El continuó haciendo su maleta y contestó:

—No, mamá, no me pidas eso.

—Tengo miedo, Adam, Es tan joven...

—Sobrevivirá. Es fuerte... tuvo que serlo —repuso, y sin saberlo, el respeto que sentía por Serena cobró fuerza. Recordaba todas las crueldades que había sufrido. Cuando descubría una sombra en sus ojos, sólo debía decirle: "Cuéntamelo", y ella obedecía, a veces con lágrimas, otras con furia. Una vez dijo que no permitiría que nadie se acercara lo suficiente para volver a lastimarla. Debió prestarle atención. Hablaba en serio.

— ¿Fue por Andrea? —inquirió Nancy—, Serena nunca ha hablado de ella en los últimos dos años. Al principio pensé que se debía a que la pérdida era muy reciente, pero al pasar el tiempo... bien, no era normal. Esperaba que me lo dijera algún día. No quería forzarla después que se apartó de Simón Clark. Pero te eligió, ¿verdad? —hizo una pausa, pero Adam no parecía dispuesto a revelar ningún secreto de Serena—, Lo comprendo. He observado la afinidad que creció entre ustedes con el paso de los últimos meses. No, Adam, no me interrumpas —levantó una mano cuando él intentó negarlo—. A pesar de todo, existe, y quizá es algo bueno para ambos. Pero no comprendes que eso nos excluye a los demás. Y yo tengo el derecho a saberlo... los amo a los dos.

Comprendió que el silencio mutuo había lastimado a su madre, pero el desagradable motivo aún estaba presente, y advirtió con suavidad:

—No es una historia muy agradable.

La reacción violenta de Nancy era inesperada.

— ¡Por Dios, Adam Carmichael! Tengo sesenta y seis años, viví una guerra mundial, y tu padre, a pesar de que lo amaba, nunca fue un hombre con quien fuera fácil convivir.

Eso lo decidía todo, en especial la referencia a su padre. El habló con tono serio e impersonal, pero al finalizar el relato, su voz estaba llena de tristeza.

—El matrimonio, como sospechabas, empezó muy mal. El último recuerdo que Serena tuvo de su padre, era cuando él intentaba hacer razonar a Andrea durante otro de sus amargos ataques. Nunca sabremos si la discusión fue lo que ocasionó el accidente, ya que Serena dormía en el asiento posterior, y cuando salió del hospital, confundida y llorando por su padre, no quiso que Andrea la consolara. Ya no debía cumplir su promesa hecha a su padre, de intentar amar a Andrea, y quizá fue este rechazo lo que inclinó la balanza. Al principio, despertaba por la noche y descubría a su madrastra observándola al pie de la cama, en silencio. Era un fantasma en la noche que se convirtió en parte de sus pesadillas cuando Serena no lograba permanecer despierta. Y

durante el día, Andrea hacía escándalos, actuando como la devota madrastra al llevarle a la cama todas sus comidas y cobrando un precio por el lecho y la habitación que le daba. Si Serena se sentaba, y suplicaba y besaba su mano, entonces comía y la acariciaba por ser una buena niña. Si no, se quedaba con hambre. Gracias a Dios, Andrea aún tenía la cordura suficiente para mantenerla viva con un poco de comida por la cual no tenía que humillarse y suplicar. Con el paso del tiempo, Serena añadió algunos refinamientos propios... fingía estar muerta o jugaba. Al principio, el "desconectarse" era un truco, pero después recibía respuestas cada vez más violentas, por lo que Serena deseaba formar parte de los sueños que nublaban su mente. De forma paradójica, la violencia física la mantuvo en contacto con la realidad, pero al comenzar a desaparecer con la enfermedad de Andrea, los sueños la envolvieron casi por completo... y entonces aparecimos nosotros.

Nancy permaneció en silencio, controlando su horror por la promesa que había hecho de poder soportarlo todo, pero cuando Adam terminó, preguntó, incrédula.

— ¿Cómo pudo alguien hacerle algo así a una criatura?

— ¿Quién lo sabe? —continuó Adam—, Creo que debieron ser unos celos enfermizos. Serena era lo más importante para su padre... era la hija adorable que le dio su amada esposa. Andrea comprendió muy tarde que ocupaba un tercer lugar, después de la niña y un fantasma, y esto era inaceptable por ser una mujer tan posesiva. "Monstruo devorador", la llamó Serena... y cuando Templeton murió, se aseguró muy bien de vengarse con su hija.

Su voz era calmada y racional, pero en el fondo, Nancy descubrió su amargura por la víctima de Andrea, y ya no dudó de su amor por Serena.

— ¿Por qué ella no se lo dijo a nadie? —preguntó sorprendida.

—Sí, lo hizo —replicó molesto, pero sonrió al comprender que estaba exagerando su reacción al defender a Serena, olvidando su anterior enojo—. Habló con una institutriz, quien de inmediato comunicó a Andrea las palabras de su desagradecida hijastra. Después a un viejo y cobarde médico, quien la escuchó y prometió ayudarla. Y así lo hizo... con sedantes para la pobre niña. Y Andrea cobró su tributo... con drogas y humillaciones, se aseguraba de que Serena no le relataría más historias a nadie. Le pertenecía a Andrea. A nadie más le importaba. Aun muerta, Andrea recalcó su total dependencia al heredar a su querida hijastra las alhajas de su propia madre. Y yo, por mis antecedentes, fui nombrado su nuevo carcelero.

Por un momento, su madre permaneció inmóvil, entonces, muy pálida se levantó, ofreció una disculpa y salió.

Cuando estuvo solo, Adam no terminó de hacer la maleta, sino que bajo al salón y se sirvió un whisky, pensando con cinismo que prefería embriagarse. Pero no lo hizo. Estando más tranquilo, podía pensar mejor, y la nota de despedida no le pareció tan convincente o tal vez sintió temor por la naturaleza indómita de Serena. O quizá prefería no pensar que ella pudiera

marcharse sin remordimientos, sin despedirse de él.

— ¡Adam! ¡Adam! —los gritos de su madre lo interrumpieron.

— ¿Te sientes mejor?

—Sí —replicó y añadió con rapidez—: Escúchame, Adam. Mañana irás a buscarla.

Era una orden y no discutió.

—No veo cómo pretendes que la fuerce a volver conmigo.

—Al menos ve a buscarla y averigua por qué se fue. Te lo dirá, Adam. Ya ha compartido mucho contigo.

—El padre confesor —rió él con sarcasmo—. No puedo seguir con ese papel.

—No estoy pidiéndote que lo hagas —Nancy había estado pensando en su habitación, y mirándolo de frente, lo retó—: ¿Alguna vez le dijiste que la amabas?

—Era muy obvio para que no lo supiera.

Ella sacudió la cabeza con maternal exasperación.

— ¡Para ser un hombre tan inteligente, puedes ser increíblemente estúpido!

Las mismas palabras que Serena pronunció la noche anterior e imaginó de nuevo su dolorida expresión. ¡Dios, cuánto deseaba abrazarla!

—Ella no dice adonde fue —pretexto que Nancy derribó de inmediato.

—Consulté con los aeropuertos. Tomó el vuelo del mediodía a Roma, saliendo de Manchester. Se dirige a una pequeña villa de pescadores en el sur de Italia. Y no es un viaje de placer, te lo aseguro.

Su madre se refería a una peregrinación al hogar, la cual podría ser otro desencanto.

— ¿Confías en mí? —preguntó Adam, recordando su anterior inquietud.

— Confío en que ignorarás tus propias inclinaciones, y cumplirás los deseos de Serena... cualesquiera que éstos sean —replicó enigmática.

—Iré —prometió, incapaz de asegurarle más.

Y casi no oyó que su madre murmuraba:

—Harás lo correcto, Adam. Sé que lo harás.

Capítulo 11

EL DÍA anterior lo había pasado viajando, pese a ello se enfrentaba ahora con el hecho de que no había nada mejor que un hogar. La villa no había cambiado, pero todos se habían ido... todos aquellos a quienes necesitaba a su lado. Inclusive Adam, aunque ella no quiso esperar lo suficiente para despedirse. El afortunado Adam, él no necesitaba ni dependía de nadie.

Serena trató de aferrarse a él un poco más y sólo había hecho el ridículo al imaginar que la tomaría de esa forma. Un beso, una mano gentil en su seno, y todos sus temores sobre un regalo de despedida se desvanecieron, quedando

sólo Adam, el momento y su amor.

Pero tan sólo le estaba dando otra lección. Cuando sintió que todo su ser estaba dispuesto a entregarse por completo, la rechazó diciendo con crueldad: "No le hago el amor a las niñas".

Se acostó en su cama, sin llorar, y al escucharlo dar un portazo en su habitación, pensó por un instante en ir a darle una disculpa por haberlo avergonzado con los confusos sentimientos que ella intentaba hacer madurar, para expresarle su amor.

Pero nunca hubo una disculpa, ya que al salir de su habitación, vio a esa odiosa mujer que salía del dormitorio de Adam, muy ruborizada y sonrió al verla. Su sonrisa lo decía todo, mas no podía creerlo. Serena se sentó ante su ventanal, intentando ignorar el dolor, pero no resultó, ya que nunca había logrado apartar a Adam de su mente.

Su orgullo convirtió el dolor en furia y decidió huir. Estaba furiosa con él, por la injusticia de todo eso. Podría haberlo amado mejor que esa mujer egoísta y frívola, si él le hubiera enseñado cómo hacerlo, habría puesto precio a su amor, lo habría dejado en libertad.

Serena entró en la habitación y dejó abiertas las ventanas para que entrara la brisa, pero dudaba al encender las luces.

El hotel parecía menos descuidado en la penumbra... era el único hotel de la villa, y la esposa del propietario, recordando que la *Signora* Templeton había formado parte de la comunidad, hizo que Serena se sintiera como en casa.

Pero con la noche, empezaba su soledad... debía apartarlo de su vida. Era necesario para sobrevivir. Al día siguiente continuaría el viaje, usaría el dinero que la tía de su madre le había dejado para que visitara Europa, como decía en su nota.

El llamado en su puerta interrumpió sus pensamientos, y ajustando la bata de felpa, fue a responder.

— ¿*Signorina* Templeton?

Su sonrisa quedó congelada en sus labios al ver que Adam estaba junto al dueño del hotel. Por un instante pensó dar un portazo, y que él explicara su conducta.

—*Signorina*, su primo, acaba de llegar con tristes noticias para la familia —el hotelero repitió la mentira de Adam, creada para acallar sospechas.

Su furia se convirtió en temor, pero se tranquilizó al verlo negar con la cabeza, antes de continuar con la farsa.

—Temo que tía Ida nos dejó mientras dormía —esperaba que siguiera su juego, para tranquilizar al gerente.

Y así lo hizo.

— Bien, ¿quién de nosotros se queda con el dinero de la querida vieja? —preguntó con sarcasmo.

El italiano estaba asombrado.

Pero Adam, decidió aprovechar la oportunidad, ya que sabía que ella

pretendía avergonzarlo, dijo:

—Como pudo escuchar, *signore*, mi querida prima no necesita de su protección —despidió al hombre, quien estaba ansioso por permitir que los desalmados ingleses arreglaran sus asuntos.

Con un pie impidió que la chica cerrara la puerta. Rindiéndose, Serena se dirigió a la cama.

—Has destrozado y sorprendido la sensibilidad del pobre hombre con tu peculiar sentido del humor —murmuró Adam, aunque no le importaba en realidad.

— ¿Por qué estás aquí? —preguntó con frialdad—. No me fui para que me siguieras.

Y ahora él se preguntaba lo mismo, porque parecía que estaba maldiciéndolo con la mirada.

—Mi madre está preocupada por ti —era una mala excusa, pero debía probar el camino, para evitar espantarla.

—Cómo puedes ver, soy muy capaz de encontrar una cama para pasar la noche. Tu deber está cumplido, puedes volver a casa.

Adam sabía que no tenía otra prenda puesta bajó la bata, pero aun así, podía ver a la niña lastimada oculta detrás del duro exterior. No se apartó de la puerta; no confiaba en sí mismo.

—Mi madre quiere que vuelvas a casa.

—Tengo que vivir mi propia vida, y ese montón de piedras nunca fue mi casa.

Lo que decía era muy cierto, de manera que Adam optó por hablar con sinceridad.

—Yo quiero que vuelvas a casa, princesa.

Entonces ella se volvió furiosa y le dio una respuesta cargada de desdén.

—Habría pensado que una mujer era suficiente para ti. Al menos, en la misma casa.

—Julia se marchó ayer por la mañana —anunció con suavidad— No tiene cabida en mi vida, ahora ni nunca.

— ¿Ni siquiera como compañera de una noche?

Su amargura era inconfundible, pero esto le hizo albergar una esperanza a Adam.

—No he estado en la cama con Julia u otra mujer en más de un año —confesó.

—Yo la vi —acusó Serena, levantando la voz—, ¡La vi en tu puerta!

— ¿La viste entrar o salir?

—Salía de tu habitación —replicó con furia y cerró los ojos llenos de lágrimas—. Por Dios, Adam, no lo niegues. ¡No me mientas!

Pero tenía que hablar, era demasiado importante y debía correr el riesgo de que no le creyera.

—Si la viste marcharse, entonces debió haber sido poco después de las doce. Y, sin importar lo que pienses, no acostumbro hacerle el amor a una

mujer y después sacarla de mi cama a medianoche.

— ¡Detente! —gimió con furia—, ¡No quiero oír más!

—No, escucharás lo que tengo que decir. No le pedí que fuera a mi habitación. Tuvo la idea de que la recibiría con agrado, por una chiquilla malcriada que tenía un ataque de furia —acusó Adam, y la vio ruborizarse, antes de tenderse sobre la cama y hundir el rostro en la almohada.

Sin pensarlo, él caminó hacia el lecho y la forzó a darse vuelta.

—Tampoco le hice el amor. Créeme, princesa. Yo nunca te mentiría —pensó que aún estaba enfadada, pero al ver sus enormes ojos inundados de lágrimas, le acarició una mejilla. No llores, princesa. No puedo soportarlo. Me iré y hablaremos de nuevo mañana.

Al intentar ponerse de pie, una pequeña mano se aferró a su brazo.

—Quédate conmigo. Abrázame —su súplica era sólo un suspiro, pero Serena estaba segura de lo que quería. Un recuerdo que se uniera a la colección de sueños en su mente.

—No sabes lo que me estás pidiendo —Adam sintió que su conciencia lo controlaba—. No puedo... —se forzó a hablar, respirando con dificultad por el deseo que sentía.

— ¿No me deseas?

— Mucho. Te deseo mucho... —fue interrumpido por los brazos que rodearon su cuello y el beso que indicaba timidez. Las manos que rodearon su pequeña cintura para apartarla, lo traicionaron, y la atrajeron contra su cuerpo, separados tan sólo por sus ropas. Pero él sentía que debía resistirse,

Y entonces todos sus pensamientos fueron borrados, cuando sintió que los dedos de Serena se enredaban en su cabello, mientras su boca exigía una respuesta de sus labios. La boca de ella se abrió por completo cuando Adam la oprimió con suavidad en la cama, invadiendo la dulzura de sus labios, y su cuerpo fuerte se estremeció. Pero tenía miedo... miedo de lastimar a esta hermosa y frágil princesa. La apartó con suavidad cuando estuvieron acosta— dos. Hablaban con sus miradas. Serena parecía tan abierta, tan segura... no había temor en su hermosa sonrisa.

— ¿Y qué pasará mañana? —preguntó él con duda.

Ella acarició sus labios.

— ¡Calla! —susurró—. No hay mañanas. Sólo existe ahora. Nosotros.

Adam le quitó la bata con lentitud, admirándola, luego se desnudaron y permanecieron en silencio en la habitación que oscurecía, como inmóviles sombras que anticipaban el placer. Tendiendo una mano, Adam deslizó sus dedos por el rostro femenino y luego por todo el cuerpo. Quería tocarla toda, conocer lo que sentía. El ardía en su deseo, pero controló el impulso que demandaba que la poseyera de inmediato para terminar con su sufrimiento; quería complacerla, hacerle saber cuánto la amaba.

Con suavidad, exploró sus muslos, maravillándose por la perfección de su piel y de su pequeño cuerpo. Y entonces, con timidez, Serena llevó la mano de Adam hasta cubrir su seno, y al sentir su dureza él supo de su deseo. Él le

besó el capullo rosa, experimentando una profunda felicidad al oír sus gemidos de placer.

No estaba preparado para el éxtasis de la posesión completa, cuando sus cuerpos se fundieron en uno solo, pero fue sólo un instante, ya que sintió una agonía cuando escuchó su gemido de dolor, confirmando que al negar su inocencia, había mentido. Cuando intentó apartarse, las manos de Serena lo urgieron a amarla, a tornar todo lo que deseaba de ella. Así la condujo a la cuna del éxtasis.

Después, permanecieron acostados en silencio, con las manos entrelazadas como dos tímidos chiquillos.

Adam se volvió y la miró en medio de la penumbra. Por un instante, una sombra oscureció aquellos ojos azules, pero desapareció para dar paso a una sonrisa radiante, que hizo perfecto el momento, diciéndole que no habría arrepentimientos ni recriminaciones.

—Perdóname si te lastimé —murmuró él.

Serena se envolvió en sus brazos, apoyando su dorada y desarreglada cabeza en su velludo pecho.

—No, fue... fue hermoso.

Acariciando su cabello, Adam se sintió agradecido por el regalo que le había hecho. No podía creer que no existiría una vida llena de mañanas con esta hermosa mujer.

Su tranquila respiración le indicó que Serena dormía y, sintiéndose en paz consigo mismo, por primera vez en mucho tiempo, Adam durmió también.

ELLA apareció en sus sueños... revoloteando como una criatura encantada, atrayéndolo con su belleza, pero imposible de atrapar. Tendió una mano para tocarla, mientras llegaba el alba... quería tocar a su Serena de carne y hueso, para estar seguro de que no había desaparecido con la noche. Su mano se deslizó sobre el frío y vacío lugar donde ella estuvo acostada, y una voz llena de pánico, que no logró reconocer como la suya, gritó su nombre.

En pocos minutos estaba en la recepción del hotel, entregando algunos billetes al portero nocturno, quien le informó que la señorita se había marchado rumbo a la estación.

La estación estaba desierta, excepto por un solitario empleado quien le dijo, en mal inglés, que no había ningún tren, sino hasta las nueve, y que una señorita le había dejado una maleta antes de salir de la estación y tomar el sendero que conducía al cementerio del pueblo.

Al tiempo que subía por la colina, Adam pasó cerca de una antigua iglesia abandonada, y una vez en el cementerio, sus ojos fueron atraídos por una lápida de mármol blanco que dominaba el muro occidental. Pero no había señales de Serena.

Algo lo hizo aproximarse a la lápida, y sus ojos quedaron atrapados en la fotografía miniatura incrustada en la enorme cruz que se erguía desde la base. El rostro de Serena lo contemplaba... era la misma belleza deslumbrante que

lo había abandonado, escapando de sus brazos mientras dormía.

Inclinándose, leyó la inscripción:

MORAG CAMPBELL TEMPLETON
1943— 1970
QUERIDA ESPOSA DE GRAHAM
Y AMANTE MADRE DE SERENA JANE "TE AMARE, QUERIDA MIA,
HASTA QUE TODOS LOS MARES SE HAYAN SECADO"

Ahora comprendía por qué Graham Templeton no pudo evitar cumplir su promesa a aquella hermosa y joven esposa, aun al intentar llenar, de forma tan trágica, el vacío que ella había dejado.

Escuchó los pasos de Serena antes que rodeara la esquina de la iglesia, llevando los brazos cargados de flores. Su cabello estaba recogido en un moño y lucía un sencillo vestido blanco de algodón.

Por un momento, ella no se percató de su presencia, y él pudo vislumbrar la mujer que sería al madurar, haciendo justicia a su nombre. Y entonces esta imagen desapareció al descubrirlo y una sombría expresión de inquietud reemplazó a su alegría. Esto era algo que ella no quería compartir.

De pie a cien metros de distancia, mientras ella se arrodillaba y arreglaba las flores, Adam tuvo el terrible presentimiento de que Serena nunca volvería a compartir algo con él. Recordó sus palabras de la noche anterior: "No me fui para que me siguieras". De alguna manera, la había perdido e ignoraba el motivo.

Serena estaba sentada, contemplando la foto miniatura, reviviendo recuerdos, breves pero hermosos, de su infancia. Cuando al fin se alejó, había lágrimas en sus mejillas. Adam la siguió a pocos pasos de distancia, presintiendo qué no quería que hablara. Justo antes de llegar al pueblo, Serena se detuvo y, sin darse vuelta, dijo con voz clara y sin emoción.

—Por favor, Adam, vete.

El permaneció allí, incapaz de moverse. Entonces, volviéndose con rapidez, ella lo miró desafiante.

— ¿Qué quieres de mí? ¿Qué más? Seguí tus reglas del juego, hasta el final. Pero continúas cambiándolas y no puedo continuar —su voz estaba llena de dolor e incredulidad.

— ¿Reglas? — repitió, asombrado.

— ¡Sí, tus malditas reglas! He tratado de ser la clase de mujer que tú quieres. No hice ninguna escena desagradable... no te pedí más que una noche —sus ojos se volvieron suplicantes—. Por favor... vete, antes que lo estropees.

¿No sabía lo que él sentía? ¿Acaso no le había demostrado con algo más que simples palabras, que no quería tan sólo un recuerdo?

—Quiero casarme contigo —sus palabras la detuvieron.

— ¿Porque era virgen?

—Si hubieras tenido un regimiento de amantes antes de mí, nada habría cambiado. Aún querría casarme contigo —murmuró con ansiedad—, Y no es muy halagador que mi proposición matrimonial sea recibida con lágrimas. Un simple sí o un no será suficiente.

Serena se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, y sin atreverse a mirarlo, murmuró:

—No puedo casarme contigo, Adam, no puedo...

Herido y confuso, él rugió.

— ¡No permitiré que me utilices como un objeto sexual para afilar en mi tus dientes, Serena!

Serena rió con amargura.

—Creo que ésa debe ser mi frase. Pero sin duda tus dientes ya están bien afilados.

Volvían a enfrentarse y este cambio le dio fuerzas a Adam.

—No sé a qué te refieres —replicó molesto— ¿Por qué diablos no puedes ser sincera?

—Yo no sé a qué te refieres —repuso, enfurecida.

—No me hables de otras mujeres y me hagas parecer el villano para que puedas seguir actuando como Blancanieves —atrapó su brazo, apretándolo con fuerza—. Reconócelo, querías sexo y yo fui un simple objeto.

El bofetón que le propinó por instinto, como respuesta a la crueldad de sus palabras, lo hizo perder el control; sujetó con violencia su cabello, forzándola a volverse, y al ver sus enormes ojos azules, llenos de terror, su propio disgusto desapareció, quedando sólo el amor que sentía en su mirada. La besó con ternura, sin pasión, como una promesa de eterna adoración. Tomó su rostro en sus manos, y creyó ver en sus ojos el reflejo de su amor, desapareciendo el temor, aunque brillaban con asombro; entonces, como si no pudiera soportar la intensidad de su mirada, Serena hundió su cara en su hombro, rodeando su cintura con sus delicados brazos. Él la abrazó con suavidad, sin lograr determinar quién era el más tembloroso.

— ¿Te casarás conmigo? —preguntó con voz entrecortada. Ella no respondió, pero Adam sintió que negaba con la cabeza que aún reposaba contra su pecho—. ¿Por qué no?

—Porque te amo.

"¡Qué momento tan inoportuno para ponerse a jugar a las adivinanzas!" pensó Adam.

Apartándola un poco, demandó con cierto disgusto:

— ¿Dices eso porque imaginas que es lo que quiero escuchar? Deseo casarme contigo. Que estemos juntos por el resto de nuestras vidas, ¡y tú me dices una mentira piadosa como premio de consolación!

Ella se apartó y lo miró con furia.

— ¡Dije que podías ser increíblemente estúpido a veces!

— ¿Cómo se supone que deba saber que me amas? —retó con brusquedad—. Hablas de tu padre como si fuera poco menos que un dios, y

ahora estás ahí, mirándome como si yo fuera el demonio en persona.

— ¡Oh! —retuvo el aliento, y comenzó a alejarse con indignación, pero Adam la siguió, y al detenerla y hacerla volverse, Serena exclamó con ira—, ¡No eres mi padre, Adam Carmichael, y no quiero que lo seas! Y quizá en tus sofisticados círculos sociales, hacer el amor sea lo mismo que darse un apretón de manos. Pero para mí es algo especial ¡y anoche te demostré cuánto te amo!

Lo miraba con terrible furia al confesarte su amor, pero él le creía y estaba feliz por ello... al comprender que estuvo dispuesta a aceptar mucho menos de lo que ofrecía, de lo que merecía, por sólo darle la libertad que imaginaba que él deseaba.

Sujetando su muñeca, Adam la arrastró hacia la sombra de la arboleda que bordeaba el camino, y acalló sus protestas con el beso de un amante, amoldando su cuerpo con el suyo, hasta hacerla sentir su deseo.

Cuando al fin la soltó, Serena estaba sin aliento y contemplándola, se preguntó si siempre sentiría ese doloroso amor cada vez que la viera.

— ¡Adam! —trató de sacarlo de su abstracción, llamándole la atención —. Deja de mirarme así. ¡Es una indecencia!

—Tendrás que acostumbrarte, princesa —rió al ver su enojo, sintiéndose embriagado por su victoria—, porque no miraré a nadie más que a ti durante el resto de mi vida.

—Debemos ser sensatos —protestó, frunciendo el ceño—. No tenemos nada en común.

—Un terrible orgullo, un sentido del humor un poco perverso y sarcástico, una gran decisión para lograr lo que queremos —enumeró con dudosa seriedad, y añadió, como si olvidara algo—: Oh, y amor. Y enfrentemos la verdad, con una combinación así, ¿quién más podría ser feliz con cualquiera de nosotros?

Serena se apartó de los labios que viajaban sobre su cuello, ya que necesitaba pensar con claridad ante su obvia frivolidad.

— ¿Y nuestros estilos de vida? Odio las fiestas.

—Yo también. Nos iremos a vivir a una isla desierta, solos.

— ¿Y los niños? —retó al escucharlo mencionar que estarían solos.

—Seis, por lo menos —bromeó, y añadió con tono más serio—: Bien, todos los que sean necesarios para tener una niña que sea exactamente igual a su hermosa madre.

Sabía que estaba perdiendo la batalla, mas no le importaba, y sus protestas eran cada vez más débiles.

—No compartimos los mismos intereses.

—Te gusta la música clásica, ¿no es cierto? —Serena asintió—, Bien, a mí también. En especial, Beethoven —ya había visto su colección de discos—, ¿Quién es tu escritor favorito? además de mí, por supuesto.

Al fin sonreía siguiendo su juego.

—J.D. Salinger.

—El mío también —juró Adam, haciendo una anotación mental para leer alguno de sus libros.

Entonces, ella lo provocó.

— ¿Quién es el pintor a quien más admiras?

El frunció el ceño, concentrándose, como si estuviera comparando a los grandes maestros y entonces, con deliberada lentitud, respondió:

—Serena Templeton Carmichael.

Ella sonrió y Adam presintió que había conquistado su confianza. El juego había terminado; ambos eran ganadores, después de todo, resultaba que ambos estaban en el mismo bando. Y con timidez, Serena apoyó su cabeza en su pecho, como si ése fuera el lugar en el cual se sentía más protegida y a salvo.

Murmuró con voz muy baja, pero no era una pregunta, sino una reafirmación de la seguridad para ambos:

—Para siempre.

—"Hasta que todos los mares se hayan secado" —citó Adam con voz llena de emoción y le dio un beso en los labios. Un beso que demostraba algo más que pasión: deseo desenfrenado.

* * *

ALGO SOBRE LA AUTORA

ALISON FRASER, es una nueva autora de HARLEQUIN PRESENTA. Su vigoroso enfoque de los temas románticos y la fuerza de sus personajes, sin duda atraerán a miles de lectoras. Es casada y vive en Inglaterra.